SEXTO CONTINENTE

SUMARIO

Armando Cascella: Conciencia continental latinoamericana.

Joaquin Díaz de Vivar: Crisis de la política del equilibrio en el mundo del poder.

Ernesto Palacio: Lugones vivo

José María Rosa: Artigas, prócer de la argentinidad.

Julio César Avanza: Hacia el concepto de literatura nacional.

J. M. Castiñeira de Dios: De los campos del Sur.

Ramón Doll: La clase dirigente: su rol en la política.

Raúl Guillermo Carrizo: Fundamentos económicos de la Revolución argentina.

BRASIL: Elsie Lessa: Tarde no Salvador. — Josué de Castro: A fome mundial e o neo-malthusianismo.

PERU: Manuel García Calderón: Acuerdos de índole cultural entre Argentina y Perú. — Dionicio R. Bernal: Lo español en los bienes folklóricos peruanos.

ECUADOR: Alfredo Chavez: Geografía literaria del Ecuador. — G. Humberto Mola: Manuelita Saénz, la Libertadora, es quiteña.

COLOMBIA: J. A. Ozorio Lizarazo: Nacionalidad única de los hispanoamericanos.

URUGUAY: Julio C. Vignale: Destino y gravitación de América.

Julio Ellena de la Sota: Pero, Viernes sueña...

Aldo Fernando Bimbi: Cultura y personalidad, en el concepto de Ralph Linton

Plástica, por Jorge Beristayn. — 3
Música, por Lucas M. Rivera. —
Teatro, por Bernard Bouts. — Cine, por Elisa Galvé. — Crítica de Libros, por Vicente Trípoli, Reque R. Aragón (h), J. A. García Martínez y Valentín Thiébaut.



PUBLICACION MENSUAL

NÚMERO 2

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar REVISTA DE CULTURA PARA AMÉRICA LATINA

SEXTO CONTINENTE

Tribuna del Pensamiento Latinoamericano

Editada por Alicia Eguren y Armando Cascella

Registro de la Propiedad Intelectual 303.317

Redacción y Administración:

DIAGONAL NORTE 730, Piso 8º, Esc. 83

BUENOS AIRES (República Argentina)

DIRECTORES DE "SEXTO CONTINENTE"
PARA AMERICA LATINA

MEXICO

José Vasconcelos Plaza de la Ciudadela 6 MEXICO - D. F.

CHILE

Santiago Vivanco La Fetra 115. SANTIAGO

VENEZUELA

Ramón Díaz Sánchez

Dirección Nacional de Prensa.

Ministerio de Relaciones Interiores.

CARACAS.

PERU

Manuel García Calderón.

Biblioteca de la Universidad Mayor
de San Marcos - LIMA.

ECUADOR

Alejandro Carrión.

Casa de Cultura. Parque de Mayo.

QUITO.

BRASIL

Elsie Lessa. Av. Atlántica 762. RIO DE JANEIRO

BOLIVIA

Mario Flores LA PAZ.

TARIFA DE SUSCRIPCION

Por un año	\$	20 m/n.
Por seis meses		10 m/n.
Precio del ejemplar	,,	2 m/n.

Para el Exterior

Por un año	. \$	25 m/n.
Por seis meses	. ,,	13 m/n.
Número suelto	. ,,	3 m/n.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar sexto continente no publica sino trabajos inéditos y originales, bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

Conciencia Continental Latinoamericana

Hemos ubicado la esencia de los problemas básicos que afectan a nuestras repúblicas en dos planos diversos —uno positivo, otro negativo— que no llegan a contraponerse entre sí, sino que más bien se yuxtaponen. El primero, es un polo de imantación: la premisa de que constituímos un continente indiviso y perfectamente diferenciado: el Sexto Continente. El otro, la irremediable decadencia de Europa. Del primero ya hablaremos más adelante. En cuanto a la segunda cuestión, tratemos de fijar exactamente sus límites y alcance a fin de entendernos mejor.

Se habla — yo mismo he insistido sobre ello— de la "decadencia" de Europa. Bien. ¿Pero a qué estado de cosas nos referimos concretamente cuando aventuramos tan lapidario juicio? Por mi parte, me he referido siempre a los síntomas de decadencia que a cualquiera le es dado observar en las sociedades y en los medios intelectuales de las grandes ciudades, París, Londres, Roma, Madrid. Aparte de los diferentes matices, en ocasiones fundamentales, que caracterizan el fenómeno en cada una de esas capitales, se alude, en realidad, a la decadencia de una parte de Europa, o mejor dicho, de aquella parte de la cultura de Europa que comenzó a traicionarse a sí misma cuando se dejó infiltrar por el espíritu de la Reforma, a la Europa envenenada por el virus anglosajón del luteranismo. Acaso esta tentativa de diferenciación resulte para algunos tardíamente inútil. Puesto que la manzana está podrida, tanto da el nombre o el origen del gusano que alimenta en su seno. Por otra parte es indudable que, a su vez, la Europa que todavía es católica escarba en sus lacras y parece deleitarse con el hedor que emana de ellas:

ejemplo, las obras de Sartre y de Camus. Pero, jes ésa toda nuestra Europa? Aun admitiendo que es difícil establecer la cisura y que es prácticamente imposible que la mentalidad europea, tal como se manifiesta en la decadente atmósfera de sus grandes ciudades, haya dejado de trascender y contaminar el alma de las gentes limpias de corazón que habitan sus valles y llanuras y montañas, queda en pie el hecho incontrovertible de que lo que muere en esa Europa crepuscular y desesperanzada —el mal que la ha minado y que se viene madurando desde hace siglos en su entraña— es el de la Reforma, que la dividió en dos partes irreconciliables entre sí, quebrando para siempre la dichosa unidad regida por Roma en el transcurso de la Edad Media, hasta cristalizar en el milagro de piedra del período gótico. Si la unidad europea se hubiese salvado, si Europa hubiera logrado ser políticamente lo que alcanzó a ser espiritualmente en la época del gótico, todavía su voz regiría los destinos de la humanidad civilizada. Unicamente ese "colectivismo", el que informaba el espíritu de las grandes catedrales, es el que podría salvar al mundo contemporáneo, no el moderno colectivismo ruso-yanqui, con su deshumanizada regimentación de la vida del hombre, por una parte, y por otra, con su aburguesado ideal de supuestos "paraísos sociales" basados en la promesa de una "frigidaire" y un auto propio para cada habitante.

Pero Europa fué desunida, partida en dos por el espíritu cismático y destructor de la Reforma, y su decadencia siguió inevitable curso a través de los tiempos. Hoy nos enfrentamos al hecho consumado. Moscú y Nueva York, las dos capitales máximas del colectivismo mecánico y olvidado del espíritu, se disputan la supremacía mundial, sin admitir siquiera la idea de una alternativa diferente. ¿Y nosotros? No vamos a incurrir en el fácil y desde luego intolerable mesianismo que supondría proponernos sin más ni más como solución para la angustiada humanidad contemporánea. Nosotros, los latinoamericanos, somos CASI Europa. Hemos heredado su sangre, su cultura, su alma. Pero no somos Europa. Es posible que con lo mejor de ella hayamos heredado también los gérmenes del morbo decadente que la afecta, pero lo cierto es que sus síntomas no son todavía visibles, por lo menos en la misma proporción y virulencia. Pero, puesto que por ser sus herederos directos, obran dentro de nosotros los mismos gérmenes de descomposición y finalismo (1) que observamos en nuestro continente-madre, ¿tenemos

⁽¹⁾ Un ejemplo del espíritu "finalista" que aqueja a Europa, atacada de nihilismo espiritual, después de haberlo sido del belicista: "Yo quisiera que toda mi ciudad natal, Romanov, afluyera a orillas del Volga, con las mujeres, sí, y con los niños; que todos se precipitasen al agua y se sumergiesen hasta el fondo, para no dejarse engañar por las seducciones del mundo, ¡Qué placer si todo el mundo, de un cabo al otro, se incendiase, con todos los ancianos y todos los niños de pecho, para que ninguno de ellos recibiese en sí la marca del Anticristo! Después de mi ciudad natal se convertiría en llamas toda Rusia y después de Rusia quizá el orbe terráqueo". ("Visión de un anónimo". — Citado por Walter Schubart, en "Europa y el alma de Oriente").

derecho a proclamarnos "la esperanza del mundo" sólo porque desde hace pocos siglos habitamos un inmenso solar casi desierto y casi virgen? Para justificar esa pretensión, ¿tenemos una concepción nueva del mundo, nos anima una mística nueva, un amor nuevo, una esperanza o una fe lo suficientemente poderosa como para remontar la obscura corriente de la decadencia europea que llevamos en la sangre de nuestro espíritu?

Acabamos de decir que somos en cierto modo Europa, pero que no somos Europa. Mezclada a indiscernibles y avasalladoras corrientes telúricas se ha producido entre nosotros una revitalización del ancestro que puede significar un saludable retorno al punto de partida. Somos europeos en la medida en que la levadura es europea. Mas nuestro pan espiritual lo estamos amasando con los pastos, el cielo, el aura, la tierra y la sangre de nuestra América. Por lo pronto, es unánime en nuestras repúblicas el deseo de salvarnos, el irrefrenable impetu tendiente a eludir la presión de las corrientes antedichas, igualmente nefastas, igualmente ajenas a nuestra carne y a nuestra alma. No queremos terciar en la disputa, ni resultar victimas de ella. Por boca de su jefe, nuestro país ha fijado ante el mundo una "tercera posición" y la América Latina en pleno ha aplaudido instintivamente el solo anuncio de esa expresión, no tanto por su sentido intrínseco como por el ademán de resistencia y salvaguarda que comporta. Somos el continente emocional por excelencia. En el resto del mundo, todo está podrido o excesivamente intelectualizado, aun en la zona de la simple posesión material de las cosas. En la América Latina, en cambio, prevalece todavía la vida del corazón, la vida emocional y profunda, por cuyos dictados se rigen todos nuestros actos.

Este es el germen. Este es el Verbo. Luego vendrá la acción, como el fruto sigue a la flor. Lo primero, unirnos. Esto es esencial. Porque lo NUESTRO, lo especificamente latinoamericano no es lo argentino, ni lo brasileño, lo peruano, chileno o colombiano. Es algo que es de todos nosotros, pero que nos trasciende a todos. Por eso hablamos de la necesidad de crear una conciencia continental latinoamericana. Una vez creada, lo demás se nos dará por añadidura. Por lo pronto, debemos acostumbrarnos a pensar en términos continentales. Geográfica, social y económicamente, América Latina constituye un continente, con toda la carga de destino que tal hecho significa. El dedo de Dios lo ha señalado así al dibujarle su inconfundible geografía, pese a cuantos esfuerzos hayan efectuado para desconocerlo los dioses luteranos del oro y el comercio anglosajones. Nuestros problemas económicos, sociológicos, políticos y espirituales observan entre sí rigurosa conexión. En consecuencia y por simple obediencia a su mandato, debemos hablar y actuar en términos continentales.

Una nación sola no vale nada. Es apenas un fragmento, un

detalle del gran mosaico, una parte del todo, que es el que realmente interesa. Las naciones que hoy prevalecen en el orbe, operan en términos continentales. No es puro azar que los dos grandes núcleos humanos que al presente libran una "guerra fría" mientras se preparan para librar la otra a fin de imponer al resto del mundo sus intereses y sus sistemas de vida, representen por sí mismos verdaderos continentes. Los Estados Unidos son un continente. Rusia también lo es, aunque la línea divisoria no se halle bien determinada en la geografía.

¿Por qué el inmenso solar centro y sudamericano no ha logrado constituir el continente político-económico que desde el fondo de la historia le vienen prefigurando el mapa y su destino? No ha de ser porque faltaran tentativas. Desde las primeras horas de la emancipación lo vieron y soñaron así muchos que pasaron por visionarios. Pero, siempre, una fuerza obscura, una voluntad maléfica, una oposición tortuosa y casi diría inconsciente por la fuerza ciega de su puro instinto, impidió tenazmente toda acción tendiente a aproximar a la realidad ese ideal. Abundaron, sí, declamaciones, estimuladas por la charanga periodística de entraña comercial. Eso no comprometía a nada y entretenía el ocio (1). Mientras se tratara de la zona verbal, inocua y carnavalesca, reservada a la típica retórica de papagayos iberoamericanos o guacamayos panamericanizantes no hubo obstáculo visible; pero en cuanto se trató de orientar todo ese plumerío hacia el terreno de los hechos, se hizo presente aquella aludida voluntad cismática y minuciosa que organizó metódicamente la dispersión y fragmentación político-económica del sexto continente hasta convertido en el policromo y desorientado mosaico balkánico que ahora es.

* * *

Hagamos, siguiendo por las cumbres, un breve itinerario de esa vieja iniquidad.

En 1790, el venezolano Francisco de Miranda buscó el apoyo o quizá sirvió de instrumento a Inglaterra en sus esfuerzos para revolucionar las colonias españolas. Presentó al primer ministro

⁽¹⁾ Un ejemplo tangencial, pero elocuente, es la actitud de ciertos sedicentes campeones de la devolución de nuestras Malvinas. Recuerdo que en el transcurso de la última guerra mundial muchos patriotas presionaron para que el gobierno aprovechara la ocasión y recuperara de cualquier modo ese entrañable trozo del territorio nacional. Recuerdo también que el Dr. Alfredo Palacios. presidente a la sazón de la Comisión Nacional Pro Recuperación de las Malvinas, presentó su dimisión a la misma porque consideraba —dijo, ahuecando la voz— "que no era de caballeros" intentarlo en esos momentos. Si no aprovechábamos la circunstancia bélica, totalmente favorable, que nos deparaba el destino ¿para cuándo diablos lo íbamos a dejar? No obstante, en cuanto terminó la guerra, y la poderosa escuadra de Gran Bretaña barrió de nuevo los mares, el Dr. Palacios volvió a su habitual y hueco palabrerío. Pura retórica, y, en el fondo, obsecuente colonialismo. Estos falsos apóstoles contribuyeron tanto como la combinada piratería angloyanqui a mantener adormecida y balkanizada a la América Latina.

británico un minucioso plan para la unión, bajo un solo gobierno, de la América hispana, que se extendía desde las fuentes del Misisipí hasta el cabo de Hornos, tan pronto como se llevase a cabo la emancipación.

En 1826, a iniciativa de Bolívar, se reúne en Panamá el Primer Congreso de Estados Americanos, a fin de estudiar la formación de una Confederación Continental, uno de cuyos fines era lograr la colaboración comercial entre las repúblicas nuevas de América "como aliadas y confederadas". Esta tentativa fué repetida varias veces a lo largo de los siguientes decenios, —incluso en 1864, en Lima— fracasando todas ellas. ¿Por qué? (1)

Es de notar que tanto el proyecto bolivariano como los que en él se inspiran se referían sólo a la familia latina de estados americanos, quedando implícita si no explícitamente excluídos de su plan los Estados Unidos y la colonia franco-británica del Canadá. No obstante, entre la gestión de Miranda y el sueño de Bolívar se produce ya la primera interferencia norteamericana: el proyecto, presentado en mayo de 1820 por Henry Clay ante la Cámara de Representantes de la Unión. Véase en qué consistía su vocación y su esencia, a través de las palabras de su propio autor:

"Podemos crear un sistema del cual seremos centro y en el que toda la América del Sur actuará con nosotros. Con respecto al comercio, seremos los más beneficiados; este país se convertirá en el depósito del comercio del mundo. Pero, por muy importante que pueda ser para nosotros nuestro reconocimiento de la independencia del sur con respecto a nuestros intereses comerciales e industriales, ¿no existe otro aspecto del asunto infinitamente más agradable? Nos convertiremos en el centro de un sistema que constituirá el punto de unión de la libertad humana contra todo el despotismo del viejo continente".

Como se ve aquí está, ya, larvada y a punto de salir de crisálida, toda la hipocresía ínsita en la política internacional norteamericana, desde la enunciación de la Doctrina Monroe, oficializada apenas tres años después del plan Clay, hasta la así bautizada "Política de Buena Vecindad" que tuvo por abanderado al extinto Franklin D. Roosevelt y que aún padecemos en nuestros días. Siempre el egocentrismo yanqui obrando como motor inicial en la subyacencia de todos sus actos. Siempre su intolerable mesianismo aparentando cubrir con un manto idealista la consabida mercancía.

El plan de Bolívar fué desgraciadamente prematuro. Estos países no habían logrado aún llegar a la etapa de verdadera libertad e independencia económica que les hubiera permitido llevarlo a la

⁽¹⁾ Tomo estos datos y los siguientes, nada nuevos, por otra parte, del estudio de Henry Chalmers: "Política Comercial Interamericana" incluído en la obra de Seymour E. Harris, titulada: "Problemas Económicos Americanos" publicada por el Fondo de Cultura. México. — (Págs. 214 a 220).

práctica, aunque fuere en sus enunciados más elementales. A fuerza de heroísmo acababan de alcanzar la independencia política, pero esta expresión aludía únicamente a un estado de cosas por demás precario, hallándose aún vigentes y en plena preponderancia todos los lazos económicos y los vínculos culturales y aun afectivos que los mantenían estrechamente unidos a la madre patria europea, a pesar de la sangre derramada. En cuanto a las otras tentativas, fracasaron siempre por falta de consistencia y de real vocación de vivir. Se olvidó retorcerle el cuello a tiempo al papagayo de la elocuencia panamericanizante. Se olvidó que una esperanza larvada no es todavía una esperanza efectiva, operante en el orden emocional, y que en este orden de cosas sólo los hechos cuentan.

Ha sido una cuestión de etapas. Había que empezar por el principio, que era la unión espiritual. Unión real, efectiva y determinante. No es cierto que a los pueblos sólo es posible unirlos por el vientre. Una fe, una esperanza, una empresa comunes, los identifica mejor que cualquier tratado de reciprocidad comercial con todas las cláusulas imaginables de "nación más favorecida". Los países que integran la América Latina son de verdad hermanos, por identidad de historia y destino, cualquiera haya sido el desborde de retórica tropical que agobiara ese tema. Siguen siéndolo, a pesar de los esfuerzos subterráneos que se han hecho por diferir la eclosión de ese siempre latente ideal. Supuesta la raíz, algún día aflorará la planta y la rosa continental que coronará el sueño de la estirpe.

Sigamos con las interferencias. En 1861, el senador Stephens A. Douglas, estimulado por el notable éxito derivado de la total libertad de comercio implantada entre todos los estados y territorios de Norte América — señalado como el mayor beneficio obtenido por la Unión Federal — como asimismo por el tratado de reciprocidad de 1854, aún vigente por aquella época, entre Estados Unidos y las provincias británicas del Canadá— creyó conveniente propiciar un sistema "comercial liberal", una Unión Continental "con Fines Solamente Comerciales" sin las desventajas inherentes a cualquier intento de establecer una federación política "de países y pueblos con sistemas de civilización diferentes".

El plan Douglas pasó sin pena ni gloria. Muchos años más tarde, el Secretario de Estado norteamericano, James G. Blaine, trata
de combinar la visión de un mercado libre continental con la defensa del arancel protector en los Estados Unidos. En el período que va
de octubre de 1889 a abril de 1890, Blaine logra reunir en Wáshington a los representantes de 18 repúblicas americanas, convocadas por ley autorizante del congreso, "a fin de tomar medidas para
formar una unión aduanera americana, bajo la cual se fomentaría el
comercio de las naciones americanas hasta donde fuera posible y be-

neficioso". En su informe al presidente Harrison dándole cuenta del

resultado de dicha conferencia, dice Blaine:

"Quince de las diecisiete repúblicas con las cuales hemos estado reunidos en conferencia han indicado... su deseo de entrar en relaciones recíprocas con Estados Unidos: las otras dos (se refiere a Chile y a la Argentina) expresan el mismo deseo con tal de que se les garantice que sus sugestiones habrán de ser favorablemente acogidas". Blaine sugería una enmienda a la Ley Arancelaria yanqui —pendiente a la sazón en el congreso de su país— autorizando al presidente a declarar libres todos los puertos de aquel país para los productos de cualquier nación del hemisferio que no estuviesen gravados con impuestos de exportación alguno, siempre que y hasta tanto que la nación respectiva admitiese en sus puertos, libre de toda clase de exacciones, una lista específica de mercaderías norteamericanas". (Ob. cit. pág. 219).

La cláusula relativa a la reciprocidad se incorporó a la ley arancelaria de 1890, pero todo quedó sin efecto a raíz de la ley de 1894, bien conocida en sus alcances. De todas maneras se advierte en cada uno de estos casos que no se trata de conferencias panamericanas "inter pares", sino de llamados de una nación monitora que convoca a las demás sin otro fin que el de utilizarlas abiertamente en su exclusivo provecho.

Ya más cerca de nosotros, en el período 1920-1929, un grupo de economistas argentinos y chilenos proyecta "la eliminación de las barreras aduaneras entre los cinco países más meridionales del continente, mediante un tratado de Unión Aduanera, o "Zollverein". Esta unión, que habría de llamarse "Unión Americana del Sud" se obtendría mediante una reducción anual progresiva del 20 por ciento "de modo que la totalidad de los derechos quedase eliminada en cinco años y merced a la creación de una tarifa arancelaria para toda la zona".

Divulgado el plan en toda la América Latina, e incorporado a un informe presentado con la necesaria antelación a la IV Conferencia Comercial Panamericana de 1931 por un delegado de la Argentina, "no figuró en las actas de dicha conferencia —observa Chalmers— ni se registró ninguna discusión sobre esa propuesta en sus reuniones, ni ninguna recomendación respecto a ella en sus resoluciones". El torpedeamiento implacable y sistemático de cuanta iniciativa pudiera beneficiar a estos países y propender a su emancipación económica del doble yugo anglosajón no puede ser más evidente.

Tampoco tuvieron mejor suerte las tentativas de acuerdos laterales entre naciones fronterizas. Entre tantos de ellos, citemos como el más típico el acuerdo denominado "cordillera libre", vigente entre Argentina y Chile desde 1856 hasta 1868, año en que fué denunciado por este último país. De escasos resultados en la práctica, debido al pequeño volumen de las mercaderías intercambiadas y sobre todo a las dificultades de transporte inherentes a la época de su vigencia, ese tratado no ha podido hasta el presente ser encauzado de nuevo, pese al cambio fundamental de las circunstancias, pese a la insistencia argentina y a la mutua conveniencia implícita en tal acuerdo. Chile no ratifica. Lo mismo podría decirse—el paralelo es obvio— del tratado comercial concertado entre Argentina y Bolivia con la generosa cláusula de "puerto libre" para Bolivia, que tampoco ha sido ratificado por el parlamento boliviano. Doble actitud displicente, que resultaría inexplicable si no mediara la consabida subterránea influencia negativa de quienes se oponen a nuestra liberación económica continental, que es como decir a nuestra liberación a secas.

* * *

Insisto sobre este aspecto porque ahí reside, a mi juicio, toda la cuestión. Integramos un continente que se ignora a sí mismo y que, en consecuencia, se olvida de proceder como tal y de beneficiarse política, cultural y económicamente de la enorme circunstancia implícita en su geografía y en su historia. Ahora se nos quiere alucinar con una expresión que circula con sospechosa frecuencia: la que se refiere, cuando se alude a las Dos Américas, al "Hemisferio Occidental", vocacional figura política, que entraña una amenaza de absorción imperialista. No se trata aquí de "hemisferios" sino de "continentes". Esta es la Era de los Continentes. Acostumbrémonos a pensarlo así, obremos en términos continentales, y lo demás, como queda dicho, se nos dará por añadidura. Ocupemos el lugar que nos corresponde en el concierto mundial, no como un grupo de países satélites del coloso del Norte, o como un conjunto de hijos más o menos pródigos de la vieja Europa, sino como un continente nuevo, con su voz, su alma, su rostro, su mensaje purificado de trabajo y de paz.

Crisis de la Política del Equilibrio en el Mundo del Poder

Sí; ciertamente, la historia del mundo occidental puede ser

descrita como la historia de la lucha por el poder.

Me propongo afrontar en un apretado escorzo un tema vasto. Apenas podré apuntar, desde el esquicio, ideas que debieran merecer muy amplio desarrollo; por ello me veré obligado a usar y aun a abusar del esquema histórico como medio de expresión, y reclamo desde ya indulgencia cuando no pueda hacer otra cosa que insinuar apenas valiosos elementos de juicio y comprensión.

Los afanes de la política mundial cambian de estilo, de ethos, si se quiere, de formas de expresarse, pero obedecen siempre a una misma finalidad; casi diría que tienen una teleología común: la con-

quista del espacio y del poder.

Sé que esta forma de expresión no hallará resonancia cordial en los espíritus que gustan construir un mundo ideal. Acepto que haya paradigmas de convivencia humana dignos de la más alta estimación: así la idea de paz universal y permanente; así la exaltación del hombre como portador de valores eternos por la sola circunstancia de ser criatura de Dios. Pero por mucha reverencia que me inspiren estos ideales, los hechos contemporáneos me fuerzan a estimarlos como realidades remotas o acaso totalmente quiméricas.

La estadística muestra, por ejemplo, que hasta ahora la paz

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no es sino un "intermezzo" entre faenas guerreras apenas interrumpidas, y que, si bien pensamos que el venturoso vaticinio formulado por Jorge Nicolai en su "Biología de la guerra" permite esperar un mundo feliz, lo cierto es que la estadística nos muestra, con esa elocuencia escueta del guarismo, que durante el 75 % del siglo XVII los pueblos estuvieron en guerra, y que también consumieron el 50 % del siglo XVIII y el 25 % del siglo XIX en esas infaustas tareas.

Es Ortega y Gasset quien previene más enérgicamente contra la predisposición intelectual de lo que llama una interpretación belicista de la historia, apuntando que esta hipertrofia del ingrediente guerrero en la explicación de los sucesos históricos y en detrimento de otros supone escribir la historia de los frenesíes humanos, no la historia del pulso normal; supone escribir la historia del pathos del hombre y no la historia de su ethos.

Pero si esto puede aceptarse en puridad, no es menos cierto que hasta el presente la violencia que supone toda empresa guerrera no ha sido totalmente desglosada de la actividad internacional, y que si acaso no se la concibe ya como podía hacerlo el canciller de María Teresa, Kaunitz, como un instrumento normal de política internacional, es evidente que este infortunio sigue siendo todavía

un enigma que el hombre se afana por superar.

Maquiavelo, con su ciencia del poder, fué calumniado por la posteridad y sigue aún proscripto de las grandes construcciones de la ética política; sin embargo, la gran tradición de pensadores maquiavelistas, como Sorel, como Mosca, como Pareto y sus epígonos contemporáneos, muestran cuán vivamente se mantiene, cuánta vigencia tiene el denostado pensador de Florencia, que se exhibe

todavía como el gran hontanar de filosofía política.

El mundo político, como mundo de poder, es un mundo descrito como es, no tal como debiera ser, no tal como nosotros acaso quisiéramos que fuese. Esto no excluye que pueda hablarse del poder como de una plenitud jurídica, cuando se acierte a reducirlo a un simple medio para cumplir un alto fin de humanidad. Por otra parte, todo optimismo fácil denuncia una irremisible vocación de frivolidad que, además de vituperable, no es de ninguna manera fecunda para el pensamiento intelectual.

Mientras tanto seguirán enfrentándose en política internacional el mundo de la realidad con el mundo ideal, oposición que acaso pudiera resumirse en Maquiavelo con su ciencia del poder y en Dante con su concepción del mundo como un orbe, como un ámbito exclusivamente ético, alimentado profusamente con grandes mitos de la historia.

Me propongo denunciar en la emergencia un gran problema contemporáneo que constituye en mi opinión el problema por antonomasia en política internacional: la crisis de la política del equilibrio como principio de ordenación mundial en el mundo del poder, crisis ésta que obliga a las potencias protagonistas a buscar el nuevo estilo al que hayan de adecuar la convivencia humana. Este planteo no puede ser reducido a la categoría de tópico, sino que, por el contrario, es tema merecedor de muy amplias meditaciones.

Pero señalado el problema me debo empeñar en dos concretas indagaciones: cómo nació la idea del equilibrio como principio de ordenación en el mundo del poder y por qué entró en crisis.

El imperio romano fué el hecho político más expresivo de la historia de occidente, pero acaso esta extraordinaria hazaña humana hubiera desaparecido como otras tantas formaciones políticas de la antigüedad si no hubiera recibido el hálito remozador de la idea católica que, al superar la inmanencia de su construcción política, dióle un sentido de transcendencia y perennidad.

La iglesia católica actuó, pues, en un mundo domeñado por la romanidad, por una romanidad ya declinante pero que todavía mantenía su individualidad, es decir, su unidad. Fué ése un mundo despolitizado, es decir, un mundo en paz, con un centro único de poder del que dimanaban todas las decisiones políticas fundamentales. Este universo político, este cosmos al que se hallaban adscriptas todas las empresas políticas de ese tiempo comenzó —como dije— a declinar, y fué substituído por un mundo políticamente dual cuyos ingredientes fundamentales habrían de reñir muy pronto duras batallas. El Papado y el Imperio fueron los factores sustantivos del medievo europeo y tuvieron sus predicados ideológicos según es notorio en las posturas güelfas y gibelinas, que se mantuvieron como rectoras en las faenas políticas hasta el alborar del Renacimiento.

La rebelión protestante, al destruir, al distorsionar la unidad del ser europeo, cambia fundamentalmente los factores del juego internacional, aunque todavía y por mucho tiempo las fórmulas jurídicas se ensayaban en base a la idea imperial, es decir, en base a la idea de un universo político. "Quien afirme que el Emperador no es señor y monarca en todo el orbe es un hereje", dice Bartolus y por su parte Pio II (nada menos que el culto Eneas Sylvio Piccolomini) escribe a Federico III que todos los pueblos estaban sometidos a él de derecho. Claro está que ya desde la caída de los Hohenstaufen aquellas afirmaciones y otras similares iban perdiendo virtualidad e irían diluyéndose de la conciencia jurídica de ese tiempo con el otro gran hecho histórico al que ya hiciera alusión. En efecto: como antes afirmé, la rebelión protestante hizo que Europa no pudiera ser explicada como una unidad, y la idea de cristiandad dejó de ser el denominador común del destino europeo. El eje moral de ese mundo habíase quebrantado, y jóvenes, celosas y discolas nacionalidades habrían de protagonizar el nuevo orden. El universo transformábase en un mundo plural, y desde entonces puede decirse que el tema predilecto de los filósofos políticos y de los hombres de estado pasó a ser el tema del equilibrio

del poder.

El equilibrio del poder fué en efecto el nuevo principio integrador de la política internacional europea, y su vigencia histórica coincide con la aparición y desarrollo de los estados nacionales modernos de Europa. No tengo el propósito de explicar la etiología política del nuevo principio y cómo jugó históricamente en las grandes jornadas provocadas por la lucha de poderío. Ello daría una extensión inusitada a mis palabras; pero considero útil, en cambio, aludir, siquiera de paso, a los hechos más expresivos de la política internacional del siglo XVIII, que nos ofrecen un pórtico sugestivo de los acontecimientos contemporáneos. Digo así que a mediados del siglo prealudido, las grandes oposiciones en Europa (en materia de política internacional) se caracterizaban por dos circunstancias: 19) por la rivalidad continental de las casas de Habsburgo y Borbón, y 20) por la recia pugna marítima entre Francia e Inglaterra. Por ello puede decirse con Rhoden que la gran cuestión que hay detrás de todas las guerras anglofrancesas del siglo XVIII es la cuestión de decidir si el mundo transoceánico ha de ser inglés o francés. De allí que, inclinada la lucha en favor de Inglaterra, los supuestos geopolíticos sobre los que debía actuar la diplomacia inglesa fueran totalmente distintos, pues los intereses vitales de Inglaterra radicábanse en un espacio extraeuropeo, y también se explica que casi una centuria después dos grandes artífices del destino alemán e inglés, Bismarck y Disraeli, tuviesen frente al problema internacional dos actitudes distintas: el teutón, transformado en el líder del espacio centroeuropeo, sólo había concebido un ámbito continental, en tanto que el brillante ministro victoriano exhibía ya una madura concepción política mundial.

Volviendo al tema del equilibrio, digo con Schmitt que la idea de "un equilibrio de fuerzas opuestas domina el pensamiento europeo desde el siglo XVI. Se manifiesta en las ideas del equilibrio internacional, del equilibrio de importación y exportación en la balanza de comercio, del equilibrio de los afectos egoístas y altruistas en la filosofía de Shaftesbury, en la teoría de atracción y repulsión de la gravitación de Newton". Y con Spykman afirmo que "los filósofos señalaron la relación que guardaba el nuevo principio con la ley natural y con la armonía de las esferas e indicaron que el equilibrio, además de su intrínseca belleza, abundaba en contenido práctico y moral. Si se logra mantener todos los estados dentro de ciertos límites, ninguno podría ganar una guerra, y si ninguno pudiese ganar una guerra tampoco osaría iniciarla o servirse de ella como de una amenaza. El equilibrio es un poder compensado, y éste es poder neutralizado. Una sociedad en equilibrio político es una sociedad en que la fuerza no rinde provecho y donde los hombres vivirán por lo tanto felices merced al imperio de la ley, consagrados al cultivo de las artes y de los dones". Como

se ve, pues, se ha buscado un fundamento ético y hasta estético a la doctrina del equilibrio del poder. Puede citarse como ejemplo clásico de lo predicho el tratado de Westfalia, al que Hitler odiaba más aún que al propio tratado de Versalles, y que repartió los pequeños principados alemanes entre Suecia, Brandenburgo, Baviera y Austria, y en nombre de esa misma política equilibrista Polonia fué cuatro veces destrozada, África dividida y la China prácticamente repartida.

Frecuentemente, sin embargo, algunas comunidades nacionales de Europa quisieron escapar a la política del equilibrio en el curso de la Historia y entonces concitaron en su contra la connivencia de poderosas alianzas que restauraban de nuevo el principio ya mítico del equilibrio del poder. Tal ocurrió con la Francia de Luis XIV y de Napoleón, con la España felipina y con el II y III Reich. Pero la formación de las nacionalidades europeas a que ya hiciera alusión, y que dió lugar al principio del equilibrio en política internacional, influyó también en un fenómero de otro linaje, dispar pero paralelo: me refiero a la diplomacia occidental con los perfiles que exhibía desde el Renacimiento hasta la Revolución Francesa y desde entonces hasta nuestros días. En efecto: el diplomático no puede convertirse en parte integrante de la vida política hasta que el estado nacional desaloja la idea de Imperio de la conciencia general. En este sentido puede afirmarse que la diplomacia y la idea de estado nacional se condicionan reciprocamente.

Y esto sirve tanto a la diplomacia anterior a la Revolución Francesa, que era esencialmente dinástica, como a la posterior a aquel hecho histórico, que era una diplomacia nacional; a la primera, que representaba a una minoría que en todos los pueblos absorbía para sí, con exclusividad, el juego político, como a la segunda, que expresaba un ethos distinto; pero apurada la distinción prealudida tanto las gestiones de la diplomacia clásica como las de la diplomacia que llamo nacional tendían a construir un ordenamiento europeo sobre la base del equilibrio del poder. Y es muy expresivo a este respecto el empeño de Metternich de disuadir a Napoleón de su propósito de hegemonía imperial, construcción política ésta que destruiría la teoría del equilibrio considerada substantiva para el ordenamiento europeo.

Así llegamos a la guerra mundial, que es una sola si se la contempla desde el problema del equilibrio del poder. Ambas jornadas históricas (la del 14 - 18 y la del 39 - 45) son ante todo intentos de alterar ese equilibrio, afectando al propio tiempo al principio monitor. Este fué así herido de muerte, y desde ahora en más puede ser estimado como una experiencia histórica definitivamente superada.

Pero, aparte de todo esto, hay que anotar que el mundo del poder ha dejado de ser un mundo plural como consecuencia de esas jornadas guerreras, y el hecho cierto de la existencia de dos únicas y exclusivas comunidades nacionales con el arsenal bélico suficiente para decidir una contienda de poder obliga a una necesaria reposición del problema.

No he de ser yo, ciertamente, quien afronte la tarea, limitán-

dome a plantearla de manera angustiosa y anhelosa.

Pero voy a referirme, sí, a esta crisis del estilo de la política internacional que hasta hace poco privaba en Occidente, y aludir a ella en relación con los problemas de América y sobre todo del destino argentino.

Hasta hace poco se decía en todos los Congresos de América que nuestra convivencia internacional era feliz porque no se basaba en la idea del equilibrio. Desaprensivos optimistas y voceros oficiales propalaban por doquier este treno predicorde de bienaventuranza. Sin embargo, hay que cerciorarse hasta dónde lo predicho constituye una auténtica realidad. Por lo pronto, hay mezquindad intelectual en todo planteo de política internacional cuando no se lo formula bajo un signo ecuménico. Pretender dar por resuelto el problema de convivencia internacional de América sin referirlo al mundo occidental es cosa vana, cuando no el encubrimiento de una superchería intelectual. Señalado esto, todavía debemos apuntar que la única posición en política internacional de los pueblos de América se halla referida al ideal panamericano, el que todavía no ha acusado suficiente madurez, pues semeja un silogismo en agraz, puesto que aun se trabaja por sus primeras premisas siendo explicable entonces la todavía ausente conclusión. Recordemos que el panamericanismo es una panidea, y que toda panidea fué siempre reverenciada por los mistágogos de la geopolítica como un hallazgo fundamental para la estrategia política. Por su parte, el monroísmo, que promovió la primera gran gestión política en torno a un espacio geográfico continental fué saludado por Schmitt como la más revolucionaria desviación de las antiguas costumbres de derecho internacional, y esto es evidente si la confrontamos con su más moderna versión, la que nos da Walter Lipmann, y que no sé hasta dónde se compagina con la idea genuina de John Quincy Adams, padre auténtico de la criatura. Hay que señalar además que la declaración de Monroe fué una declaración unilateral de una potencia de América; que su aplicación varió fundamentalmente en el curso de la historia, desde su ríspida intromisión en la vida de América por la vía de Teodoro Roosevelt hasta la política del buen vecino con la aceptación del principio de no intervención. Y si el monroísmo no mostró su perfil uniforme en América, tampoco actuó de esa guisa frente a las potencias de Europa, pues fué a veces cauto y evasivo, en tanto que otras muchas mostróse presente y ostensible, como cuando Olney, con retórica altisonante, parecía dictar órdenes a Salisbury, en la cuestión de límites de Venezuela y las Guayanas Inglesas.

Si el panamericanismo ha de entenderse como lo deseaba la vetusta concepción de Blaine, deseoso de servir las urgencias del "destino manifiesto", o como lo proclamaba Groover Cleveland, por boca de su secretario de estado en 1895, hablando de la práctica soberanía de los Estados Unidos en todo el continente, se hace entonces inexcusable reeditar la proposición de Sáenz Peña: "América para la humanidad", como único remedio para superar una presión ominosa, ya que esa interferencia extracontinental del panamericanismo asegura a nuestros pueblos una vivencia de libertad.

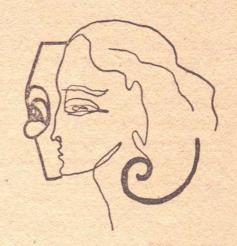
El panamericanismo no debe ser entendido, pues, como una política de estrategia imperial. Si se desea usarlo como instrumento de política internacional para hacer de América un escenario despolitizado, es decir, pacificado a costa del pulso político de los pueblos ingleses, ha de fracasar irremisiblemente.

Y esta no es una mera preocupación académica empeñada en bucear en el pasado; apunta por el contrario a una realidad espiritual inmediata, ya que autorizados voceros de la intelección americana propician un retorno de la idea imperial. James Burnham ensaya una idea de ese linaje partiendo de un falso dilema: "Washington o Moscú". Si el mismo Burnham concibe, siguiendo ideas de Toynbee, a quien transcribe, que junto con la civilización occidental conviven por lo menos otras cuatro: la cristiana ortodoxa, la india, la islámica y la del lejano Oriente; y si en América misma conviven dos estilos de vida, el del americano del norte y el de los pueblos que mantienen su sustancia hispánica, ¿cómo empeñarse entonces en una organización mundial de carácter imperialista? La existencia de civilizaciones dispares torna inexcusable la exigencia de una organización mundial de carácter plural. No es la idea de un universo político sino la de un pluriverso la única que puede tener vigencia; y por lo que respecta al panamericanismo, para que sea auténtico ha de repudiar expresamente la heteronomia que se halle insita en la fórmula de un imperio mundial.

Creo así que la más alta faena del mundo occidental ha de caracterizarse precisamente por su esfuerzo para transformar un mundo que denomino de relaciones políticas necesarias por otro que denomino de libertad. Un mundo éste que será más grande y más hermoso porque estará hecho de vida con su exigencia inexcusable de dolor, pero también resplandeciente de ensueño y trémulo de vida espiritual. Todo depende de que nos dispongamos a afrontar con dignidad y valentía el destino peligroso que nos toca vivir. Y además, de que no renunciemos a ensayar un acto de imaginación constructiva que nos permita percibir el sino metafísico

de la historia.

Lugones Vivo*



I

Yo tuve la fortuna de encontrar en mi vida un maestro.

Fué Leopoldo Lugones.

Si me pongo a rememorar mi juventud (y cada año que pasa la tendencia a evocar se acentúa, cada año surgen más nítidos los recuerdos, hasta el punto de que ya me regocijo por anticipado con las fiestas de imágenes que me daré cuando no sea más que una memoria); si me pongo a recordar aquella edad de aspiraciones y ambiciones confusas, de sed furiosa de conocimiento, de concentrada vitalidad en busca de cauce donde fluir, de entusiasmo y de melancolía, de goce de vivir y desengaños precoces—esa edad, en suma, agridulce como una fruta verde—, la figura de Leopoldo Lugones aparece de pronto en el centro del cuadro. Porque Leopoldo Lugones era mi amigo y porque yo, con una desaprensión juvenil que todavía me avergüenza un poco, abusaba de la generosa cordialidad que siempre me dispensó para ocuparle su precioso tiempo en la discusión de mis problemas personales y en la solución de mis crisis de conciencia.

Confieso que hoy, al cabo de más de un cuarto de siglo, me asombra el recuerdo de aquella cordialidad y de aquella paciencia. Lugones tendría entonces mi edad actual y yo era un jovencito de diez y siete años, lleno de soberbia, con un acentuado sentido de infalibilidad e imbuído de ideales revolucionarios, de los que aquél estaba ya de vuelta. No sé cómo me aguantaba. A mí, francamente hablando, esa especie de intelectual adolescente me parece poco amena. Puesto hoy, en la situación de Lugones, frente a una reproducción de mi yo de entonces, creo que no tardaría en señalarle la puerta de calle. Se encuentra aquí, sin duda, la dife-

rencia entre su grandeza y mi pequeñez.

La verdad es que me aguantaba. Y la verdad es también que

^(*) Fragmento de un estudio en preparación.

yo, en esa época (y hasta mucho tiempo después) no sentía aquella amistad como un privilegio inmerecido, sino como un derecho natural, y usaba de ella sin valorarla. Por grande que fuera mi admiración por el poeta, disentía entonces con todas sus ideas estéticas, políticas y sociales, y no le ocultaba mi disentimiento. Esa actitud polémica, que el maestro risueñamente consentía, me comunicaba una alta idea de mí mismo.

No me aguantaba a mi solamente, sino a varios más de mis contemporáneos, que lo queríamos, lo admirábamos, lo visitábamos, pero lo hacíamos al mismo tiempo objeto, en nuestros comentarios privados, de críticas implacables. Lugones era, para nuestra generación, un gran problema. Quien más, quien menos, habíamos sufrido la fascinación de la revolución rusa, que para nosotros no era sino el comienzo de la inminente revolución mundial, la aurora de un nuevo mundo. Yo me declaraba sindicalista "soreliano": la revolución violenta, en una decoración purpúrea, satisfacía mi sentimiento estético y mi vocación belicista. ¡Y justamente en esos momentos, de vísperas de redención, Lugones empezaba a afectar desdén por el pueblo, se nos convertía en reaccionario! Eso significaba, evidentemente, una gran contrariedad. Recuerdo, como si fueran de ayer, las visitas admonitorias que, vestido de conscripto, le hice en la Biblioteca de Maestros, para reprocharle su famoso discurso de Lima sobre "la hora de la espada". Pero mis tentativas de salvación fueron inútiles. Creo que llegamos a una solución de emergencia, según la cual yo debería perdonarle sus errores políticos en gracia a sus versos.

Ya por entonces era Lugones el gran solitario. Es decir, entraba en ese proceso paulatino de inadaptación que lo llevó a la tragedia final. Estaba divorciado de su generación. A esto se debería, sin duda, ese movimiento de generosidad (sin sombra, desde luego, de política ni de cálculo, sino originado en la necesidad de perpetuarse en el tiempo) que lo llevaba a aceptar la compañía de quienes tenían la edad de su hijo. No encontró tampoco en nosotros el eco que buscaba. Estaba condenado a morir solo, quemado en su propio sacrificio, en el cumplimiento de su tremenda vocación, para dejar que su semilla madurara lentamente en la

tierra ingrata pero, al cabo, rendidora.

Quiero decir lo que significó Lugones para mí, para muchos hombres de mi generación, para la Argentina. Se me ha de perdonar el tono personal de estas páginas; pero lo que principalmente quiero expresar es mi experiencia de su magisterio, experiencia que analógicamente corresponde al influjo general de su persona y de su obra. El tiempo me ha hecho ver lo que personalmente le debo a Leopoldo Lugones. La Argentina debe comprender lo que le debe a Leopoldo Lugones. Estas páginas tienen por objeto explicar hasta qué punto Leopoldo Lugones es, en mi entender, el hombre de la patria.

II

No me propongo hacer una crítica literaria de la obra de Leopoldo Lugones, porque Lugones no fué un literato, sino un profeta; no ejerció una profesión, sino una misión. Nada hay en él del hombre de oficio, empeñado en hacer penosamente "su obra" personal, para su miserable lucro o su miserable prestigio. Lugones fué un poeta en acción, proyectado hacia afuera, en perpetuo "acto de servicio", como él mismo habría dicho, en su propensión al idioma militar. Quiero tratar de desentrañar su secreto.

Ojos mejores para ver la patria

En este verso de las "Odas Seculares" está en mi entender la clave de toda la obra de nuestro gran poeta. Ver la patria. Y mostrarla. Verla en todos sus aspectos y hasta las últimas raíces. Mostrarla en todo el esplendor de su realidad y su esperanza.

No comprenderá nada de la vida de Leopoldo Lugones, ni de la lección que nos deja, quien no lo considere ante todo como lo que supremamente fué: un poeta.

Cierto es que su copiosa obra nos muestra múltiples aspectos. Poseído de una curiosidad enciclopédica, Lugones se ocupó de historia y de política, de pedagogía, de botánica, de matemáticas, de estudios lingüísticos y literarios. Escribió, además de versos, cuentos, novelas y ensayos. Esta diversidad de afanes y aptitudes, que lo asemeja a los mayores arquetipos humanos —a un Leonardo o a un Goethe— y que le hizo incurrir en el enojo de los consabidos especialistas, enemigos natos del talento impetuoso y triunfante, que arrasa con sus miserables cercados prohibitivos, pueden fácilmente reducirse a unidad en la propia vocación poética de nuestro gran hombre. No eran "macanas de Lugones", como solían decir los especialistas susodichos. Obedecían a una necesidad vital. No eran cosa de vanidad ni de jactancia. Eran una labor humilde de acopio.

El afán de conocer es connatural en todo aquel que debe expresar cosas grandes. Todos los materiales son escasos para quien tiene la misión de reflejar un mundo en su obra. La idea del poeta ignorante iluminado por el genio es una superstición romántica desmentida por las más altas jerarquías creadoras y, desde luego, por los propios poetas románticos. Las grandes dotes sin pulimentar producen, a lo sumo, a un Almafuerte (que, por lo demás, si hubiera tenido un poco más de talento, habría tratado de cultivarlo). Dante conocía toda la ciencia de su tiempo; Goethe era un sabio. La obsesión por abarcar la mayor cultura humana se observa en los grandes líricos, en un Shelley, en un Carducci. Lugones está en la gran tradición. Se empeñaba en saberlo todo

para hacerse digno de su misión concreta especial, que consistía en expresar las esencias profundas de la patria.

Considerada en función de su poesía es como se comprende el sentido de la diversidad a primera vista incoherente de la obra

lugoniana.

Ya veremos luego cómo todo se vincula armoniosamente. Pero en el caso suyo, el afán natural de saber para expresar, arraigado en la vocación lírica, se corroboraba con el impulso heredado de

las generaciones anteriores.

Las preocupaciones enciclopédicas de Lugones debían resultar más prolijas que las de los poetas pertenecientes a países de asentada cultura, porque aquí carecíamos de los materiales primeros, que allí se encuentran elaborados. La obra de Lugones tiene por ello en parte el acento de improvisación apresurada que caracterizó a nuestra generación organizadora; en parte, repito, continúa el espíritu del sarmientismo. En la magnífica biografía que consagró al precursor, se ve que el autor profesa todavía, en todo su vigor, la mística "civilizadora". Ya veremos luego en qué se diferencia y cómo se desarrolla el drama, la verdadera pasión intelectual que se juega en nuestro gran poeta hasta hacer de él no ya el continuador de ese espíritu, sino la reacción contra ese espíritu en nombre de una patria nueva.

III

Decir que Lugones fué ante todo y sobre todo un poeta no significa — ¡cuidado! — negar sus otras aptitudes y sacrificar el resto de su obra a su obra en verso. Ya hemos visto más de una vez la insinuación de ese regateo miserable. Exaltar al poeta no equivale a negar al historiador, al naturalista, al filólogo y al político, sino subordinar lo accesorio a lo fundamental y determinar, por el criterio de la "faculté maitresse" —ese "talento principal que rige todos los demás", según Pascal — la marcha de su espíritu.

Las diversas cualidades de Lugones no se niegan unas a otras, sino que se funden al calor de su temperamento volcánico; de tal modo que, ya sea que describa o razone, ya que polemice o se exalte, es siempre el mismo y logra su finalidad específica, que es comunicar a otras almas el entusiasmo sagrado que lo posee.

Como la poesía es un conocimiento y un conocimiento más alto que el conceptual, un poeta verdadero ilumina siempre cualquier disciplina particular que practique, elevándola, penetrándola de intuiciones; y si puede errar en lo accesorio, no se equivoca nunca en lo que a su facultad divinatoria compete. Tomemos como ejemplo su "Diccionario etimológico", tan menospreciado por los profesores peninsulares contratados por nuestra Facultad, cuyas infalibles aportaciones científicas cambian a cada generación. Es probable que Lugones haya errado más de una etimología y

que en muchos casos haya suplido la ignorancia de un dato o de una regla con el exceso de imaginación. Pero es también indudable que ni Menéndez Pidal ni ninguno de sus discípulos ha escrito sobre el significado de la lengua páginas tan admirables y definitivas como el prólogo que Lugones puso a su obra. Tomemos sus "Estudios Helénicos". Acaso no fuera Lugones un helelista consumado; nunca tampoco pretendió serlo. Los especialistas locales lo negaron con frenesí. Es posible que se equivocara en alguna interpretación de raíces, en alguna noción histórica. Pero qué admirable reconstrucción del mundo homérico! En vano buscaríamos nada parecido en la obra de los profesores que lo negaban.

Considerado así Lugones, como un gran poeta, aun en sus obras de ciencia e investigación, se advierte en seguida su significación en nuestra cultura. No debemos buscar tanto en él nociones y normas cuanto objetivos y finalidades. "Un poeta no es el que nos dice lo que debemos hacer, pues esto corresponde al moralista, sino el que nos muestra lo que debemos amar". A Lugones hay que juzgarlo a través del entusiasmo que nos comunica Y el entusiasmo dominante en el espíritu de Lugones es el

entusiasmo civil.

Desde sus primeras obras, como "El Imperio Jesuítico", hasta sus últimos artículos de diario, se advierte en Lugones una verdadera obsesión por conocer, por interpretar la esencia de la patria y por señalarle un destino. Esta preocupación inspira su "Historia de Sarmiento", sus "Piedras Liminares", su "Prometeo"; se exalta en la epopeya de "La Guerra Gaucha" y en las maravillosas "Odas Seculares", para continuar con "El Payador", los "Estudios Helénicos" y, por fin, "La Grande Argentina", que es la exposición más completa de su doctrina nacional, así como los "Poemas Solariegos" y los "Romances del Río Seco" son las notas más altas de su canto.

Esta serie de libros nos muestra que Lugones sigue con seguridad infalible un destino que él mismo se ha trazado. Tiene una misión y la cumple. El maravilloso artífice verbal del "Lunario Sentimental" y "Las Horas Doradas", el poeta puro, sabe que debe servir (como lo dice en el prólogo del propio "Lunario", en que alude a la función docente del arte puro) y abandonando el escepticismo de su generación y de su escuela, interviene en los debates que atañen al destino común, resucitando así la idea antigua del vate profético y conductor de pueblos, del "poeta legislador" que describe Shelley.

IV

Ese ferviente amor por las cosas de la patria en que se nutre su poesía es exactamente el mismo sentimiento que lo mueve a profundizar sus estudios humanistas e históricos. Es dicho sentimiento el que inspira su análisis de "Martín Fierro": ese Payador, que es la mejor síntesis existente de lo gauchesco. Y el mismo que en el "Prometeo" y los "Estudios Helénicos" lo lleva a completar, por la hurga en los orígenes, la visión total de la raza. ¿No había ya señalado las semejanzas y descubierto a Néstor redivivo en más de un viejo criollo sentencioso, y en más de un gaucho ladino las artimañas de Ulises?

No hay conocimiento si no es por las causas. El estudio de Homero y la vida de los héroes que describe, remotos abuelos de la gente grecolatina a que pertenecemos, le integraron a nuestro poeta, en una armonía total, su visión de lo argentino. Su persecución de las raíces gramaticales no tuvo otro sentido que la

necesidad de recuperar el linaje extraviado.

Artigas, Prócer de la Argentinidad

LA VERDAD DE MAÑANA

Decir hoy la verdad de mañana es condenarse para hoy, para mañana y para siempre. Fué lo que le pasó a Artigas con los hombres de esta banda del río, mejor dicho, con los hombres que gobernaron Buenos Aires en el primer decenio de la Revolución. Para ellos sería siempre el insurgente, el anarquista, hasta el infame traidor a la patria porque en 1811 ya no hablaba de Fernando VII, en 1813 quería independencia, federación y república, y en 1816 denunció la invasión portuguesa e hizo la guerra al Brasil. Buenos Aires seguiría esos mismos caminos rectificando actitudes contrarias pero sin rectificar su odio al jefe de los orientales. A nadie le gusta confesar sus propios errores.

¿De dónde provienen los aciertos de Artigas?. Simplemente de su experiencia y de su sentido común de hombre de campo. Su vida nómade le había hecho conocer a los hombres, y su instinto despierto comprender sus pasiones y reacciones. Por eso vió con claridad muchas cosas que no estaban en los manuales de ciencia política llegados de Europa; muchas cosas que los gobernantes de Buenos Aires aceptarían a regañadientes después de estrellarse contra ellas. Comprendió el espíritu de la Revolución, que había escapado hasta a los hombres de mayo, y fué el primero en hablar de independencia "absoluta". Comprendió también que se hacía para la Argentina y no para Buenos Aires solamente, que era para toda la población y no para una minoría de vecinos afincados. Y tuvo fe

en el triunfo final, cuando los diplomáticos del Directorio andaban

temerosos buscando la reconciliación con España, o un protectora-

do inglés o francés.

Vió claramente en el fondo del alma argentina y supo que la nueva nación sería libre, republicana, federal y popular. Pero vió todo eso antes que los hombres de Buenos Aires, y por eso la historia argentina lo condena: esa "historia argentina" que parece escrita por manos foráneas, y que con sus pequeñeces y sus enormidades todavía anda en los textos escolares formando la conciencia histórica del hombre común de nuestra tierra.

PRÓCER DE LA ARGENTINIDAD

Artigas fué el primer Caudillo. Con él llega a nuestra historia un nuevo elemento —el "pueblo" — que no había tenido entrada en las leyes indianas ni representación en los cabildos abiertos de mayo, pero en cuyo nombre e invocando sus derechos se hacía precisamente la Revolución. El caudillo es el pueblo reclamando esos derechos: ha de aparecer al frente de la multitud, respetado y temido desde el primer momento, porque sabe interpretarla y está identificado con ella. Por su boca y gesto habla y se expresa la multitud misma, como ella es desinteresado y altanero, como ella injusto y cruel a veces. No se ha impuesto por ambición de mando ni por deliberación de los gobernados: está allí porque tiene en mayor grado que otros la facultad de comprender a todos y de expresar la voluntad común. Que no otra cosa es esa virtud política que Aristóteles buscaba en los gobernantes perfectos "a través de cuyas palabras parece que hablara la Ciudad misma".

El caudillo pertenece a la Sociología y no a la Ética, porque es una multitud más que un individuo. De allí el error de algunos al medir su conducta con la vara de los honestos padres de familia: eso es "pequeña historia", chismorreo de comadres que debiera ser intrascendente y estéril. Pero Historia —con H mayúscula— es otra cosa: es sociedad en el tiempo como alguna vez se ha dicho, donde los individuos interesan como expresión de movimientos colectivos, y se juzgan sus acciones por la trascendencia social que alcanzaron. Por eso Artigas tiene valor histórico y no lo tiene en cambio el honrado notario eclesiástico don Gervasio Antonio de Posadas que puso precio a su cabeza "por infame traidor a la patria". Porque Artigas fué la Banda Oriental, y algo más también, y Posadas no representa en la Historia ni siquiera la Logia que lo había exaltado al poder.

Sarmiento, en uno de sus frecuentes chispazos geniales, dejó una expresión magnífica sobre los caudillos. "Porque en Facundo Quiroga —dice— veo una manifestación de la vida argentina. Facundo en relación con la fisonomía de la naturaleza grandiosamente salvaje que prevalece en la inmensa extensión de la República

Argentina: Facundo, expresión fiel de la manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones e instintos. Facundo, en fin, siendo lo que fué, no por un accidente de su carácter, sino por antecedentes inevitables y agenos a su voluntad, es el personaje histórico más singular, más notable que puede presentarse a la contemplación de los hombres que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social no es más que un espejo en que se reflejan, en proporciones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia".

Artigas fué el primero de los caudillos que dió la revolución argentina: en él se reflejaron "las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos" del litoral en los primeros diez años de vida independiente. La argentinidad se manifestó naturalmente en él, como no se manifestó, ni podía hacerlo, en las leyes foráneas o la literatura política importada que nos dejaron los gobernantes de Buenos Aires. Y por ser el primero —el "prócer"— de los caudillos merece perfectamente el Jefe de los orientales el nombre que le

hemos dado de prócer de la argentinidad.

Nuestra historia —nuestra "historia pequeña" — ve hombres y no ve movimientos sociales: nos habla de luchas entre una minoría civilizada contra una mayoría que vivía en la barbarie de centralistas y descentralistas, o entre extranjerizantes y nacionalistas. Pero todo eso es apariencia, aspectos formales de un solo hecho: el choque continuo de teorizadores de gabinete contra una realidad inexpugnable. No hubo lucha de "ideas"; hubo solamente monárquicos, unitarios, o afrancesados, dándose de cabeza contra una realidad republicana federal y que quería ser independiente. Toda la historia de nuestras guerras civiles (y de algunas internacionales) está ahí, pero la mayoría de nuestros historiadores, con miopía inexcusable, ha arrojado la responsabilidad sobre los caudillos, que es como acusar al pueblo mismo, renegar de la sola realidad.

Un choque de las teorías contra la realidad, de lo foráneo contra lo argentino: en eso, solamente en eso, consistieron nuestras luchas civiles. Esta realidad inexpugnable empezó a adquirir conciencia, voz y gesto en los años iniciales de la Revolución en la persona de José Gervasio de Artigas, capitán de blandengues en la Provincia Oriental.

PRIMER CAUDILLO

Cerca de 50 años tiene Artigas cuando llega a Montevideo la noticia de la revolución: hasta entonces había sido un oscuro militar y a ratos un tranquilo estanciero. Son tiempos en que se envejece rápidamente, y debió ser tenido por un viejo por los jóvenes de Buenos Aires conducidos por Mariano Moreno con sus

escasos 31 años. Pero el veterano capitán de blandengues no ha vegetado en el oficio: conoce de un extremo a otro la Provincia Oriental —su provincia—y conoce a los hombres, sobre todo a los de la campaña. El grito de Mayo, al encontrar su eco en Asencio debió resonar en sus oídos como afirmación de algo propio, de una nacionalidad que estaba en los hombres y en las cosas de la tierra. No era ese el pensamiento de los jóvenes de Buenos Aires que buscaban en el "Contrato" de Rousseau la fórmula para construir algo nuevo y perfecto. La Revolución negativa de Buenos Aires —negación de lo español—, se hace afirmación para Artigas, afirmación de lo criollo, de lo autóctono. Dos maneras distintas de sentir la Revolución.

Cuando Artigas vá a Buenos Aires a poner su espada y su consejo a las órdenes de la Junta, será recibido con recelo. "¿Quién es usted —le preguntó el deán Funes— para hablarnos así a nosotros? "¿Yo?, jel jefe de los orientales!" fué la respuesta altanera de ese capitán que andaba pidiendo 200 pesos y 150 hombres para insurreccionar su provincia. "Artigas —escribirá el Deán poco después- tiene un amor vivo por la independencia, pero con un extravío clásico de su verdadero desarrollo" Extravío clásico era tomar por caminos de tierra y no por senderos de nubes: "¡Cuidado, hom bres de Buenos Aires!" - parece haberles dicho el caudillo- "Cuidado con despertar recelos naturales, rivalidades viejas entre las regiones del virreinato. ¿No han comprendido aún la dura lección de lo ocurrido a Belgrano en el Paraguay? Hagamos nacional a la Revolución y no porteña, realista y no teórica". La Junta acabó por aceptar la espada y rechazar el consejo: la espada se llenaría de gloria en Las Piedras, y no seguir el consejo habría de costar la desmembración del virreinato y cincuenta años de guerras civiles.

Buenos Aires sigue marchando con los ojos cerrados imaginando utopías, tropezando contra los hombres y las cosas. Hay quienes, entre los porteños, no tienen fe en la nacionalidad, y tratan de cerrar el ciclo revolucionario volviendo al coloniaje: a cualquier coloniaje, el inglés, el portugués o el francés. Estos hombres fueron quienes concluyeron el armisticio de 1811, sugerido por Lord Stragford, devolviendo la banda oriental a Elío el español y agente de la princesa Carlota. Pero no han contado ni con el pueblo oriental ni con Artigas, que no aceptarán de ninguna manera quedarse sin patria. A Elío, que le ofrece el grado de general en el ejército español y una gran compensación en dinero, devuelve Artigas los pliegos porque "la sóla proposición es un insulto a mi persona". Y "con la Patria a cuestas" se marcha el caudillo hasta más allá de las fronteras simplemente porque se consideraba y quería seguir siendo argentino. Tras Artigas se va toda la población oriental -ni la quinta parte quedó en la campaña yerma- hasta el Ayuí en territorio de Entre Ríos. Este éxodo de 1811 es uno de

los episodios más emocionantes de la historia argentina: "toda la provincia oriental está aquí", escribe a Buenos Aires el general Vedia, delegado del Triunvirato para constatar el insólito acontecimiento. Pero no hay una página en nuestros manuales escolares que

quiera recordarlo.

Toda la historia de Artigas está llena de idénticas afirmaciones de argentinismo. Dos veces —en 1815 y en 1816— el Directorio le ofreció la independencia absoluta de la Banda Oriental: para alejar el peligro del artiguismo no encuentran en Buenos Aires otro expediente que amputar la tierra que lo ha producido. Y las dos veces Artigas rechaza indignado la proposición: era argentino y seguiría siendo argentino. Luchaba, eso sí, por la autonomía de su provincia dentro de una gran Confederación argentina. Es curioso que nuestra historia oficial no quiera perdonarle a Artigas su voluntad de argentinismo: comentando la primera de estas proposiciones —la de Alvear v su ministro Herrera el 25 de febrero de 1815— dice Vicente Fidel López ("Historia Argentina" V, 198 y 199): "Herrera se trasladó a Montevideo para abrir negociaciones con Artigas sobre la base de la absoluta independencia de la Banda Oriental: y si aún así no se conseguía que aquel empecinado anarquista quedase satisfecho y quieto, debía hacer que el general Soler evacuase inmediatamente la plaza de Montevideo . . . Artigas rehusó. Con su estúpida terquedad, Artigas iba a poner a su país en un declive hacia el predominio protector y culto del Brasil". Y por la sola virtud de esta proposición, Artigas se convierte para el historiador argentino en "un usurpador bárbaro y extranjero que sin tener derecho de nacimiento o de comunidad política con los argentinos, pretendía mantener su ingerencia en provincias y en negocios que por ningún título le pertenecían. La historia argentina oficial lo echa al caudillo de la argentinidad, justamente por negarse a renunciar a ella, por afirmarla más ¡pero mucho más! que los gobernantes de Buenos Aires.

LOS PUEBLOS LIBRES

A raíz de la revolución del 8 de octubre de 1812 y la caída del primer Triunvirato, se había esperado de Buenos Aires una comprensión más clara de las cosas. Fué cuando se convocó a la Asamblea General Constituyente a asamblea nacional, donde esta-

ban representados todos los pueblos del antiguo virreinato.

Artigas y la provincia oriental creyeron en esa "asamblea nacional" y el congreso provincial de Peñarol dió "instrucciones" a los diputados orientales en forma de veinte artículos, que pueden resumirse en estas proposiciones: independencia "absoluta", confederación de provincias iguales en derecho, libertad civil y religiosa "en toda la extensión imaginable", régimen republicano de gobierno, capital fuera de Buenos Aires.

En Buenos Aires, la logia Lautaro, alejado San Martín de ella y completamente dominada ahora por Alvear, ha copado integramente la Asamblea. No se quiere independencia, ni federación, ni republicanismo: por eso los diputados orientales serán rechazados, y la Asamblea, en lugar de proclamar la independencia, dará paliativos a la espectativa popular con decretos sobre escarapela, fiestas cívicas, marcha patriótica: todo menos la declaración lisa y formal que se pedía desde Peñarol. ¿Dónde estaba el verdadero argentinismo en 1813: en esa Asamblea temerosa, que remedaba la obra de las Cortes constituyentes de Cádiz, o en el Congreso de Peñarol y sus claras y terminantes "Instrucciones"?

De allí la ruptura. De allí dos Argentinas enfrentadas y antagónicas. La de Artigas y la del Directorio. En seis provincias — Oriental, Entre Ríos, Corientes, Misiones, Santa Fe y Córdoba— se levantará la bandera tricolor de Artigas, que era la azul y blanca de Belgrano cruzada en diagonal por la banda punzó del federalismo: fué la Confederación de los Pueblos Libres reconociendo a Artigas por Protector, y a las "Instrucciones" de Peñarol por pro-

grama político.

Entre los Pueblos Libres y Buenos Aires hubo guerra a muerte, porque necesariamente el triunfo de unos o de otros significaba

el aniquilamiento del opuesto.

No era una lucha de predominio meramente, no eran tampoco dos filosofías políticas antagónicas, ni el encuentro (como se ha
dicho) de la democracia inorgánica del Litoral con las minorías cultas de Buenos Aires. Era algo más que eso: dos maneras distintas
de sentir la realidad, dos concepciones opuestas de lo que es la Patria. Para los directoriales la Patria no había empezado todavía, era
algo futuro, remoto, que debería construirse imitando los buenos
modelos europeos; para los pueblos libres la Patria existía, era eso
real y vivo que estaba en los hombres y las cosas de esta tierra, y
que había que defender precisamente de toda ingerencia foránea.

TACUAREMBÓ

Cuando Buenos Aires se encontró impotente ante los Pueblos

Libres, desató contra ellos la agresión extranjera.

Guerra desigual, guerra de dos frentes ésta que sostiene Artigas contra los portugueses y contra Buenos Aires. Diez mil orientales murieron en los cuatro años de combates en que el caudillo defendió hasta la extenuación el territorio de su provincia. Y por una fatalidad, mientras en Cepeda triunfaba su teniente Ramírez sobre Buenos Aires, caía derrotado definitivamente Artigas en Tacuarembó por los portugueses. Gracias a Cepeda, "la batalla de un minuto y la definición de un siglo", como dice Molinari, se salvó la argentinidad de este lado del Uruguay. Pero en Tacuarembó se perdería para siempre la provincia oriental.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com2ar

Se ha puesto la estrella de Artigas en ese mes de febrero de 1820. Cuando pasa el río Uruguay con un puñado de sobrevivientes nadie reconocería en el derrotado al altanero Protector de los Pueblos Libres. Ramírez, su propio teniente, acaba de aliarse con los directoriales no obstante haberlos derrotado en Cepeda. ¿Qué otra cosa que una renuncia a la razón de ser de los Pueblos Libres es ese Pacto del Pilar concluído por Ramírez con Buenos Aires, donde no se dice una palabra de reconquistar el territorio invadido por los portugueses? La influencia nefasta de José Miguel Carrera, el ex Director de Chile, que se mueve junto a Ramírez, ha despertado la ambición del caudillo entrerriano; le ha hecho entrever la posibilidad de sustituir a Artigas en la jefatura nacional, y una vez dueño del poder en todas las provincias argentinas —ya pronunciadas por el federalismo —ayudarlo a Carrera a recobrar Chile de O'Higgins y de San Martín.

Artigas denuncia con ira la actitud de su teniente: "El objeto y fines de la Convención del Pilar celebrada por V. S. sin mi autorización, no ha sido otro que confabularse con los enemigos de los Pueblos Libres sin haber obligado a Buenos Aires a que declarase la guerra a Portugal, y entregase fuerzas suficientes y recursos bastantes para que el Jefe Supremo y Protector de los Pueblos Libres pudiese llevar a cabo esa guerra y arrojar del país al enemigo". Y ante la presencia del caudillo corren los entrerrianos y correntinos a ponerse bajo sus órdenes: el puñado de sobrevivientes de Tacuarembó se transforma en un ejército respetable con el cual Ar-

tigas cae sobre Ramírez.

Pero la estrella del Protector se ha puesto, mientras la del Supremo Entrerriano parece que se alzara por un momento. Aquel ha sido derrotado en Tacuarembó, mientras éste acaba de vencer en Cepeda. Y en una lucha de titanes, trenzados como jaguares, los dos combatientes se baten por toda la mesopotamia. Ramírez va derrotando en la Bajada, en Sauce de Luna, en Yuquerí, en Abalos a su antiguo jefe, al que acaba de arrojar —con sólo dos ordenanzas— en las selvas paraguayas.

Ramírez cedió a su ambición y a los consejos interesados de Carrera. Pero no sería el sucesor de Ártigas. Antes del año, su cabeza, expuesta en una jaula, colgaba de las arcadas del Cabildo de Santa Fe, como muda y elocuente enseñanza del error cometido.

EL AUSENTE

Con dos ordenanzas y ningún real en la faltriquera entró Artigas al Paraguay. Sus últimas onzas las había enviado a Río de Janeiro para aliviar las penurias de los prisioneros orientales.

Casi sesenta años tiene el caudillo cuando entra al Paraguay. Viviría hasta los noventa años en su rancho paraguayo,

mudo espectador de acontecimientos que él había profetizado, sin regresar jamás al suelo nativo. Lavalleja y Oribe cumplen la gesta heroica de los Treinta y Tres, y Artigas no se cuenta entre ellos. El Congreso de la Florida renueva el 25 de agosto la unión de la Provincia Oriental con sus hermanas occidentales, y Artigas sigue ausente. Llega la guerra con el Brasil y el triunfo de Ituzaingó, y los blandengues no acuden con su jefe para vengar la derrota de Tacuarembó, Viene la paz, y la nueva República Oriental se constituye, pero Artigas -más que nunca- se queda en el Paraguay. Sobreviene la intervención francesa en Montevideo, y tampoco vuelve el caudillo a levantar su bandera azul y blanca cruzada por la diagonal punzó contra el almirante Leblanc y sus aliados nativos.

En otra ocasión un grupo calificado de orientales se llega hasta su retiro para ofrecerle -prenda de unión para blancos y colorados— la presidencia de la nueva República. Pero Artigas se niega a recibirlos; le hacen llegar pliegos con el ofrecimiento formal del cargo, que el Caudillo devuelve sin abrir, como lo hiciera con aquellos otros pliegos que le mandara Elío en 1811. Es un muerto, y sólo espera en su rancho paraguayo el aniquilamiento físico. No tiene patria. ¿A dónde ha de ir? ¿A Montevideo, donde ya no se alza la tricolor de los Pueblos Libres, ni siquiera la celeste y blanca de Belgrano? ¿A Buenos Aires, la culpable, la gran culpable de las cosas que han pasado?

Está solo y desterrado por sentirse argentino. Argentino precisamente por ser muy oriental. ¿Cómo habría de volver al Río de la Plata, donde "oriental" ya no significa "argentino"? La Patria Grande y la Patria Chica se confunden para él: ha luchado mucho por ambas para separarlas ahora en su corazón; ni tampoco sería posible volver esas cosas atrás: el Río de la Plata ha quedado dividido

para siempre.

Artigas está ausente, pero el artiguismo, en su significado de gobiernos populares, autonomías provinciales, afirmación de soberanía, repulsión a lo exótico, se impone en la Patria Grande. La diagonal punzó de su bandera se ha hecho divisa partidaria del federalismo, y Buenos Aires —gobernada ahora por hombres realistas tremola en alto esta divisa provinciana —que quita los recelos del Interior al puerto— y es bajo ella que se organiza la Confederación en 1831, y se afirma la soberanía en 1838 y en 1845.

Es curioso que al mismo tiempo que el viejo Artigas atravesaba con dos ordenanzas la frontera paraguaya para nunca más volver, el joven estanciero porteño Juan Manuel de Rosas empezaba su carrera política incorporándose con el V Regimiento de Milicias a la defensa de su provincia natal. Hay tal vez algo más que una coincidencia en ese ocaso y esa alborada simultáneos.

Hacia el Concepto de Literatura Nacional

Determinar en forma categórica el concepto de lo que debe entenderse por literatura nacional, importa, sin duda, un problema que puede escapar a la exclusiva formulación literaria, es decir, que en torno a la categoría "literatura nacional" pueden encontrarse incorporados conceptos y principios que no son específicamente literarios, que importan construcciones ya sean políticas, económicas, sociales, etc.

Ello explica la dificultad del tema y lo difícil que va a resultar exponer, siquiera sea una referencia aproximativa, limitada por la tiranía del espacio. No tengo tampoco la pretensión de haber analizado en forma exhaustiva toda la gama de implicancias que supone el análisis de la cuestión: determinar qué debe entenderse por literatura nacional, establecer de manera precisa en qué momento del desenvolvimiento histórico de los pueblos se advierte la aparición de un arte que se reconoce como expresión de las virtudes de la raza; comprender, en suma, cuáles son los factores que favorecen, que perturban o que obstaculizan la formación de una literatura nacional.

Todo ello, quizá, puede constituir una de las más apasionantes interrogaciones que la problemática literaria presente a los ojos del crítico o del curioso, y desde antiguo me ha resultado particularmente significativo que sea precisamente entre nosotros donde falte un aporte sustancial a la dilucidación de tan importante cuestión,

puesto que si bien algunos ensayos y trabajos han contribuído con interesantes sugestiones y esclarecimientos, sin duda falta todavía la obra que resuma y condense el sentido de nuestra tradición literaria, determine las grandes líneas de la creación vernácula, esclarezca los problemas de su futuro y constituya, en definitiva, la base firme, la estructura sobre la cual han de proyectarse las conquistas trascendentales del porvenir.

Debo decir por anticipado que Juan Alfonso Carrizo, por ejemplo, representa esta corriente dentro de nuestra literatura. Toda su obra, esencial e imprescindible para la comprensión del desarrollo de la poesía tradicional argentina, contribuye también de manera muy valiosa a constituir la interpretación integral del proceso formativo de la cultura nacional, cuyo reflejo y cuya recreación

se halla en sus obras y en sus ensayos.

En el aporte de Carrizo puede advertirse parte de lo que vengo afirmando: preocupado por dar a la literatura argentina bases vernáculas, ha tenido que empezar por rescatar del olvido y del abandono las fuentes vivas de la inspiración popular. Sus cancioneros de las provincias norteñas son ejemplo de su sacrificada acción, de su búsqueda que llega hasta la frecuentación personal con el indígena, con el arriero, con todos cuantos pueden ser testimonio de una tradición que se desvanece. En Carrizo se halla, pues, un intento de fudamentar la existencia de una literatura nacional, de concretar las corrientes culturales que irrigan el patrimonio espiritual de los argentinos, que son las fuerzas niveladoras de las grandes realizaciones a que aspiran las generaciones presentes.

Ricardo Rojas señala también otro de los momentos en la interpretación de este fenómeno y abre un camino para su comprensión y estudio. Coincidentes con él o no, debemos reconocer la proyección de su personalidad y valorar su clasificación un poco simplista de las épocas en que divide el proceso y desarrollo de la literatura argentina, que ha hecho escuela y ha impulsado la crítica y la estimativa en determinado derrotero.

También Bernardo Canal Feijóo, Jorge Luis Borges y tantos otros, han incorporado un verdadero tesoro de observaciones a este intento siempre inconcluso de filiar el alma nacional, a esta tarea de reconocer la jerarquía de lo propio, de atraer todas las fuerzas del espíritu sobre los temas consustanciales con el alma auténtica de la patria.

Me he preguntado muchas veces cómo puede escapar a la observación de quienes proclaman, con torpe actitud de extranjería, la insuficiencia de nuestros poetas y escritores comparados con los de allende el océano, una circunstancia muy fácil de explicar y de claridad meridiana. Casi todas las literaturas europeas, en especial las que corresponden a los países de tradición imperial, han tenido

un momento unánimemente reconocido como el del apogeo de la literatura nacional. En ese momento que, claro está, coincide con el desarrollo eminente y supremo de todas las posibilidades históricas y políticas de la nación, el pueblo entero sabía y entendía que sus poetas, sus novelistas, sus pensadores incluso, representaban no sólo lo más granado de la intelectualidad de su época, sino que encarnaban con desusada alacridad el espíritu popular, simbolizaban la grandeza de la nación y construían el ensueño, la trama sutil bajo la cual se proyectaba hacia el infinito el destino común.

En Inglaterra, Shakespeare encarna realmente la literatura nacional; en Francia lo hacen Racine y Lafontaine; en tierra italiana Dante o Petrarca, y en España precisamente es la literatura nacional del siglo de oro, con Cervantes, Calderón, Góngora o Lope de Vega, en la que se reconoce el pueblo y la nación encuentra su acento triunfal y definitivo. Para quienes han estudiado estas literaturas, no resulta entonces difícil precisar el concepto y determinar qué es lo nacional en literatura, porque si no son ni pueden ser iguales ni en la forma ni en la invención ni en el estilo, las novelas de Cervantes, los autos sacramentales de Calderón, las soledades de Góngora ni las letrillas de Lope, todo español sabe sin embargo cuál es el rostro unánime que él reconoce en la prosa o en el verso de estos creadores. Todo español sabe, por ejemplo, qué vocación de eternidad, qué consustanciación de lo religioso y de lo profano, de lo humano y de lo divino, se encuentra en el "Persiles" de Cervantes y cómo esa obra maravillosa es auténtica literatura nacional, no obstante ser sus héroes principes extranjeros, no obstante que los trabajos y las fatigas de "Persiles y Segismunda" tengan por teatro y escenario todos los mares y las costas del Septentrión europeo, es decir, a pesar de que en la obra de Cervantes la imagen de España es únicamente una figura ideal, es sólo el resultado, el significado esclarecedor de su creación. El alma española anima a "Persiles" por encima de todos los accidentes y circunstancias y me atrevería a decir, ya lo supuso el mismo Cervantes, que ni el "Quijote de la Mancha" ni toda la obra cervantina tiene explicación cabal ni rotundidad suficiente de genio español, si no es explicada y complementada con una interpretación de "Persiles y Segismunda".

Queda así esbozado el interrogante y lo que constituye en verdad una incitación a un mayor desarrollo, que las circunstancias no permiten, sobre este miraje de la literatura nacional española. Volvamos los ojos a lo nuestro y tomemos por ejemplo para el examen y la crítica lo que se reconoce casi sin excepciones como nuestro poema nacional. Inquiramos el sentido del "Martín Fierro".

Todas las interpretaciones del poema de Hernández han sido posibles y han tenido como causa su prodigiosa fecundidad, su popularidad casi milagrosa. Con él se ha pretendido dar sentido no sólo a toda nuestra literatura, sino también a una época de nuestra historia, a un trozo de nuestro desenvolvimiento político. El poema gaucho ha recibido el elogio más desmesurado y la crítica más mordaz, la interpretación más académica y la explicación más vulgar. Para el poema de Hernández todas las clases sociales, todas las clases políticas, la opinión pública por entero, se ha creído obligada siempre a expresar una actitud, una opinión; el acogimiento o la repulsa. Lo cierto, empero, lo que no puede desconocerse, es que el pueblo ama, canta y lee el "Martín Fierro". Me he preguntado muchas veces cuál es el secreto, cuál es el motivo de este cobijo popular que todas las generaciones de argentinos han acordado a los versos de Hernández, a despecho de la crítica pedante, a despecho del silenciamiento culpable que en el periodismo, en la escuela y en la cátedra, se ha urdido en torno al poema, a despecho quizá de la misma dificultad que la manera argentina ofrece para la perduración oral de las obras de este tipo.

Leopoldo Lugones, por ejemplo, cuya obra poética configura la creación más trascendente de la literatura nacional argentina, ha dado del "Martín Fierro" una interpretación que lo aproxima a las grandes creaciones de la literatura griega; identifica el poema de Hernández con "La Ilíada" y "La Odisea". En "El Payador", en las conferencias dadas en el teatro Odeón, procuró sentar la tesis del mito argentino identificándolo en el protagonista. Otros, como del Río y De Paoli, explican el ascendiente incuestionable del poema sobre los hombres del pueblo, porque ven en él un espejo de la lucha de los desposeídos argentinos por el logro de sus conquistas materiales y espirituales, porque creen que en sus sentencias y en sus versos se encierra la vocación de patria de las masas argentinas, se refleja el drama secular de la lucha del pueblo contra la oligarquía, se explica y se da la clave, no sólo de nuestra organización nacional, sino también de todo el proceso político que se abre después de Caseros y que se halla aun inconcluso.

Debo declarar sin vanidad y sin jactancia que con parecerme profundas y originales ambas tesis, creyendo como creo que el "Martín Fierro" tiene la resonancia, el tono épico y el entronque popular de los poemas homéricos, creyendo que es un documento inapreciable para interpretar y comprender la lucha de las clases populares argentinas por la conquista de su soberanía y de su li bertad, entiendo también que la conclusión sobre su valor y sobre su trascendencia debe ser otra. Creo, por todo lo afirmado, que es posible responder al interrogante que dejo planteado sobre el concepto de literatura nacional, dando una interpretación y un sentido al poema de Hernández, puesto que si su valorización importa el análisis de tópicos, que no corresponde abordar ahora —lo exclusivamente filológico, folklórico o costumbrista— bastará para

lograrlo correlacionar lo que ha pasado a ser ya acervo común

con el supuesto que he de exponer.

Sorprende de primer intento que una obra de arte de concepción y de ambiente local, como es el "Martín Fierro", haya alcanzado el reconocimiento de poema nacional que se le asigna unánimemente. Fierro es un personaje de típico arraigo bonaerense, es decir, el ambiente, los personajes y la visión conjunta del retablo popular que él anima corresponden al ámbito de la Provincia de Buenos Aires. De paso puede agregarse que ocurre la misma cosa con las características de su lengua, las peculiaridades de su estilo, etc.

Para el habitante de Santiago del Estero o de Jujuy, digamos, el poema no puede tener sino la vibración plena de su "sentido", de su escondida y soterrada significación, porque allí el indígena que aun habla la lengua quichua, el arriero que recorre los valles calchaquíes, el ciudadano de las populosas ciudades mediterráneas, no puede reconocerse ni en la viveza del lenguaje, ni en la arisca rebeldía del héroe, ni en la huidiza y penetrante sabiduría popular que explicitan, por ejemplo, los dichos y sentencias del Viejo Vizcacha.

Con todo, volvemos al punto de partida y, recapitulando, insistimos en que el "Martín Fierro" es el primer monumento, el hito más revelador de la existencia y de la vitalidad de la literatura nacional.

Los aciertos, las virtudes y la real calidad de la obra de arte que justifican su gravitación y acreditan su linaje, son, precisamente, las que se fundan en el valor humano, realmente arquetípico del héroe protagónico, en su dimensión trágica. en su obstinada y trascendente vocación de libertad y de afirmación de eternidad.

Todo aquello que ha llamado más la atención a los navegantes desprevenidos y a los críticos superficiales del martinfierrismo, es quizá lo efímero y transitorio del poema: su modo y su forma. Lo que queda, lo que ha de quedar, lo que construye el basamento de toda la literatura nacional, es el arquetipo fundamental

que incorpora a nuestra tradición cultural.

El cuadro de costumbres, la pintura de una época, las características de los personajes secundarios (Vizcacha, Cruz, el hijo mayor y el hijo menor), las mismas razones del personaje central que a lo largo de todo el poema canta "opinando", es decir, co menta lo sucedido y extrae de ello consecuencias y deducciones, es sólo la estructura, el juego ora sutil ora grosero de la fábula. la invención acertada o desvaída, el hallazgo estilístico o la bastardía expresiva. Todo resulta imprescindible para ca'ar hondo en el sentido y en la interpretación del poema, pero lo que importa no nos tome desprevenido, es muy otra cosa: lo que tiene el "Martín Fierro" de misterioso y sobrecogedor, el mágico influjo de su mensaje.

HACIA EL CONCEPTO DE LITERATURA NACIONAL

Así pudo decir en un libro reciente Ezeguiel Martínez Estrada, intuyendo pero no explicando su sentido, que "Asunto y personajes son, como en la tragedia griega, y en cualquier obra grandiosamente concebida, un contacto doloroso, vivo, con la realidad que se oculta bajo las apariencias, aspectos circunstanciales de una fatalidad. También Sófocles manejó conscientemente, a medias, el mito tremendo de Edipo, sin alcanzar racionalmente sus verdaderas profundidades lóbregas. Se percibe en el poema que actúan las fuerzas activas, plásticas, de la geografía y de la historia, que lo adjetivo es lo real y lo sustantivo lo ideal eventual. Lo que ha producido la aventura de "Martín Fierro" es la misma mano que ha modelado nuestras instituciones, nuestra cultura, nuestra idiosincrasia. Hernández es, como "Martín Fierro", un evento. Es lo que ha elevado grandes ciudades y destruído grandes almas. El poema es un mito auténtico (no el mito mistificado que hoy se venera). Cobra, más que un significado de símbolo de un destino humano. general, el sentido de una clave histórica sudamericana".

Más que el gaucho bravío, que el prófugo de la milicia, que el tremendo enjuiciador de su tiempo y de su patria, nos importa el hombre, su tránsito doloroso por este mundo, la frustración de su destino, que él mismo reconoce y canta. Diríamos que reside aquí, en este controvertido matiz, la cifra que resume y condensa el inquietante problema. El hombre Martín Fierro, aquel para quien su destino era preocupación que lo impulsaba al canto, ¿tiene conciencia de que la realidad que describe, de que sus desgracias, su atribulada suerte, no es otra cosa que su tránsito terrenal, el paso de todas las criaturas por este mundo en procura de la divinidad; la suma de todo lo que hace a la criatura humana perecedera y trascendente, atada a la tierra, pero con los ojos puestos en un entrevisto cielo?

El pesimismo sustancial del poema, la desesperada imprecación del héroe —que sólo suaviza su permanente admonición, recor dando que en otro tiempo "el paisano tenía casa, china e hijos"—nos hace creer que Martín Fierro no importa sino una tremenda negación, que su mensaje no es más que el trémolo solitario y acusador de quien no percibe sino el fracaso de su propia vida, el derrumbe de un mundo que conoció como propio, en cuyo reemplazo no alcanza a percibir qué cosa puede reemplazarlo, tremenda noche a cuyo término no a'canza, tampoco, a distinguir las luces augurales de ningún amanecer.

Como poema nacional, el "Martín Fierro" suple sin duda, un vacio que no han sido capaces de llenar todavía, todos nuestros creadores literarios. Ni la tradición española, finamente trasvasada por la tradición oral o la poesía de tipo popular, tal cual la conocen nuestras provincias norteñas, ni el vertiginoso crecimiento de una literatura ciudadana y europeizante, donde, por ejem-

plo, son claros remansos los versos de Carriego o de Almafuerte, ha podido suplir una ausencia ni justificar una penuria, cosa que hizo y hace el "Martín Fierro", este gaucho ejemplar, flor de un pueblo en rebelión.

Creo ecendradamente que Hernández, su creador, es grande y admirable por su vida llena de insuficiencias, de frustraciones, de crueles alternativas. La criatura de su ensueño, el gaucho "Martín Fierro", es también nuestro arquetipo literario, es hasta el presente lo que justifica, da sentido y explica la existencia de una literatura nacional argentina, porque, como su creador, simboliza todas las negaciones, las frustraciones, las imposibilidades y las insuficiencias del hombre argentino en su peregrinaje terrenal.

Pero una literatura nacional, la literatura de un gran pueblo, de una nación, de hombres con vocación de grandeza y de destino, ambiciona y debe ambicionar otra cosa, debe tender hacia otros objetivos, debe procurar la gestación de otra clase de héroes, de

otro tipo de próceres, de santos o de mártires.

Me atrevería a firmar que nuestro pueblo necesita, también, algo más que la sombría tragedia que encarna el héroe gaucho, que anhela superar el trágico pesimismo de su contradicción esencial ("Martín Fierro" es un desheredado, desposeído señor de su heredad) para reconocerse en canto donde se vislumbre la conquista de los grandes ideales de una nacionalidad, la fecunda realización de todos los destinos individuales en la comunión de los que aman y sufren con pareja dignidad las vicisitudes y la suerte de la patria.

Recamada sobre un fondo de tragedia, dibujada su trama sobre un horizonte en el que se confunden las profundas transformaciones sociales, las ingentes experiencias del pensamiento, las grandes creaciones del arte y de la inteligencia, la vida popular, el alma del pueblo volcada en canto, en forma, en gracia y en melodía, debe ser amorosamente recogida por el poeta para plasmar con ella la obra de su tiempo, la flor de todos los tiempos, el rostro especular donde cada criatura, cada hombre de su tierra, se

reconozca v se vea.

Para los hombres de este tiempo, al filo aun de una revolución que ha sacudido y desgajado muchas de nuestras arraigadas creencias, muchas de nuestras más perfectas y admirables construcciones culturales, no puede sonar extraño que digamos que es menester escribir el gran poema nacional, la gran obra, el gran fruto de la inteligencia y de la inspiración que nos devuelva en arquetípica severidad, en gravidez de fruto madurado, el signo de nuestra época, la realización artística de lo que nuestro pueblo ha con seguido ya por su presencia, por su obra, por la obra de su conductor eminente, en el terreno de lo institucional o de lo económico.

El gaucho "Martín Fierro" queda atrás, figura detenida en la historia, contra la que no han de poder ni la horizontal mor-

HACIA EL CONCEPTO DE LITERATURA NACIONAL

dedura de la lejanía, hecha pampa y hecha horizonte, ni el lento voltear de las ruedas del tiempo, que en vano intentaron desvanecer

su estampa, su apostura y su empaque.

En él se abre con certeza de destino la historia de la literatura nacional. Desde él hasta nosotros, quizá solamente Lugones pulsó una lira reservada a los mayores, a los grandes de cada tierra; pero nosotros sentimos la nostalgia de un canto, de unas estrofas que no digan, como las cantadas en el campo porteño, de la agonía del gaucho, sin mujer, sin hogar, sin hijos, sin fe y sin patria.

Nuestro corazón nostálgico de patria, de fe y de esperanza, sabe que ese canto ha de brotar un día, el más desprevenido de todos, como brota el agua del manantial en el lugar más recóndito de la llanura; que con ese canto todos los argentinos, al reconocernos, habremos reconstruído para siempre el hogar común, la heredad recobrada de manos extranjeras, la tierra de nuestros mayores, su mística, su perfume, su prodigiosa y oculta belleza, que ha de ser para siempre nuestro sostén, nuestro refugio, nuestra amorosa inquietud y nuestro símbolo.

De los Campos del Sur

LA TAPERA

Bolví, halléme solo i entre abrojos y en vez de luz, cercado de tinieblas...

HERRERA.

Clavé los ojos en el campo abierto Como la luz clava el rejón del día: Ardía el tiempo en su espiral vacía Pero a sus pies estaba el tiempo muerto.

Quise negarme a ese testigo cierto Pero una voz, tallada en la alegría, Crecía entre los adobes y decía: La luz es más hermosa en el desierto.

Cerré los ojos y en tal punto digo Que levanté la casa a cal y canto, Techada en cielo, cimentada en trigo;

Miré otra vez, con un dolor sin llanto, Y vi que redoblaban su castigo La soledad, el cardo y el espanto.

DEL CABALLO DE MI INFANCIA

Entre los árboles dormidos De la Sierra de la Ventana —Et caliptos enaltecidos por el amor de la mañana—

DE LOS CAMPOS DEL SUR

Mi caballo color de muerte Murió en los tréboles fragantes. Quiero contar su triste suerte Si me escuchan los circunstantes:

(Tal vez convengan a esta historia Luces malas y aparecidos Aunque le basta, para su gloria, Cantar amores correspondidos).

Mi infancia, tan imaginera Tuvo en aquel caballo mío Una perfecta primavera Y un cielo andante como un río.

Desde sus remos de bichoco Vi levantarse las mañanas. Medio poeta y medio loco (Yo solo oía unas campanas...)

Frente a sus ojos mendicantes En la paz de la ancianidad Lo recreaba desde antes De su misma natividad.

Entonces toda su hermosura Seria una cola bien peinada O la crin negrecida y dura O la cabeza levantada.

Ningún caballo de la tierra Se le podría comparar: Tendría el gesto de la guerra Y la guerrera paz del mar.

Por eso el pueblo y los pobladores Envidiaban mi donosura Cuando pasábamos, como dos flores, Frente a la envidia y la amargura.

Me lo tumbó la muerte ciega Por darme acaso el primer dolor: Por él invoco a Santos Vega Y le ruego a Nuestro Señor.

SEXTO CONTINENTE

DEL RIO DE MI INFANCIA

Hincado a la orilla del río Y en las palmas de la soledad, Como un sol a la orilla del mundo Miraba pasar la verdad.

Caía la luz al costado Y el silencio rompía su cristal, Pero el río corría como siempre Y sonaba su música igual.

En la tarde, las vacas lejanas Bajaban a ver la verdad, Y bebían el agua corriente Como si fuera la eternidad.

En la noche, los peces plateados Saltaban igual que las olas del mar, Y en las mañanas rosadas y frías El sol salía a relumbrar.

(Cuando mi vida se termine Dios me ayude a ver la verdad Como la vieron estos ojos niños En las palmas de la soledad).

La Clase Dirigente: su Rol en la Política

"TEORIA DEL ESTADO", de ERNESTO PALACIO

La política tiene categoría de ciencia autónoma con método propio, como que constituye un fenómeno social de especie distinta, y no necesita ni debe pedir prestados a la economía, ni al derecho constitucional, ni a la psicología, ni a ningún otro conocimiento sus métodos de investigación.

Así o en otras palabras lo afirma el doctor Ernesto Palacio en este libro. Lo afirma y lo demuestra en prosa ceñida al pensamiento como la piel al cuerpo y sin ninguna sobrecarga de citas inútiles y ejemplos históricos que tienen el inconveniente de enredar las discusiones con pedantes muestrarios de sucesos, en los que

hay para demostrar lo que el tratadista quiera.

La política tiene su anatomía y fisiología especial y si, como dice Palacio, hay en esa actividad un orden natural que no se puede someter a clasificaciones ni subordinaciones extrañas a su propia realidad, nosotros nos arriesgamos a decir que el autor plantea por primera vez una biología de la política tal cual es, desnuda de ropajes aristotélicos, con su monarquía, aristocracia y democracia y de trinidades montesquieanas donde la letra de la ley dicotomiza un aparato vital en el que todo responde a una sinergia determinada.

Hay un "orden político natural, independiente de los llamados regímenes de gobierno". En la monarquía más unipersonal influyen

las masas populares, y en cualquier democracia moderna los líderes, tribunos o caudillos deciden unipersonalmente como verdaderos monarcas en mangas de camisa algunos o todos los problemas del Estado. Por lo demás, no hay despotismos ni gobierno popular sin que un equipo dirigente y minoritario no interfiera, controle y equilibre la natural propensión del jefe a exceder sus facultades y la no menor propensión de las masas a anegarse en la anarquía y en el caos. Todo gobierno es mixto —dice el doctor Palacio—y no puede no serlo, como el cuerpo humano no puede ser pura cabeza ni puro músculo.

Las estructuras naturales del estado, jefatura, clases dirigentes y estratos populares, no pueden desplazarse unas con otras sin que sobrevenga automáticamente un desequilibrio que tiende con energía a buscar el nivel donde sólo es posible el orden y la paz.

Si no lo halla, la revolución barre con la terquedad o la ceguera de los obcecados y comienza de nuevo la reordenación de los elementos biológicos del estado hasta que, con cualquier constitución, nombre o régimen que quiera el gusto, la moda o la rutina del momento, se logre la interdependencia de todas sus estructuras u órganos.

IDEOLOGOS Y REALISTAS

Aquí se comprende cómo el líder ideólogo se diferencia del político realista. Aquél cree que basta cambiar las superestructuras institucionales para gobernar. Creará seis o siete chirimbolos constitucionales, abrirá o cerrará las esclusas del sufragio universal y ya estará tranquilo. Realista, en cambio, es el que comprende que la política tiene su realidad particular, la que rige y no se deja regir por ideologías ni dogmas sobre las calidades de un jefe o de un sistema.

Conviene señalar que el político realista no desdeña utilizar la ideología que en ese momento tenga simpatía o aprecio entre las masas; pero se guardará muy bien de dejarse arrastrar por el mito.

Maestros en tal sentido fueron ciertamente los bolcheviques cuando, sustituyendo a cierto tipo de charlatán demócrata progresista que encarnaba Kerensky, agitaron los mitos marxistas (seis o siete frases sacadas de aquí o de allí entre los cuarenta pesados tomos de Marx) y los hicieron servir a sus propósitos. Habían obtenido, sin embargo, un mínimum de votos, pero supieron representar e interpretar en aquel momento los deseos de la mayoría. Paz por separado con el ejército prusiano, reparto de tierras, etcétera; Kerensky les había confeccionado a los rusos una hermosa ley electoral, en momentos en que lo que querían los "mujiks" era que los dejaran volver a sus isbas. Lenín les confecionó una dictadura del proletariado con vanguardia consciente, etc., etc., que se ade-

v zarista. No se dejó subordinar a ningún ente de razón socialista y democrático, pero lo subordinó a esa realidad; y en nombre de un socialismo imposible él y sus epígonos mantienen desde hace treinta años en Rusia un gobierno posible, hoy adulado por una

gran parte de la burguesía occidental.

Entendida así en su ámbito propio, no es difícil entender también a la política sin subordinación a la moral y a la teología. No se suponga en Palacio una invitación a tírar por la borda todos los escrúpulos con un maquiavelismo de bolsillo. No hay tal cosa. La ciencia natural política es agnóstica y positiva, tal como la bioquímica o la botánica. Pero de ahí no se sigue que sea lícito, a los fines prácticos de la política, insurreccionarse contra la ley de Dios. Así, yo puedo decir al mismo tiempo y sin contradecirme que el comunismo persigue la implantación de la pocilga universal (finalidad antihumana y por tanto inmoral) y reconocer como reconozco que toda esa canalla revela un dominio maravilloso de la realidad política como objeto de aquella ciencia natural. No me contradigo.

EL RECAMBIO FISICO POLITICO

Por medio de esquemas —inútil es que se quiera ilustrarlos con , estadísticas puesto que el libro no se propone historiografiar, sino que se atiene a un método deductivo del que no puede apartarse—el autor desarrolla la dinámica de las fuerzas sociales que en perpetuo movimiento sostienen el diario acaecer político.

El monarca, jefe o caudillo, en la cúspide, la masa en la base, la clase dirigente entre ambas fuerzas, se neutralizan, se reacomodan y a veces se destruyen; pero es metafísicamente imposible que unos prescindan de los otros so pena de ser sustituídos en seguida por

nuevos jefes y nuevos equipos gobernantes.

Una revolución podrá barrer con el personal político y burocrático que dejó de ser clase dirigente, pero de inmediato coloca otro en su lugar que será también aventado como paja, si no sabe dirigir. Es que el traumatismo revolucionario, como el que sufren ciertos tejidos orgánicos, provoca en las células vecinas a la lesión un movimiento dirigido a restaurar la integridad del tejido (E. S. Russell).

Incluso el autor formula ciertas "constantes" del movimiento de readaptación que rigen un orden político y eficaz. Algo como las leyes físicas sobre la presión y resistencia de los gases según su densidad, de modo que, siendo la clase dirigente la más densa en calidades, resistirá la presión de lo menos denso que es el cuerpo social indiferenciado, hasta que, gastada aquélla en el gobierno, perdida su natural resistencia, irrumpan de abajo masas de mo-

léculas con peso específico suficiente para desplazar las esencias des-

vanecidas en el desprestigio y el deshonor.

Este cuadro y descripción del recambio constante en el aparato político de una comunidad informa las leyes que rigen la función de gobernar. Se comprenderá perfectamente que no basta conocerlas para ser un político; deben poseer facultades especiales además: inteligencia, imaginación y quizá magia, para acertar en la percepción de la realidad fenoménica.

Es preciso auscultar con fineza el ritmo social siempre cambiante, no descuidar los imponderables, no subestimar ni tampoco sobre-estimar los hechos económicos, evitar los falsos mirajes de círculo. En fin, el dirigente lo es por un saber humanista, al decir de Palacio, que permite adentrarse en la naturaleza del hombre y de la

sociedad en que actúa.

No debe olvidarse que la realidad política es una y varia, flúida como una corriente de agua y como un río —dice Palacio—; no podemos captarlo por connotaciones, ni definiciones intelectuales (cauce, agua, utilidad del río) sino intuyendo primero su realidad estructural y luego acertando a adecuarle la superestructura que resulte más cómoda.

LA CLASE DIRIGENTE

En rigor, no traicionariamos el pensamiento de Palacio si dijéramos que la clave del libro o, digamos, de la teoría expuesta, está siempre en manos de la clase dirigente.

Así admite el autor en la página 101 que "la historia nos muestra una sucesión de clases dirigentes y que los cambios históricos

significan cambios de clase dirigente".

El elemento masa es en cierto modo objeto pasivo del proceso político "y su poder es bastante virtual", mientras el jefe no es más que una resultante, a veces deliberadamente pactada y convenida (como el caso Hitler, diríamos por nuestra cuenta), entre los que componen la clase dirigente. Observación de suma hondura que presta a la teoría un postulado difícilmente rebatible.

¿Qué es una clase dirigente? Así se pregunta Palacio. "Sabemos que, no obstante ser una minoría, dirige (y de aquí su calificación), en virtud de la energía que la anima, la actividad general de la comunidad, porque el poder personal sólo tiene sentido mientras emane de ella o mantenga con ella su superioridad".

Vale decir que la clase dirigente es el espejo de las apetencias y mitos de la masa y por tanto la natural auditoría del monarca, porque si no su predicamento dejaría de ser un eco inteligente de la comunidad, o si el monarca no lo atendiera, éste gobernaría para los marcianos.

En fin, la clase dirigente no la da el cargo, la jerarquía, ni el valimiento. Es clase dirigente de hecho, aunque a veces no llegue

a cortesana ni forme los ministerios. Los errores sobre la autenticidad del personal gobernante, cuando se confunde lo que es con lo que aparenta, son fatales y terminan en el ostracismo.

¿Y cómo es la clase dirigente? Es decir ¿cómo, quiénes son los que en definitiva gobiernan, quiénes son los verdaderos polí-

ticos? Eso nos preguntamos nosotros.

Una psicología elemental pero segura nos dice que, descartados la ambición personal, la envidia, la vanidad, el resentimiento y demás submotores del político, gozan esos ciudadanos de un optimismo razonado sobre su propia aptitud para hacer felices a los demás compatriotas. Tienen una confianza no siempre mesurada en su capacidad para realizar las ilusiones medias del hombre medio; saben desarrollar suma energía y voluntad para consagrarse al bien público si ellos así lo juzgan como bien o como público. Esta clase dirigente sale generalmente de la clase llamada media, porque al rico no le preocupan sino sus bienes y no tiene tiempo para pensar en los bienes ajenos; y el pobre no tiene ni quiere tener día siguiente, porque el de hoy es bastante amargo.

Nos hemos internado en la psicología y, cabalmente, el tino del Dr. Palacio consiste en no internarse jamás en zonas de in-

fluencia.

ES COHERENTE Y REPRESENTATIVA

El autor, dentro de su método rigurosamente dedicado a lo formal de la investigación, dice que la clase dirigente es la que interpreta con justeza el bien común, y cuando esa interpretación es auténtica incide con eficacia sobre el mandatario, ápice supremo de la colectividad.

Debe ser coherente, en el sentido de obrar con determinada orientación y no con el oportunismo burdo del que lo que quiere es perdurar; debe representar intereses concretos, apoyarse en fuerzas sociales homogéneas; debe obedecer a principios, pero a principios vigentes que provoquen resonancias y asociaciones mentales gratas a la masa. Debe representar ideas, bienes, apetitos y sueños. A la mano tenemos un ejemplo de lo que no deben ser los dirigentes.

LOS PARTIDOS ARGENTINOS

Hemos visto caer sin denuedo dos equipos dirigentes en nuestro país. Conservadores y radicales, cada uno por su lado y a su manera, se dedicaron —y todavía siguen— a demostrar que habían perdido sus títulos de clase dirigente. La U. C. R. antes en el gobierno y ahora en la oposición degenera (hablo de los líderes) en un virtuosismo electoral, en un perfeccionismo constitucional que hizo bostezar de aburrimiento a dos generaciones enteras. To-

davía ahora, en la oposición, vive de preocupaciones curialescas sobre si dos tercios o no frente a un debate constituyente. No sabe ni quiere oir nada sobre cuestiones palpitantes, siempre con eltemor de perder votos obreros si defiende demasiado a la burguesía, y de perder influencia burguesa si hace obrerismo; no quiere ahora mismo escuchar la voz de la clase media emparedada entre las otras dos: no quiere declararse atea y tiene pavor de presentarse como simpatizante de sentimientos y de fe tradicionales; ningún estanciero está seguro de que la U. C. R. lo proteja, pero ésta tampoco se anima a decir que no lo protegerá. No quiere nada, sino alegar y querellar viejas monsergas sobre el sufragio, sobre el fraude, sobre la democracia orgánica, sobre la honradez administrativa (¡ah, la vieille chanson!), materias que sólo tienen vigencia cuando sirven de utilaje para resolver los grandes problemas nacionales y enfrentar tiempos de guerra universal, como son los actuales. Pero que por sí mismas no despiertan ninguna pasión.

Por su parte, los conservadores cayeron también no por democracia más o menos, sino porque se cerraron a todos los anhelos y no se renovaron al ritmo del progreso social. Cuando Palacio dice que la clase dirigente deja de serlo si la comunidad deja de reconocerse en ella, nosotros hemos pensado súbitamente en los demócratas nacionales. Y conste que este libro se precia de no enturbiarse

con ninguna menudencia de política casera.

EL FRACASO DE LOS EQUIPOS INACTUALES

Este tratado de política coincide y expresa con elevado tono académico lo que en forma difusa parece estar entendiendo la época actual. La política, la ciencia y arte de gobernar y mantenerse en el gobierno, está abandonando los dogmas que la dividieron con respecto a los regímenes. La verdad absoluta no está en quién debe ejercer el poder, si el jefe máximo, las oligarquías ilustradas o las masas amorfas. El poder lo ejercen todos: el jefe poniendo en ejecución las direcciones impartidas por quienes sepan hacerlo, y las masas decidiendo en última instancia si las direcciones responden al bien común y si el ejecutor las cumple con lealtad.

Se dirá que cada facción, partido o núcleo dirigente seguirá diciendo que los otros cumplen mal y que ellos prometen y sabrán cumplir bien con esos aforismos. Pero la tesis que comentamos no tiene por objeto decidir cuál programa y cuál instrumento de gobierno es el mejor, sino que todas las convicciones e ideas políticas lograrán sus propios objetivos si no descuidan la física que la doctrina enseña en este libro. ¿Y cómo se sabe que el partido no las descuida en el poder? Se sabe de la única manera que puede saberse, es decir, por la experiencia y porque si la comunidad humana se diferencia del rebaño es porque se considera capaz de

elegir sus destinos con la libertad rectamente asegurada por la ley y la fuerza a su servicio.

En nuestro país ha ocurrido una experiencia bien ilustrativa. La burguesía argentina ha fracasado en casi un siglo de gobierno. Poseedora ella sola del poder, sus equipos dirigentes, conservadores, radicales, mismo los socialistas (por citar los de este siglo) no sólo han errado en la elección de jefes (función privativa —enseña Palacio — de las "élites" políticas) sino que han descuidado el tercer estado, por así llamar al demos. Para colmo, la burguesía ni siquiera supo serlo de verdad, y ha malogrado sus poderes plutocráticos desconectándose de todo servicio público y entregando los destinos de la nación a gerentes erradicados del país.

Las masas irrumpieron un buen día tratando de suplir la vacancia de la clase que holgaba en sus funciones directrices. Y mientras los políticos, atacados de parálisis general, creyeron que la masa iba a optar otra vez entre los equipos turnantes, un sismo

los igualó a todos juntos en el osario.

EL PROBLEMA PALPITANTE

¿Qué es lo que no vieron las clases dirigentes y turnantes? Que los problemas del poder han variado en el mundo entero, y que mientras ayer la mística constitucional y liberal consistía en presentarse a oposiciones democráticas para dirimir en justa liza quién defendía mejor el poder de la burguesía, ese poder está hoy comprometido, discutido y sofrenado por las mismas masas a las que antes se les sometían sus diferencias de rendimiento.

El libro de Palacio me permite adelantar que hoy sólo puede pretender el título de clase dirigente la que sea capaz de controlar, de acuerdo con las reales necesidades y apetencias de la comunidad, los medios de producción que monopoliza una burguesía sin aliento

para gobernar.

No otra cosa significa el veredicto del 24 de Febrero. La masa (comprendida una burguesía prudente que advertía la vaciedad mental de la Unión Democrática) apoyó decididamente al equipo que se presentaba a la liza enfrentando "por derecho" el prob'ema que en este momento de guerra internacional y revolución social constituye la prenda del poder: la propiedad, los instrumentos de producción.

Solamente a los conservadores, que en política recuerdan a los viejos pícaros y verdes de antaño, se les podía ocurrir que con travesuras de "voto cantado" un problema así de terrible quedaba postergado.

Y solamente los radicales, con frases imbéciles de vacunos opositores de media galera: "hay que ser radical hasta el final" o "los amigos deben ser amigos de los amigos", "los pueblos deben ser sagrados para los pueblos", creen que aplacan las convulsiones sociales.

Con plena conciencia de la cuestión palpitante, o con oscura premonición, con técnica experimentada o mediocre, pero lo cierto es que el nuevo personal, con gran alarma de los "Monsieur Scrupule", abogados que, sin embargo, habían legalizado todo los embrollos de Bemberg, el nuevo personal, repito, colocó a la burguesía en el rango que legitimamente le corresponde como auxiliar benemérito de la economía nacional, pero nada más. Así devolvió al poder político todo el señorío que pudiera caber en la República.

Se comprende que el rigor fiscal, la estatización, la expropiación no son, desde luego, la abolición de la propiedad privada que, por lo demás, no se abolirá nunca, y que ni en Rusia estuvo abolida un solo día. Pero subsistente aún, ha perdido gran parte del control

político que ejercía, y quizás su rol de árbitro.

No conozco un ejemplo histórico que ilumine mejor los esquemas de Palacio. Nuestros ex gobernante ingloriosamente caídos debieron ceder a quienes (aún mismo, si se quiere, bisoños y elementales), supieron plantear el juicio en un terreno cardinal, único centro de interés para todo el país; y el país entero, de pie, prescindiendo de formulismos, etiquetas, prestigios falsos o auténticos, farolas periodísticas, ineditez de casi todos los candidatos populares, comprendió que, así mismo, ése era el grupo que debía dirigir la Nación.

Adviértase así cómo debe ser entendida esta idea de clase dirigente y cómo en determinadas ocasiones toda la pirotecnia de la propaganda, el prestigio de las instituciones, la fama ruidosa de los 'cuatro veces ministro', 'dos veces senador', son contestadas por la conciencia nacional con una rotunda defenestración electoral.

Es que se trata de un órgano vital que no se crea en las incubadoras de "La Nación" y "La Prensa", sino que se recrea continuamente según así lo rigen las múltiples y variadas manifestaciones del diario existir social.

FATALISMO Y LIBERTAD

De más está decir que Palacio no repite ninguna tentativa de mecanicismo ni organicismo que establezca leyes fatales e ineluctables en la evolución de las sociedades.

Al contrario, se defiende de ello en breves líneas.

No sólo el hombre individualmente considerado es capaz de elegir su destino y generalmente lo hace tan mal que elige el peor, como diría un existencialista. Tampoco la sociedad humana es un árbol o una colmena, y el mismo autor no se olvida de decir que muchas veces se decide por la ignominia deliberada y prolijamente elegida por los propios súbditos.

Pero si cada hombre es desgraciadamente capaz de preferir su

propio desorden y alzarse contra el orden natural y sobrenatural (y durar asimismo), las sociedades, con libertad igual, no tardan en salir del error; y precisamente este libro demuestra que la voluntad de reconstituirse y perdurar está mejor auxiliada en la sociedad que en el individuo aislado.

Nos referimos, claro, a los auxilios naturales y no hay mejor auxilio que conocer las leyes del dinamismo social que nuestro

ilustre amigo nos ha hecho el bien de esclarecer.

Activo militante de la ciudadanía, con vocación largamente ejercitada en la política práctica y teórica, Palacio ha dado en este libro un fruto maduro de su vida, que pertenece a una generación de la que se desentendieron por igual los hombres del antiguo régimen. Bajo una apariencia soslayadora de toda la charanga que acompaña siempre nuestro pensamiento político, Palacio esconde una pasión insobornable por la vida pública; pero exigente con su pasión, no le concede expresión alguna que desatienda las disciplinas de las mejores formas tradicionales.

Exposición magistral de las ideas que presiden la acción política; manejo seguro de los hechos, cuyo conocimiento se revela sin fatigar y con síntesis persuasivas; y una intención no manifestada de docencia, para nuestros medios intelectuales, que hacen de la política un conocimiento empírico y practicón, propio de cada par-

tido o de cada iniciativa particular.

Este libro era necesario además en un país donde hemos padecido de un terrible dogmatismo constitucional que casi llega al siglo. "Fuera de la Constitución actual, todo es caos", dijo Ricardo Rojas una vez. La frase revela, porque proviene de un escritor insigne, hasta dónde las clases áulicas argentinas han confundido el país legal con el país real y la guardarropía institucional con el cuerpo juvenil y lozano de la Nación. Nada significaría el error doctrinario, si al mismo tiempo el fetichismo legalista, diariamente contradicho en los hechos, no nos hubiera anegado en el fraude y la mentira, simulando respetar lo que no se cumplía, por la sencilla razón de que no podía cumplirse. Una interpretación local de estas ideas de Palacio redobla su valor pragmático "hic et nunc" y no pierde por eso su alta jerarquía especulativa y teórica.

Fundamentos Económicos de la Revolución Argentina

Las recientes noticias cablegráficas que nos ilustran acerca de las insospechadas derivaciones que ha tenido la desvalorización de la libra esterlina en el mercado internacional de cambios, nos demuestran hasta qué punto es cierta la observación del autor de este artículo en cuanto a le parcialidad reticente y al confusionismo doc trinario que caracterizan la función informativa de las agencias periodísticas mundiales. Mientras la grave medida dictada por el gobierno británico — medida unilateral pese a la "aprobación" del Fondo Monetario regenteado por los yanquis— es presentada por algunos como "un saludable recurso que beneficiará a todos los países de la tierra, fomentando la libre competencia, abaratando los productos y estimulando al comercio en general", para otros no es sino "el comienzo de una guerra económica" deslealmente iniciada por Inglaterra para copar los mercados en donde pueda abasrecerse de dólares. ¿Dónde está la verdad? ¿Cuáles serán los reales efectos de esa trascendental decisión, cuyas contingencias debemos conocer y prevenir?

Poner en claro todo esto es el objeto de esta serie de articulos en los que, por encima de cualquier pretensión teorizante, surge el declarado propósito de probar la ineficacia de los dogmas en la economia politica, hartamente desmentidos ya por la conducta egoista seguida por sus propios sostenedores. Los conceptos trilla-dos, como "proteccionismo", "libre-cambio", "economía libre" o "economía dirigida" pierden con la severa prueba de los hechos gran parte del rigido sentido con que generalmente se los ha mostrado a los ojos maravillados de los aprendices economistas. Las grandes potencias no se rigen por dogmas, ciertamente, y de algo habrá de servirnos esta comprobación en momentos en que la República Argentina se apresta a iniciar una nueva etapa en el manejo de su economia a la luz del ideal revolucionario, justiciero, humano y, por sobre todo, realista (N. de la R.)

Una de las cosas que menos preocupa a los miles de comentaristas que se dedican a discurrir sobre temas económicos y financieros es la de precisar cabalmente las palabras que usan en sus críticas y análisis. Hablan de inflación, de deflación, de depreciación monetaria, de escasez de divisas, de áreas monetarias, de inconvertibilidad dad, etc., etc., pero muy raramente se define con alguna claridad el porqué de esos fenómenos y el alcance justo que debe darse a esas palabras tan profusamente utilizadas para asustar a la gente o enojar a los gobernantes.

El hombre común queda generalmente dominado por una angustiosa sensación de perplejidad frente a los doctos comentarios de los economistas periodísticos que escriben para las grandes empresas noticiosas del mundo entero. Advierte por una parte una lamentable falta de precisión en las ideas que aquéllos barajan. ¿Qué es la inflación? ¿Por qué faltan dólares? ¿Por qué los pueblos no pueden prescindir de esa fatal tercería de los dólares y entenderse directamente entre ellos, proveyéndose unos a otros libremente de las mercaderías que producen y que los demás necesitan? Aumenta la perplajidad del lector aficionado a esta clase de temas la desproporción cuantiosa que observan ante las apreciaciones que de un mismo hecho hacen unos comentaristas y la trascendencia que otros comentaristas le atribuyen; no era extraño hasta hace muy poco tiempo ver reflejados en las columnas de los grandes diarios de New York, Londres o Montevideo augurios catastróficos acerca de una inminente y espantosa crisis económica en la República Argentina, crisis que por suerte nunca se produjo ni es probable que se produzca, por lo menos mientras persistan las actuales circunstancias. Todo eso, imprecisión en los conceptos, arbitrariedad en las apreciaciones, vaguedad en los razonamientos, agregado a esa tendencia periodística que prefiere el sensacionalismo fácil al análisis sereno, determina en el animo del patriota que quiere ilustrarse sobre una materia que es es esncial para el ejercicio del gobierno una impresión cada vez más marcada de desconfianza hacia los "economistas periodísticos" y por consiguiente una no disimulada aversión hacia ese tema que debiera ser objeto de una intensa preocupación pública. Y es así como, a falta de una ilustración objetiva y completa emanada de los órganos informativos mundiales -de esos mismos que según "La Prensa" necesitan libre acceso a las fuentes de información para poder cumplir con su sagrada misión periodística- el lector debe restringir su juicio a los límites de la información oficial que, como es notorio, ni aquí ni en ninguna parte del mundo puede ser dada sobre la marcha de los sucesos, por elementales razones de estrategia política. Los datos oficiales, por otra parte, han sido siempre el blanco favorito de los criticones de editorial, quienes por extraordinaria coincidencia nunca les reprochan esas cosas a las agencias noticiosas internacionales, cuya misión es aportar a la opinión pública universal un pensamiento claro, explícito, imparcial y siempre actualizado de lo que se hace, se dice y se piensa en todas partes. Pero los pueblos van dándose cuenta día a día de que esas agencias no pueden cumplir con esa primordial función, en razón de que ellas mismas están subordinadas y orientadas por los propios intereses que hoy buscan afirmar su hegemonía en el mundo, aunque sea a expensas de la verdad, de la justicia y de la dignidad del hombre.

. . .

Entre los conceptos que es conveniente precisar y con el cual quisiéramos iniciar estas sencillas exposiciones de divulgación, se encuentra el de la inflación monetaria. De él diremos lo que la doctrina ha tratado de definir y, en especial, lo que según el criterio realista debe entenderse como origen verdadero del aludido fenómeno.

¿Qué es la inflación? Los economistas dirán que ella es la expresión de un desequilibrio producido entre la cantidad de bienes de consumo existentes y la cantidad de dinero disponible en ese momento para comprar o vender dichos bienes. Sería ésta una aplicación más de la vieja ley de la oferta y la demanda, el conocido dogma de la economía liberal. Así, si en un determinado momento un país tiene mucha riqueza en sus mercados y el dinero circulante existe en cantidad proporcional a ella, los artículos costarán poco y habrá una equilibrada prosperidad. En cambio si la riqueza es poca, y el dinero circulante mucho, sucederá que por cada artículo que se desee comprar habrá que dar una cantidad de dinero mayor de la que se daría si hubiera "normalidad", esto es, aquel relativo equilibrio que debe haber entre la riqueza y los medios de pago que la representan. Roto el equilibrio por una disminución grande de los bienes de consumo y un correlativo aumento del dinero, se produce la desvalorización de este último. Es lo que el ama de casa ve cuando comprueba que lo que antes era "cinco de verdurita" ahora le cuesta veinte.

Pero el razonamiento siendo tan fácil es muy traicionero pues induce a confusión si es que no se profundiza en el análisis de la situación real de los mercados.

La moneda, por el hecho de ser una invención humana destinada a suplir los inconvenientes del simple trueque de mercaderías, ha estado y seguirá estando sin duda ligada al destino de la Riqueza, de la que es su símbolo. El oro, es, ciertamente, una riqueza, una de las tantas formas de la riqueza, pero no lo es todo, si tiene porqué ser considerado en lugar prominente como factor esencial de la economía monetaria. Antes que existiera el papel moneda, el oro la moneda por excelencia, era la moneda de más valor, la que más fácilmente se reconocía y la que permitía un tráfico más extenso entre los pueblos de todos los continentes. No interesaba ni la efigie del rey ni la marca que llevara estampada la moneda; el comerciante asiático, inglés o africano se contentaba comprobando si era oro de buena ley. Al morderla tenía mejor garantía de legitimidad que la que pudieran haber dado en aquella época los dudosos sellos y firmas de los tesoros reales siempre agotados y sin

autoridad moral. No es mucho lo que se ha avanzado moralmente desde los tiempos en que los mercaderes mordían sus doblones de oro hasta el presente en que ya casi no es necesario andar cargando metales preciosos (que bien guardados están, dicho sea de paso, en las arcas de dos o tres países previsores); pero la humanidad ha evolucionado en cambio en el campo de la técnica y de la cultura, lo que es fruto de una evidente aspiración hacia un orden social superior. Por comodidad, la mercadería fué representada desde hace siglos por el oro, por comodidad también el oro fué reemplazado más tarde por el papel moneda. Pero, ¿es ésta una razón suficiente para seguir insistiendo en la utilización del oro como elemento central de los sistemas monetarios? ¿Acaso la riqueza que otrora representaba el metal precioso es la misma riqueza que hoy vemos transformar el mundo? Evidentemente no, y menos lo es cuando pensamos que aquellos países que hoy ostentan la posesión de casi todo el oro del universo pretenden regir por ese solo hecho la vida económica de cinco continentes, cuya producción de riqueza presente y futura quedaría así atada a una ficción monetaria, que si bien tenía un pleno valor en épocas pasadas cuando el trabajo humano, la esclavitud y la piratería eran factores de comercio, no sucede lo mismo ahora cuando la humanidad entera ha acordado que el trabajo no es una mercancía, que la esclavitud es un mal eliminado para siempre de la vida de los pueblos y que los piratas pueden llegar a ser, quizás, criminales de guerra. Un nuevo elemento aparece pues en las prácticas del intercambio. El Estado, que deja de ser un observador indiferente, pasa a ser un activo administrador y promotor de la riqueza colectiva; su firma y sello, inscriptos en un billete de banco, no certifican ya, como antes, que él tiene en su poder en depósito tantos millones de monedas de oro; certifica algo más: certifica que ese billete de banco está respaldado por la responsabilidad económica, jurídica y moral de toda una nación. El encaje de oro existente en sus arcas es apenas una limitada parte de la riqueza nacional frente a la prodigiosa magnitud de su producción agrícola, ganadera, frutícola o industrial, y todo esto a su vez ¡qué poco significa frente al valor potencial de un suelo preñado de riquezas intactas y de una masa humana ocupada en organizarse para el trabajo fecundo y creador!

* * *

Las causas de la inflación. — Sintéticamente enunciaremos las circunstancias que, por lo general, son señaladas como causas determinantes de la inflación. A continuación veremos cuáles de ellas son las verdaderamente eficientes y, entre éstas, trataremos de determinar en qué medida juega sobre la consecuencia última de la inflación la que tanto inquieta a todos aquellos que sabemos, porque trabajamos, cuánto cuesta ganarse un peso: la carestía de la vida.

Primera causa: escasez de bienes de consumo. Evidentemente, la guerra mundial y su secuela han traído como consecuencia inmediata: poca entrada de mercadería extranjera originada en la falta de medios de pago, deficiencia de los medios de transporte por una parte y por otra falta de brazos en el país, desgaste del equipo industrial y otros reflejos de desequilibrio de posguerra. Es innegable, sin embargo, que esta falta de bienes de consumo obedece también y en no poca proporción al aumento del consumo interno de ciertos artículos. ¿Consumía antes la familia obrera la cantidad de manteca, por ejemplo, que hoy consume? Los zapatos son caros, es cierto, pero, ¿quién encuentra actualmente en las calles de Buenos Aires a un trabajador por humilde que sea, calzado con alpargatas o zapatillas? Probablemente alguno quede, pero si existe no hará sino confirmar la verdad rotunda de este hecho: el nivel de vida de la población argentina ha subido a un grado nunca visto y ello ha traído como consecuencia lógica una escasez sensible de ciertos artículos que antes, por ser inalcanzables para el público, sobraban pese a ser "baratos".

Segunda causa: Entre las bendiciones que ha dejado la guerra hemos nombrado la falta de medios de pago. ¿Cómo es posible —pensarán las amas de casa— que algo puramente formal, sin valor en sí mismo, como es el dinero y las divisas, pueda llegar a paralizarse la circulación de los alimentos, de las ropas, de los combustibles, de tantos productos necesarios para la vida humana? ¿Si todos esos papeles representan, al fin de cuentas, riquezas, cómo se explica que escaseen si es que, inocultablemente, hay en el mundo trigo, máquinas y petróleo? Sabido es que, aunque la producción de la preguerra se ha alterado, disminuyendo en muchos renglones, hay sin embargo, en ciertas zonas privilegiadas, buena producción de artículos que son esenciales para la alimentación y progreso de otras zonas menos favorecidas por la naturaleza. Pero esa riqueza está allí, inmovilizada, perdiéndose en gran parte, porque . . ¡faltan medios de pago!

El problema no es por cierto tan simple como lo ve quien se ubica en un plano de puro idealismo. Pero no es tampoco tan insoluble como tratan de presentarlo los cuantiosos intereses que se mueven en esta implacable puja que es el comercio internacional. Yendo a las causas del mal veremos que, en el fondo, el tan mentado problema de los dólares, por ejemplo, no es ni técnicamente ni doctrinariamente insuperable. En sus consecuencias últimas no parece sino el conflicto entre los intereses que representan por una parte un imperio en estado de quiebra, por otra un próspero prestamista que habiéndose adueñado de la plaza quiere ahora hacer política y, por otra, un mundo ansioso de paz que no desea entregarse.

Tercera causa: La especulación. Sin duda es condición natural del hombre aquella tendencia conocida cuya formulación por

los economistas hasta le ha dado categoría de "doctrina" bajo el pomposo nombre de "ley de la oferta y la demanda". Si tengo mucho y me piden poco, debo vender barato; si tengo poco y me solicitan mucho, cobraré el mayor precio posible. El broche de oro de esta humanísima ley —tan añorada por los liberales— es precisamente, la especulación.

El especulador también, como el comerciante común, aunque exagerando un poquito, hace este razonamiento: tengo mucho, trataré de tener más, pero diré que tengo poco, y cobraré el precio que se me dé la gana.

Hay otros tipos de especuladores, entre ellos el del negociante que instiga a sus obreros a pedir un pequeño aumento que, si encarece el artículo en un 5 %, le da a aquél un magnífico pretexto para recargar su precio de venta en un 50 %. Luego se disculpa ante su conciencia — o ante la policía— diciendo que "como todo está subiendo, hay que cubrirse, por las dudas..."

La posición de los gobiernos es delicadísima en este punto. La experiencia indica que solamente el castigo físico, la cárcel, es eficaz contra los agiotistas. Pero ... el mismo pueblo se conduele de los castigados, piensa que "los peores andan sueltos", y hasta se hace cómplice de más de un abuso en el que él mismo es víctima. La fórmula de que "habría que colgar a dos o tres, para escarmiento" resulta a la larga inaplicable. Sería eficaz, sin discusión, en la hipótesis de que fuera posible delimitar con absoluta justicia los costos de producción de cada artículo, a fin de autorizar en cada caso los aumentos que fueran imputables a causas ajenas al mercado o a eventos de fuerza mayor. Pero este intento, como es obvio, tro pieza precisamente con el grave obstáculo de la irregularidad o deficiencia del comercio exterior, que incide sobre el nivel normal de existencias de la plaza. Si hay algo que afecta la normalización de los precios es ese vaivén inestable, esa marea irregular de mercaderías que hoy escasean, mañana saturan el comercio y luego desaparecen de nuevo sin que se pueda prever cuándo volverán. En ese desacompasado ir y venir de productos radica la inestabilidad de los precios, la vida azarosa de algunas industrias y, por consiguiente, el desequilibrio monetario. Con respecto a este último ya veremos en qué forma juega, alternativamente, como causa y como efecto dentro del proceso económico internacional.

Cuarta causa: Las mejoras al obrero. Para las fuerzas reaccionarias, la primerísima y casi exclusiva causa de la inflación es la avanzada legislación social que la Revolución Peronista ha implantado en pocos años de intensa acción reformadora. Sus argumentos son maliciosos: parten ciertamente de una verdad que no puede discutirse, ni hay por qué discutir, pero tuercen luego las razones y desfiguran los hechos al punto de que ellos mismos cierran empeci-

nadamente sus ojos para no ver una realidad promisoria y optimista que habla por sí sola.

La verdad indiscutible es ésta: las mejoras sociales introducidas en nuestro país -mejores salarios, jubilaciones, sobresueldos. descansos obligatorios, etc.— han alterado fundamentalmente el cuadro económico-financiero de la República, al extremo de que no sería exagerado afirmar que la Revolución argentina, cumplida casi derramamiento de sangre, ha originado cambios tan profundos de la estructura social que sólo son comparables en su trascendencia interna con los de la Revolución rusa de 1917. La incruenta revolución de los "descamisados" ha echado por tierra con más privilegios, comparativamente, que los que el gobierno bolchevique debió eliminar en su hora, después de horribles luchas civiles. El gobierno político pasó de la oligarquía al pueblo y simultáneamente sobrevino ese admirable proceso de redistribución de la riqueza general que es la legislación obrera y social peronista. Un verdadero reparto de bienes sociales —auténtica justicia distributiva— es el que ha tenido lugar en nuestro país, pero sin sangre, sin saqueos, sin "chekas", sin quemar iglesias y sin banderas rojas. ¿Que hubo abusos? Si comparamos el mal que puede hacernos un empleadito insolente, un obrero testarudo o una mucama de pocas pulgas con el drama angustioso que viven casi todos los demás pueblos de la tierra, enfrentados a la miseria, la desocupación, el hambre y el odio comunista, no podemos sino sonreirnos ante la santa indignación de esos "desplazados" que, en plena "dictadura demagógica", gozan de buenas entradas sin faltarles automóviles ni sirvientes. Aun la llamada clase media, que es la que más puede haber sufrido con el cambio, sigue manteniendo un relativamente alto nivel de vida y, en el peor de los supuestos, no habrá recibido sino un saludable espoletazo que habrá hecho salir de su improductividad a unos cuantos hijos de familia criados en la holganza de los tiempos idos.

Ahora bien, ¿cómo actúa sobre los precios el considerable aumento registrado en el renglón sueldos y salarios, principalmente? Las nuevas leyes sociales —e incluímos entre ellas a los convenios colectivos de trabajo— rompieron el equilibrio existente en materia de cálculos de costos de producción, en tal forma que los viejos precios ya no podrán volver jamás. El industrial y el comerciante han debido comprender que la economía justicialista ha introducido en la explotación capitalista un modo directo de participación en las ganancias a la par que se la obliga a contribuir, mediante aportes de previsión, tasas e impuestos, en el sostenimiento de ese estado de justicia social que, una vez afianzado, habrá de garantizar a todos los ciudadanos, cualquiera sea la actividad, vocación o jerarquía que tengan, los derechos esenciales que les corresponden como trabajadores y como hombres. La realidad nos demuestra, por otra parte, que ni los salarios, ni los impuestos, ni ninguna de esas otras for-

mas de contribución son tan altas, tan intolerables que hagan imposible o poco rendidora la explotación de empresas, salvo aquellas que por ser de interés público están condenadas a su absorción por el Estado.

Los viejos precios no volverán, es cierto, pero lo que sí vendrá es una progresiva estabilización de aquéllos. La estabilización se afianzará necesariamente sobre un nuevo equilibrio en el que estos cinco elementos - Producción, Industria, Transporte, Comercio y Consumidor— habrán de contribuir equitativamente en la asignación del valor social de los artículos que son imprescindibles para que el pueblo lleve una vida sana, limpia, cómoda y decorosa.

Entretanto cabe tener en cuenta que aun siguen actuando incontroladamente ciertos factores que aprovecharon la ruptura del eguliibrio producida por la escasez de mercaderías y las mejoras obreras para incidir sobre un aumento constante de los precios. Entre estos factores que podemos denominar "psicológicos" se encuentra el deseo de los capitalistas que tiende a prevenir nuevos encarecimientos de su materia prima o de la mano de obra. Esta misma tendencia es, en muchos casos, un estímulo a la especulación. Se ha dicho, y los diarios de la oposición lo repiten a guisa de latiguillo, que es menester que el gobierno conjure esas influencias "devolviendo la confianza a los productores, industriales y comerciantes". Estamos de acuerdo en lo de la confianza, aunque sabemos que para esos diarios devolver la confianza equivale a derogar las mejoras sociales conquistadas y a decretar un estado de "viva la pepa" en el que los poderosos de aquí y los de afuera se pondrán las botas, y harán lo mismo que el I. A. P. I. y que el Consejo Económico, con la diferencia, de que el dinero que saquen se lo llevarán fuera de la República.

Volviendo la oración por pasiva, insistamos en que, efectivamente, hay que devolver la confianza al hombre que trabaja y que produce. Pero deben devolverla, no el Gobierno - que vigila atenta y serenamente la marcha de la economía no sólo en su faz interna sino también en su delicadísima faz internacional— sino quienes dirigen y determinan el proceso económico en el íntimo recinto de su acción privada. Son las entidades patronales, ganaderas, agricolas, industriales y comerciales las que deben buscar la mejor manera de adaptarse, sin malicia ni temores, al nuevo ritmo que la Revolu-

ción peronista ha impreso a la Argentina.

Tarde no Salvador

por Elsie Lessa

Baía,

Ah, quem tivese 3 meses em vez de 3 dias para percorrer

todas as tuas igrejas (são mesmo 365, Dorival Caymmi?)

Deixamos a rua Chile, queremos esquecer terras civilizadas, enveredamos pelo Terreiro, entramos logo na Antiga Sé —a Catedral— o nariz para o teto, o olhar acariciando os lampadarios brilhantes, os santos tão lindos, o espanjamento volutuoso dos entalhados em ouro, os altos bancos negros de jacarandá, o deslumbramento das cômodas enormes da sacristia, curvas, pesadas, trabalhadas com marfim e madrepérola. Os olhos se apascentam regalados, na pureza perfeita das paredes claras, dos oratorios ingênuos, dos azulejos holandeses em azul e amarelo, e portugueses em azul e branco. Há uma paz e harmonia tâo propositadas e tâo certas se desprendendo da grossura, protetora das paredes, da obra de arte paciente que são os móveis, do ar meigo das imagens.

Em cima é o museu, depois da escada de degraus enormes, lavados, de madeira. Alí é um puro repositorio de maravilhas; oratórios antiquíssimos, pintados de côres infantís, santos em mármore, em madeira, a Nossa Senhora das Maravilhas —a célebre "virgem" diante da qual conta a legenda que o padre Vieira teve o famoso "estalo". Os passos se prendem diante de cada peça, uma cópia em cobre de Rafael, a imagem da Virgem da Soledade, mais bonita ainda que o nome, os olhos humanos acompanhando quem olha para eles. No rosto puro a marca das lágrimas, a marca só, que as lágrimas, lágrimas puras de cristal, a heresia e a inconsciencia de um casal de turistas americanos, de triste memoria, levou dali para sempre como "souvenir" de viagem, decerto, junto com um cestinho de palha de Costa Rica, e uma bandeja de asas de borboleta e uma coroa de flores do Haiti. Mas a virgem é paciente

até com um turista americano e continuou olhando para os visitantes com os mesmos olhos doces e puros.

Saimos de bem com a tarde e com a vida e corremos para a igreja de S. Francisco, que abre as portas almofadadas para a doçura da brisa. Entramos, abrimos bem os olhos, olhamos para o teto a ver se as lâmpadas estão acesas ou se é o excesso de ouro das paredes que se fez luz e põe aquele tom dourado na nave deserta. E' o ouro mesmo, o ouro só. Os passos se fazem silenciosos para ver de perto, apascentar, com volupia, o olhar naquele desvairamento barroco de riquezas. Será que o rei Midas passou por aquí, tocando nas paredes, subindo os dedos avidos pelas roupagens sôltas dos santos? Que importa! A igreja é bela, um passado eloquente de fastígio e poder parou prá cá daquelas portas maciças, enquanto lá fora, passeia muita miseria solta, ao sol de sempre.

Ao lado está o claustro, belo e harmonioso como tudo, que de há muito a igreja sabe que a beleza está mais perto de Deus e bota os seus homens em intimo convivio com ela. Por um acaso da visita presidencial, está aberto por cinco minutos a pés e curiosidades femininas o severo claustro indevassavel. Os corredores frescos rodeando o patio interno, em que crescem plantas verdes. Painéis de azulejos ao longo das paredes, cadeiras império de jacarandá negro botando uma pincelada de negrume ao fim do corredor. Que representarão estes painéis? Antes que as portas se fechem e as saias sejam expulsas quero ver tudo, a sala do capítulo, as celas quietas. Mas o meu olhar para intrigado, no painel branco e azul de azulejos, que está ao meu lado, enquanto um fotógrafo oportunista fixa para sempre a irreverencia de umas saies femininas no claustro indevassado. Que representará este painel? Historia sagrada? Vida de santo? Nunca mais saberei. Só sei que há uma senhora de feições repousadas, o cabelo puxado num penteado clássico sobre a nuca bem feita. Até aqui, tudo bem. Mas sob êsse classicismo todo, a virgem de olhos de gazela tem quatro seios redondos (são quatro: vi bem) e brancos. Todos quatro brancos, todos quatro nus. Lá estavam, lá devem estar ainda, parados para sempre no azulejo portugês. Misterios da Baía...

Ao lado, a Ordem 3ª de São Francisco, com menos ouro, com menos claustro, com menos azulejos, sem conseguir impressionar, apesar do seu frontão belíssimo em pedra sabão, depois do fausto de S. Francisco.

Descemos a ladeira do Pelourinho e esquecemos todo o esplendor de São Francisco espiando os corredores lôbregos dos velhos sobrados senhoriais, transformados em casas de cômodos miseraveis. De quantas rosetas barrocas de ouro se precisaria para botar um pouco mais de carne nestas perninhas escanifradas que passeiam, com pés descalços, o portador de uma barriga entupida de vermes? A Baixa do Sapateiro, que a gente já conhece do samba,

passa, na corrida do taxi.

Depcis, Agua de Meninos Forte, de São Joaquim, Forte da Lagartixa e vamos até à capelinha de Monte Serrate, pequena, branca, toda aberta ao mar que se estende à sua frente. E' simples e repousante depois da opulencia de São Francisco. Á entrada, á esquerda, em madeira, remorso puro do rosto desolado aos pés duros de pau, uma imagem de São Pedro e nem era preciso o galo denunciador alí ao lado para contar que é o apóstolo que negou Jesus Cristo. Traves de jacarandá no teto, meia duzia de imágens, paredes nuas. E que lindeza em tudo!

Mas não se pode deixar de ver a igreja do milagreiro Senhor do Bonfim. E ela domina, alta, a sua cidade. E é tão conhecida já a sua fachada colonial, as duas torres simétricas, as rendas de ferro dos gradís. Á porta, em fitas coloridas, as "medidas" do Senhor do Bonfim, os rosarios transparentes, as cruzes de jacarandá,

"souvenirs" para turistas.

Dentro, rosa, azul, ouro. A sala eloquente dos milagres, de paredes recobertas de "ex-votos", em cera, em madeira. Pés, mãos, troncos, cabeças, o local em que a cura se realizou debuxado, por mãos incertas, em tinta vermelha. Gente que sarou, gente que casou. Véus de virgem, retratos de criancinhas. O inevitavel e belo corredor de azulejos. O cofre de esmolas ao fundo. Por uma fenda nos vidros atiram-se moedas, notas, dádivas piedosas. De nariz encostado ao retângulo transparente, espiamos o chão coalhado de oferendas que o Senhor do Bonfim vai devolver, milagroso, em saude, dinheiro e amor.

Fora, em frente, a casa dos romeiros, para os peregrinos que vêm de longes terras, em janeiro, prestar homenagem e pedir ajuda ao Senhor do Bonfim. E é hora de voltar. Passamos ainda pela Penha, a doce praia de Itapagipe, onde velhos tamarindeiros espraiam sombras frescas junto á agua que lambe, dócil, os tijolos do velho dique Crianças brincam de roda, que o cenario é para isso, que a tarde é para isso.

Voltamos. No Porto da Lenha, o Largo do Jacaré, Do Jacaré em bronze, com um peixe na boca, azinhavrado pelo tempo e em frente ao qual o antiquário "Carioca", disfarçado com uma lojinha humilde de tecidos pobres, num espantoso "bric-à-brac" oferece lâmpadas, santos, cadeiras, cômodas de pés quebrados, vasos de opalina e compoteiras de baccarat aos compradores.

E a noite caiu.

"Dez horas da noite Na rua deserta A preta, mercando, Parece um lamento...

A Fome Mundial e o Neo-Malthusianismo

por Josué de Castro

A História da Humanidade tem sido desde o comêço a historia de sua luta pela obtenção do pão-nosso-de-cada-dia. Parece pois dificil de se compreender e ainda mais dificil de se explicar o fato singular de que o homem —êste animal pretenciosamente superior, que tantas batalhas venceu contra as fôrças da natureza, que acabou por se proclamar seu mestre e senhor— não tenha até hoje obtido uma vitória decisiva nesta luta por sua subsistência. Basta ver que depois dêste longo período de algumas centenas de milhares de anos de luta, verifica-se hoje, dentro de um critério de observação científica, que cêrca de dois terços da população do mundo vivem num estado permanente de fome: que cêrca de um bilião e meio de sêres humanos não encontram recursos para escapar às garras da mais terrivel de tôdas as calamidades sociais.

Será que a calamidade da fome é um fenômeno natural inerente à própria vida, uma sua contingência irremovivel como a morte, ou será a fome uma praga social criada pelo próprio homem?

As observações científicas em tôrno do fato e as aquisições mais recentes da ciência contemporânea nos levam a admitir que não se trata de modo algum de uma fatalidade biológica, mas de um fato acidental, simples consequência de graves falhas nas conjunturas econômicas de diferentes grupos humanos. Infelizmente cons-

tituíndo o problema uma tão aguda contingência social não tem sido possivel até hoje debater-se o assunto num clima inteiramente livre dos preconceitos e dos prejuizos de natureza politica. E esta impregnação ideológica que via de regra se entranha nas diferentes tentativas de explicação do fenômeno prejudica sempre a sua validade científica. Até hoje, apesar da relativa liberdade de opinião dos homens de ciência na nossa civilização, vemos que no interêsse em defender certos êrros graves desta mesma civilização, alguns escritores e mesmo cientistas, são levados a justificar a existência da fome como um mál irremediável, falseando dêste modo a realidade social do problema. Não se encontra outra explicação para o fato de que nos nossos dias brotem vertiginosamente estas desalentadas e pessimistas teorias que tentam fazer renascer as bolorentas concepções dos tempos de Malthus. Deve haver alguma razão de caráter geral que explique esta alarmante proliferação dos chamados neomalthusianistas, dos ressuscitadores das teorias do célebre economista inglês Thomas Robert Malthus. A razão fundamental é que a literatura e a ciência ocidentais ligadas indissoluvelmente ao patrimônio espiritual e material desta cultura sentem-se no dever de defender os seus interesses e se esforçam por inocentá-la do crime de manter a fome num mundo dispondo de recursos técnicos e científicos capazes de eliminar esta terrivel praga da superfície da terra.

Lançando mão das velhas teorias malthusianas, êstes apologistas incondicionais da organização econômico-social vigente tentam explicar o fenômeno da fome como uma contingência acima das fôrças humanas: como uma consequência irremediável da mesquinhez da natureza e da luta natural pela vida dentro da espécie. Tenho a impressão, no entanto, que através dêste processo de escamoteamento da verdade científica, longe de defenderem a nossa civilização, os seus apologistas estão apressando a sua desagregação. É que, muito mais eficaz para o seu salvamento, seria desvencilhá-la da enorme carga de sêus êrros denunciando-os publi-

camente.

Quando o socialismo nascente começou a ameaçar a tranquilidade econômica da burguezia nos fins do século XVIII, Malthus lançou sua doutrina baseada na hipótese de que as populações crescem em progressão geométrica e a produção em progressão aritmética, o que leva o mundo, natural e irremediavelmente, à fome e à miséria coletiva. Embora, em sua essência, suas idéias não fossem originais, uma vez que desde o século XVI Giovanni Botera (1) reconhecia como fatores de povoamento a virtus generativa e a virtus nutritiva, teve no entanto Malthus o mérito de sistematizar o assunto de maneira clara e brilhante e o mérito ainda maior da oportunidade, de chegar a tempo para combater as perigosas teorias socialistas de Godwin (2).

Estas razões e ainda o fato de se viver no comêço da éra industrial, fase na qual a máquina parecia poder substituir integralmente ao homem e convinha, portanto, ir limitando a fabricação da máquina humana para não fazer concurrência com as novas máquinas, déram uma larga aceitação às teorias de Malthus,

principalmente no seu país, berço do industrialismo.

Faltou a teoria de Malthus a necessária base científica. O seu primeiro êrro foi o de considerar o crescimento da população como uma variável independente, como um fenômeno isolado no quadro das realidades sociais, quando na verdade êste crescimento está na mais estreita dependência dos fatores políticos e econômicos. A sua idéia de que há uma lei natural de crescimento das populações foi logo contestada por Marx quando demonstrou que existem apenas tendências ou ciclos demográficos históricos que mudam de um período a outro de acôrdo com os tipos de organização social. Ao lado de Marx, Fourier, Proudhon, Engels e Kautsky denunciam o artificialismo da doutrina malthusiana. A própria história desmentiu inteiramente a previsão de Malthus. Nos primeiros anos que se seguiram a publicação de suas teorias, o crescimento das populações do mundo parecia confirmar suas previsões. As alterações sociais provocadas pela revolução industrial determinando sensível declínio da mortalidade provocaram o fato de que "o grande impulso tomado pela população do mundo no século XIX fosse absolutamente único na experiência da humanidade" (3). É que no espaço de um século a humanidade acrescentou no seu volume total mais do que o tinha feito durante os prévios milhares de anos. Mas antes do fim do século já êste crescimento retardava o seu ritmo inicial. Começava a baixar a fertilidade das populações de vários países, surgindo, ao lado do perigo da superpopulação, o perigo da subpopulação.

A doutrina principal de Malthus "foi assim completamente desmentida pela evolução real", afirma o notável demografista Emre Ferenczi (4). "Na civilização ocidental o espectro levantado por Malthus foi derrubado", escreveu em 1937 o doutor W. R. Aykroyd (5), atual diretor da Divisão de Nutrição da F.A.O. Como se explica então que sua teoria, enterrada sob os escombros de suas profecias aterradoras, seja desencavada nos nossos dias e com os seus materiais se estruture novas profecias ainda mais aterradoras: as do próximo fim do mundo despovoado pela fome em massa? É que existem no momento atual condições de receptividade coletiva muito semelhantes às do tempo do velho Malthus. Viveu o economista inglês numa fase revolucionária do mundo —a era da revolução industrial— e portanto numa fase de inquietação e de incerteza do futuro, fenômeno que se repete ainda em maior escala na revolução social dos nossos dias. É que a atual revolução envolve uma transformação tão radical nos processos sociais que

torna inteiramente imprevisivel o futuro do mundo. Com razão afirma Julian Huxley que a nossa revolução, mesmo dentro do quadro comparativo das revoluções, é inteiramente revolucionária.

Esta assustadora mudança da ordem social que se processa nos nossos dias, esta céga disparada para o desconhecido assusta aos espíritos prudentes envolvidos involuntariamente em seu redemoinho e o sentimento de mêdo assim gerado, leva-os a atribuir o desassocêgo social às massas humanas, agora e no tempo de Malthus. Os néo-malthusianos, ao afirmarem que o mundo é faminto e está condenado a perecer numa epidemia total de fome porque os homens não controlam os nascimentos de novos sêres humanos, não fazem mais do que jogar a culpa de haver fome no mundo nas costas dos próprios famintos. Aumentando a pressão demográfica do mundo através do seu delírio reprodutivo êsses povos famintos não passam de povos criminosos. Criminosos dêste feio e tremendo crime de passarem fome. A teoria neomalthusiana é em última análise uma teoria do faminto nato. O faminto passa fome porque é faminto nato, como o criminoso, de acôrdo como a antiga teoria lombrosiana, quando mata e rouba o faz por ser criminoso nato. Como criminosos natos merecem os famintos um castigo exemplar e por isto os neomalthusianos os condenam a serem exterminados: individualmente, levando-os a morrer de inanição absolutá e coletivamente, controlando os seus nascimentos até que desapareça do mundo a raça dos famintos natos, dos criminosos natos do crime mazoquista de criarem a fome e de sofrerem as suas consequências...

É uma condenação dêste género que prescreve serenamente William Vogt, porta-bandeira dos neomalthusianistas norte-americanos, para os chineses, fabricantes da fome: "há poucas esperanças de que o mundo escape ao horror de extensas fomes na China, durante os próximos anos. Mas para o mundo, isto é não

só desejavel mas indispensável" (7).

Na verdade os neomalthusianos não inventaram nada de novo, porque levantaram suas teorias sôbre o mesmo terreno precário em

que foi erguido o espectro de Malthus.

Para dar colorido realista ás suas profecias de superpovoamento do mundo, os neomalthusianos fizeram suas previsões á base do coeficiente médio anual de crescimento nos últimos dois séculos e calcularam que dentro de tresentos anos a população do mundo atingirá a 21 biliões de habitantes. Este calculo tem tanto valor prático quanto os de Malthus. As alterações sociais que se processarão inevitavelmente nos três próximos séculos poderão determinar no que diz respeito a marcha das populações tanto um aumento como por um decréscimo no seu efetivo atual. E como desconhecemos os fundamentos sociais em que se regerão as sociedades nos séculos a vir tôda a previsão a longo praso sôbre a

matéria é pura especulação, sem o mínimo interêsse prático. Também a afirmativa de que a produção de alimentos não pode mais ser aumentada porque nos encontramos pràticamente nos limites máximos de aproveitamento do solo e de saturação humana da terra, é outra idéia alarmista sem um sólido fundamento na realidade dos fatos. Primeiro que dos 50 % dos solos do planeta possíveis de serem cultivados, apenas 10 % encontram-se produzindo, restando ainda 40 % da superfície terrestre para serem utilizados na luta contra a fome (8). Segundo, que a atual produção por acre na maior parte do mundo, poderá ser aumentada de muito através do uso de métodos agrícolas racionais. O comité especial da F. A. O. que redigiu o relatório do Inquérito Mundial de Alimentos chegou a conclusão de que é possivel em 10 anos aumentar a produção de trigo por hectare na India em 30 %: 20 % pelo uso de fertilizantes, 5 % pela introdução de novas variedades e 5 % pela proteção adequada contra as pestes. E afirma que depois dêste período novas medidas poderão elevar êste aumento até 50 %. O mesmo que se passa na India pode ocorrer em muitas outras áreas do mundo.

O que ocorreu com a Inglaterra em matéria de produção agrícola durante a última guerra é uma demonstração cabal de que a fôrça da necessidade pode promover uma expansão da agricultura que vai bem além dos limites de previsão nas condições normais de vida. Antes da última guerra a Inglaterra produzia apenas 2/5 do total de suas necessidades alimentares recebendo os outros 3/5 através da importação. Premida pelo bloqueio marítimo a sua produção subiu até subscrever 4/5 das necessidades nacionais. Isto foi possivel através de um aumento de sua área cultivada em cêrca de 60 %: de 1939 a 1944 esta área subiu de 6.800.000 para 11.600.000 acres. Nestas condições excepcionais verificou-se o surpreendente resultado de que a situação alimentar da Inglaterra, em lugar de piorar, melhourou grandemente durante a guerra e no fim do conflito as suas cifras de subnutridos tinhan baixado sensivelmente. Considerando que o solo da Inglaterra não está incluído entre os de excepcional fertilidade do mundo e que há pelo menos 2.000 anos aí se pratica a agricultura, não é exagêro admitir-se que um aumento de idêntica categoria poderá ser obtido na produção mundial de alimentos, se fôrças econômicas fossem dirigidas e coordenadas para tal fim com a mesma determinação com que os inglêses se empenharam em sobreviver ao cêrco da fome.

Não concordamos inteiramente com Marx quando afirmou que a produção pode ser indefinidamente acrescida, mas concordamos ainda menos com Vogt quando fixa para cada tipo de solo um limite intransponível, limite do que êle chama o seu "potencial biótico". Felizmente para a humanidade êste potencial

é também uma variável, dependendo do gráu de tecnicismo empregado nos processos agrícolas. Assim por exemplo, vemos que o potencial biótico do solo negro da Ucrânia para a produção da borracha pela cultura do kok-saghiz, que durante muitos anos fôra de 10 quintais por hectare, passou bruscamente para 80 quintais graças à simples modificação técnica da semeadura da planta, agrupada em ninhos, de acôrdo com as experiências de Lissenko e Kolesnik (9).

É por isto que não nos devemos assustar com o espectro de Malthus, ou como nos vem sempre vontade de escrever, com o espantalho de Malthus. Porque nada nos faz lembrar mais a sua teoria, do que as imagens grotescas dos espantalhos, dêstes bonecos de espanto que os fazendeiros espetam no meio dos seus roçados para afugentar os pássaros que ameaçam devorar as suas lavouras. Aos olhos dos neomalthusianos, a população da terra se apresenta como algo ainda mais calamitoso do que um bando de pássaros famintos, como se fosse uma densa núvem de gafanhotos ameaçando devorar tôda a produção do seu pequeno pomar que ocupa apenas 10 % da superfície da terra. Contra esta núvem que ameaça a segurança alimentare o nível geral de vida das populações mais ricas, os neomalthusianos levantam, nos quatro cantos do mundo, os espantalhos de suas teorias do excesso de população —espantalhos que são um símbolo e um fantasma. Tem razão o poeta que fala dos espantalhos como "esculturas do mêdo de nossa gente e de nossa época" (10).

A verdade é que tôda tentativa de explicar a existência da fome como um fenômeno natural, obedecendo a uma espécie de lei natural não encontra mais nenhum apôio nos conhecimentos científicos dos nossos dias. Basta a análise de alguns dados estatísticos fundamentais para que fique cabalmente demonstrado todo o seu artificialismo. Da superfície total da terra ocupam os mares setenta e um por cento, representando os vinte e nove por cento restantes a parte sólida do nosso planeta. Abrange esta parte uma área de cêrca de 56 milhões de milhas quadradas de superficie com os mais diferentes tipos de revestimento natural. Segundo as avaliações de especialistas como Robert Salter e Holmer Shantz (11), do Departamento de Agricultura dos U.S.A., apenas vinte e cinco milhões de milhas quadradas dêste total permitem qualquer espécie de exploração agrícola, através dos métodos atuais de utilização da terra. Esta avaliação nada tem de exagerada porque exclui do cômputo das terras aráveis, cinquenta por cento dos solos do mundo, representando suas regiões desérticas e montanhosas, apesar de já se ter obtido nos últimos anos alguns decisivos triunfos da técnica agrícola no que diz respeito a produção em áreas dêstes tipos. Basta lembrar que nos desertos tropicais muitas centenas de milhares de acres foram abertos à agricultura graças aos métodos

de irrigação e que os russos com os seus surpreendentes processos agrícolas estão incorporando à área produtiva do seu país uma larga faixa dos desertos polares. Regiões como a península de Kola, à latitude norte de 67º e 44', portando a mais de 3º de latitude acima do círculo polar ártico, produzem hoje trigo, cevada, nabos, cenouras, ervilhas, rabanetes, abóboras e pepinos para o abastecimento de seus 150.000 habitantes (12) e, ainda mais ao norte, na península de Tamyr, que constitui as terras do extremo norte da massa euro-asiática, distando apenas 850 milhas do polo norte, cultivam-se hoje plantas selecionadas através dos métodos de "vernalização", do agrônomo Lyssenko, as quaes ajustam o seu crescimento e amadurecimento ao curto período do verão polar. No meio do deserto polar surgiram, assim, oásis com plantações produtivas de batata, de milho, de framboeza, etc. E estas plantas não só produzem, mas produzem bem: uma variedades de batata cultivada ao norte do círculo polar, produz 200 quintais por hectare, enquanto no centro do país a produção média é de apenas 100 quintais (13).

Mas, mesmo deixando de parte estas conquistas mais recentes e tomando por base os calculos dos técnicos norte-americanos apontados, verificamos que não se pode atribuir a fome a uma suposta mesquinhez da natureza. A terra oferece ao trabalho humano para subscrição de suas necessidades alimentares cêrca de 16 biliões de acres, o que corresponde em relação à atual população da terra acêrca de 8 acres por indivíduo. Segundo os cálculos de autorizados agriculturalistas e nutricionistas que estudaram, à luz dos modernos conhecimentos da nutrição, a correlação entre área cultivada e suprimento alimentar (14), são necessários cêrca de dois acres por pessoa para fornecimento dos elementos indispensáveis a uma diéta racional, portanto quase quatro vezes menos do que a natureza põe a disposição do homem. Outra prova da falta de base da teoria natural da fome reside no fato de que até hoje a área cultivada pela humanidade não atingiu a 2 biliões de acres, portando nem a oitava parte das possibilidades naturais.

O problema da fome mundial não é portanto um problema de limitação da produção por coerção das fôrças naturais. Não é mesmo em sua essência, um problema de produção, é mais um problema de distribuição. A verdade está com Frank Boudreau quando afirma que "temos obtido muito mais sucesso em produzir alimentos, que em distribuí-los de maneira adequada" (15).

Outra idéia que tambén está tomando feitío alarmista, servindo de base à trágicas professias de tipo malthusiano é a dos efeitos da erosão do solo. Há quem afirme que na marcha em que as águas estão removendo os solos e carrengando-os para o mar, a terra será em breve um planeta morto com seu esqueleto à mostra,

sem nenhuma carne de solo nem nenhuma pele viva de vegetação

para lhe recobrir a carcassa. Ora, há certamente nesta afirmativa muito de exagêro e de sensasionalismo. Ninguém néga que a erosão é um fator de empobrecimento do solo capaz de diminuir a sua produtividade, podendo constituir-se através do tempo num fator universal de fome e de miséria, mas só num tempo extremamente longo e se não forem tomadas medidas protetoras contra sua ação. Para deixar bem patente êste fato comecemos por esclarecer que há dois tipos diferentes de erosão: os processos da erosão natural que ocorrem em tôda parte e o processo de erosão provocada pelo homem, fenômeno limitado a determinadas áreas geográficas. A erosão natural é um fenômeno geológico inerente a evolução do solo e ao seu equilíbrio vital. Processa-se lentamente de maneira quase imperceptivel porque à proporção que a água e o vento vão removendo as camadas mais superficiais do solo, em suas camadas mais profundas, os processos de produção do solo vão compensando estas perdas. Ocorre com a pele da terra a mesma coisa que com a pele da gente. Já no caso da erosão provocada pela interferência do homein, a marcha do fenômeno é diferente e os solos perdem muito mais de sua riqueza do que pode ser refeito no mesmo período de tempo e podem se esgotar inteiramente. Calcula-se que nos E. U. A. 50 milhões de acres de terras produtivas foram esterilizadas pela erosão (16). Mas como não se trata de um fenômeno natural incontralável porém de uma consequência da intervenção do homem, pode êsse fenômeno de esfolamento da terra ser perfeitamente controlado pelo homem. Ademais, talvez haja certo exagêro nestas cifras e atribúa-se exclusivamente à erosão todos os casos de esgotamento do solo pela ação de muitos outros fatores de sua degradação. Se a erosão fosse êste monstro insaciável que alguns apresentam com tão insaciável apetite de solos não se poderia admitir que a terra ainda se apresentasse com vida em muitas de suas regiões. Tomemos um exemplo no Extremo Oriente, no vale do rio Amarelo, berço da antiga civilização chinesa. Calculam os especialistas no assunto que êste rio arrasta para o mar anualmente uma carga de 25.000 milhões de toneladas de solo e no entanto há cêrca de 5 000 anos aí vive um formigueiro humano à base da agricultura. É essa agricultura obtida num solo tão espoliado pela erosão que ainda hoje sustenta uma das mais densas populações da terra, avaliada em cêrca de 1.500 habitantes por milha quadrada de superfície. Deduz-se daí que a erosão não é um monstro tão feio como pintam porque se assim fosse já teria devorado há muito tempo tôda a terra da China e a "civilização vegetal" que alí nasceu estaría tambén há tempo jazendo no fundo dos mares da China.

A verdade é que o fenômeno da superpopulação mundial e o da erosão do solo só poderão, quando muito, serem considerados como sérios fatores de fome em épocas futuras, mas nunca em

nossos dias. Parece-me, pois, um contrasenso ou mesmo um subterfúgio, êste de se fazer tanto barulho em tôrno dêstes fatores deixando-se em silêncio a ação deletéria de outros que agem impunemente diante dos nossos olhos, provocando a decadência do mundo nos dias que correm.

Muito mais grave do que a erosão da riqueza do solo que se processa em câmara lenta, é a violênta erosão da riqueza humana, é a inferiorização do homem provocada pela fome e pela subnutrição. Basta ver que, em todo o extremo oriente, o número de subnutridos abrange mais de 90 % dos seus habitantes. Que na América Latina mais de 3/4 das populações é mal nutrida, mal vestida e mal alojada. Que na Inglaterra, antes do comêço da segunda guerra mundial, conforme notável relatório do cientista Sir John Boyd Orr, que foi depois diretor geral da F.A.O., cêrca de 50 % da população estava sujeita aos efeitos nocivos da fome: vivendo 40 % num regime de fome parcial, de deficiências específicas e 10 % num regime de fome global, de grave deficiência de todos os princípios alimentares. Quando em 1936 a Alemanha hitlerista chamou a serviço militar os jovens nazistas, dos apresentados a exame apenas 75 % puderam ser aceitos. E, no ano de 1938 só 55 %. O número de incapazes e débeis mentais e de deformados crescia assustadoramente no seio da raça superior conforme documentado estudo do cientista Martin Gunthen. Num pais novo como a Argentina verificou-se que de 1920 para 1940, o número de rejeições por incapacidade física entre os convocados para o serviço militar subira de 30 % para 42,2 %, atribuindo Guillermo Ruso a subnutrição como principal responsável por êste progressivo aumento de incapazes. Mesmo nos E. U. A., considerado o país mais bem alimentado do mundo, o serviço encarregado da seleção para o alistamento verificou que de 14 000 000 de indivíduos examinados só 2 000 000 preenchiam realmente os requisitos de saúde exigidos, isto é, apenas 15 %. Diante disto verifica-se que não é apenas um grupo, uma raça ou um país que está em decadência, mas a humanidade "in totum" que se encontra ameaçada do terrivel fenômeno da erosão que a fome está provocando no homem e na civilização. Erosão que ameaça remover e apagar de vez da superfície da terra tôda esta gigantêsca obra humana esculpida pelo trabalho árduo de centenas de sucessivas gerações. Se a humanidade não puzer em prática, com urgência e em escala universal, medidas capazes de entravar esta ação corrosiva da fome, tôdas as criações humanas se desmoronarão em breve e serão arrastadas pela poeira dos tempos, muito antes que a erosão natural tenha consumido os incalculáveis recursos potenciais que o solo encerra. E a humanidade que se assusta nos dias de hoje com o perigo remoto de um mundo transformado em deserto pelo esgotamento de seus recursos naturais, assistirá o paradoxal advento de um mundo deserto e despovoado,

embora ainda pejado de sua fertilidade e de suas potencialidades geográficas.

Não vai nesta afirmativa uma profecia macabra, apresentando nova forma de fim de mundo, porque acreditamos na fôrca biológica e social das necessidades, a qual conduz sempre a humanidade ao caminho da sobrevivência, nos momentos mais críticos de sua história. A própria fome será o condutor e a mola fundamental de uma revolução social adequada para afastar progressivamente o mundo da beira dêsse abismo, que ameaça deglutir a civilização, com uma avidez bem maior do que os oceanos ameaçâm engulir os nossos solos. Somos, pois, otimistas e vemos nas agitações, nas fricções sociais dos nossos dias, os sinais de tempos novos, nos quais será obtida a difícil conquista da fome, ponto capital para a estabilidade social dos grupos humanos. Mas, se somos otimistas em nossos prognósticos acêrca do futuro da humanidade, somos muito mais reservados emnosso otimismo acêrca do bem-estar e da tranquilidade da atual e das próximas gerações. Tememos que estas gerações tenham que pagar um prêço demasiado alto por esta maravilhosa conquista da fome. É que as idéias só se propagam no mundo das realidades sociais quando se superpõem a uma indiscutível necessidade de um determinado momento histórico. E uma grande parte do mundo ainda não está inteiramente convencida da necessidade de acabar de vez com a fome. Continúa pensando que é mais importante manter regionalmente seus altos standards de vida e socialmente certos privilégios de classe, do que combater mundialmente o fenômeno da fome. E. enquanto muitos assim pensarem, o mundo estará ameaçado da hecatombe das guerras e das revoluções, até que as necessidades de sobreviver a qualquer custo obriguem os previlegiados a abandonar os seus previlégios.

BIBLIOGRAFIA

- 1) G. Botero Delle cause della grandezza e magnificenza delle città 1589.
- 2) Artur H. Neiva Imigração e questões conexas no panorama brasileiro No prélo.
- 3) H. P. Fairchild When the population levels off Harper's Magazine, vol. 176 1938.
- 4) I. Ferenczi L'optimum Sinthetique du peuplement 1938.
- 5) W. Aykroyd Human Nutrition and Diet —

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A FOME MUNDIAL E O NEO-MALTHUSIANISMO

- 6) J. Huxley On living in a Revolution 1944.
- 7) W. Vogt Road to Survival 1948.
- 8) Black and Kiefen Future Food and Agriculture Policy — 1948.
- 9) T. D. Lyssenko Sur la concurrence à l'intérieur des espèces Europe, nº 33 34 oct. 1948.
- 10) Joaquim Cardoso Poemas 1947.
- 11) H. L. Shantz In Conservation of renewable resources 1941.
- 12) N. Mikhailov Nouvelle Géographie de l'U.R. S.S. 1936.
- 13) M. Iling Les Montagnes et les hommes 1946.
- 14) Baker, Borsodi and Wilson Agriculture in modern life 1939.
- 15) F. Boudreau Nutrition as a word problem. 1947.
- 16) F. Osborne Our Plundered Planet 1948.

Acuerdos de Indole Cultural Entre Argentina y Perú

por Manuel García Calderón

El fomento de las relaciones culturales presenta aspectos de muy diverso género. En este artículo nos referimos únicamente a tres de los más importantes, considerados en función de los convenios que se encuentran vigentes entre la Argentina y el Perú: propiedad literaria y artística, canje de publicaciones e intercambio cultural. Todos los instrumentos de esta índole, ya sean bilaterales o multilaterales, tienen en común la defensa o el fomento de las actividades intelectuales y culturales.

Los acuerdos sobre derechos de autor representan la defensa de la propiedad intelectual; los que tratan del canje de publicaciones favorecen la libre circulación y la difusión de los elementos bibliográficos, tanto culturales como meramente informativos; y los que se refieren al intercambio intelectual tienden primordialmente a propiciar el acercamiento y la mutua comprensión en el campo educa-

tivo, científico y cultural.

Los acuerdos del primer grupo utilizan y adoptan normas de carácter legal, destinadas a salvaguardar la creación intelectual. Las disposiciones sobre esta materia contribuyen a estimular y garantizar la producción, así como a la más fácil represión de la piratería editorial. Los acuerdos comprendidos en el segundo grupo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

persiguen fomentar la difusión del libro nacional, incrementar los fondos de las respectivas bibliotecas, suprimir o reducir las tarifas aduaneras y los controles monetarios y en general evitar las restricciones que puedan reducir o entorpecer la libre circulación o el comercio internacional del libro. Los acuerdos del tercer grupo, por último, se traducen principalmente en estipulaciones para el intercambio de personas, patrocinio de exposiciones artísticas y estímulo para toda representación o manifestación de naturaleza cultural.

Los convenios vigentes entre la Argentina y el Perú, correspondientes a los tres órdenes mencionados, tienen un carácter limitado; ya sea por la época en la que fueron suscritos, como en el caso del tratado sobre propiedad intelectual, o por el origen circunstancial de los mismos, como en el caso de los acuerdos sobre canje de publicaciones y sobre intercambio de personas. Alrededor de dichos acuerdos, sobre los cuales gira el presente trabajo, mencionamos también, como complemento, las convenciones internacionales americanas de las cuales ambos países han sido signatarios. La falta de ratificación de esas convenciones no permite, sin embargo, que puedan servir de vínculo entre las dos naciones.

En lo referente a la propiedad intelectual, el Perú y la Argentina no han suscrito tratado bilateral alguno. Las relaciones entre ambos países están regidas por el tratado sobre propiedad literaria y artística concluído en Montevideo el 11 de enero de 1889. Este tratado, si bien no es un convenio de carácter panamericano, debe ser considerado como el instrumento que estableció, por primera vez, el sistema de protección a los derechos del autor

en el Continente.

El tratado de Montevideo protege las obras publicadas en los dos países contratantes, cualquiera que sea la nacionalidad del autor. No se hace en él mención alguna de formalidades, habiéndose interpretado en el sentido de que no existe ninguna, ni siquiera en el país de origen. El tratado se adhiere a la regla general de que la naturaleza y el alcance de los derechos del autor han de determinarse a base de las leyes nacionales del país de origen. Está basado en el principio de la nacionalidad de la obra que, en convenciones posteriores, fué variado por el de la nacionalidad de los autores. El tratado de Montevideo se limita a la protección del derecho material del autor. A diferencia de las convenciones de Méjico de 1902 y de Río de Janeiro de 1906 que establecieron la constitución de Uniones, el tratado de Montevideo permite la adhesión de los estados que no fueron signatarios.

El tratado de Montevideo de 1939, que fué revisión del de 1889, al conmemorarse el cincuentenario de su aprobación fué firmado por la Argentina y el Perú, pero no ha sido ratificado hasta la fecha por ninguno de los dos países. No ha reemplazado por lo tanto, al de 1889, que continúa vigente entre ambos estados.

Tanto la Argentina como el Perú han sido signatarios de las convenciones sobre la propiedad literaria y artística aprobadas en la Segunda Conferencia Internacional Americana de Méjico de 1902, en la Cuarta Conferencia Internacional Americana de Buenos Aires de 1910 y de la revisión de la misma en la Sexta Conferencia Internacional Americana de la Habana de 1928. La Argentina no ha ratificado ninguna de estas convenciones. El Perú, por su parte, ha ratificado solamente la de Buenos Aires de 1910, por Resolución Legislativa Nº 4086 de abril de 1920.

La Convención de Buenos Aires eliminó la constitución de Uniones, y sometió los derechos de autor a la legislación interna de los países contratantes. La estructura de la Convención de Buenos Aires fué prácticamente mantenida en sus líneas generales por la Confederación de la Habana de 1928.

La ratificación por la Argentina de la Convención suscrita en Buenos Aires el 11 de agosto de 1910, vigente para el Perú, permitiría que las relaciones entre los dos países estuvieran regidas por un instrumento de mayor perfección que el de Montevideo. Esta ratificación, por otra parte, ha sido recomendada ya por algún comentarista argentino como defensa para la protección de la obra intelectual argentina en los catorce países en los cuales está vigente y dentro de los que figuran los Estados Unidos de Norte América. El deseo de que las relaciones entre la Argentina y el Perú, en materia de propiedad intelectual, estén regidas por instrumento que supere al de Montevideo, no nos puede hacer olvidar los particulares problemas de defensa de su producción que la Argentina tiene que considerar. Formulamos simplemente un deseo y enunciamos una posibilidad.

La Convención Interamericana sobre el derecho de autor, en obras literarias, científicas y artísticas, suscrita en Washington en 1946 y de la que son signatarios el Perú y la Argentina, no ha sido ratificada por ninguno de los dos países. En ella se destaca la declaración, en la cual puso empeño la Argentina, de que "el amparo de la Convención no comprende el aprovechamiento industrial de la obra científica". Esta disposición permite establecer una línea divisoria entre la propiedad intelectual y la industrial. Esta Convención fué elaborada por la Conferencia Interamericana de Expertos para la protección de los derechos de autor, celebrada en Washington del 1º al 22 de junio de 1946.

Existe, por otra parte, la utilidad manifiesta de promover entre los dos países, como un paso hacia la unificación continental, un mayor conocimiento de su legislación interna sobre derechos de autor; ya sea directamente, o por intermedio de la Oficina Panamericana de Centralización que para ese fin debe funcionar de acuerdo con la recomendación XI de la Convención de Washington. La divulgación de tales disposiciones permitiría obtener acuerdos

de mutuo beneficio que facilitaran el esfuerzo editorial y garantizaran y estimularan la producción intelectual. El cumplimiento de ciertas formalidades a las que comúnmente está subordinado el disfrute de protección, podría ser eliminado o restringido para las obras producidas en ambos países. La solicitud de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y de la Cámara Argentina del Libro para que se suprima la formalidad del registro como requisito para el amparo de las obras, podría ser materia de acuerdo bilateral.

* * *

Sobre canje de publicaciones existe entre el Perú y la Argentina un Convenio suscrito en Buenos Aires el 2 de julio de 1935. Mediante dicho Convenio deberá crearse en las Bibliotecas Nacionales de Buenos Aires y Lima secciones dedicadas al Perú y a la Argentina, respectivamente. Para este fin, ambos gobiernos se comprometieron a proporcionar una colección de obras capaces de dar la ideología que anima a sus hombres de estudio y de ciencia. Los dos Gobiernos se comprometieron también a hacer proveer a sus misiones diplomáticas de tres ejemplares de cada uno de sus publicaciones oficiales y de todas aquellas que fueran editadas con su auxilio. Se convino, por último, en que la Biblioteca Nacional de Lima y la de Buenos Aires, entraran en acuerdo para mantener, con la deseable frecuencia, el servicio de canje de las obras editadas en los dos países, así como de copias o fotografías de documentos que puedan tener interés para la historia americana.

Fuera del Convenio citado no existe en vigor entre ambos países ningún otro acuerdo bilateral o multilateral de este género. La Convención sobre intercambio de publicaciones aprobada en la Conferencia de Consolidación de la Paz, habida en Buenos Aires en enero de 1936, y de la que fueron signatarios tanto la Argentina como el Perú, ha sido únicamente ratificada por este último país, según Resolución Suprema Nº 935 del 4 de noviembre de

1938.

Cabe recordar ahora que las repúblicas americanas y España auspiciaron la fundación de la Biblioteca Municipal de Lima, con el propósito de contribuir a la formación de una institución que sirviera de concentración espiritual entre los pueblos de América y España y de difusión de la cultura en nuestro medio. A base de los donativos efectuados por dichos países, que representaban un apreciable exponente bibliográfico, se proyectó constituir secciones nacionales, dentro de las cuales debería contarse también la correspondiente a la Argentina. La contribución de los países americanos no quedó formalizada en acuerdo alguno, ya que la iniciativa de Venezuela, que originó el establecimiento de dicha Biblioteca, revistió el aspecto de un aporte voluntario en homenaje al cuarto

Centenario de la fundación de Lima. Los países americanos y España por intermedio de sus representantes diplomáticos acreditados ante el Gobierno del Perú se adhirieron a esa iniciativa como expresión de confraternidad continental. El Comité representativo de los Jefes de Misión de América y España comunicó al Ministerio de Relaciones Exteriores, por nota del 13 de diciembre de 1934, la adhesión de los países del Continente y de la Península Ibérica.

Como continuación de la sección argentina así proyectada y con carácter de reciprocidad, la Argentina y el Perú podrán acordar la formación de secciones permanentes en los municipios de las dos capitales. La duplicación de los fondos bibliográficos que la existencia de estas secciones y las de las Bibliotecas Nacionales trajera consigo, podría ser evitada mediante la adecuada y proporcional distribución entre unas y otras de las publicaciones que ambos Gobiernos destinaran para ese fin.

Las Convenciones Postales pueden ser igualmente instrumentos aprovechables para favorecer el intercambio de publicaciones y para facilitar la introducción de impresos en los dos países. Recordemos, por ejemplo, la Convención Postal que fuera suscrita por el Perú y la Árgentina en Buenos Aires el 9 de marzo de 1874. El artículo 6º de dicha convención establecía que los folletos, catálogos, prospectos, revistas, anuncios o avisos impresos, grabados litografiados o autografiados, aunque contuviesen mapas o planos, estampas o papeles de música que fuesen expedidos por uno u otro país, estarían sujetos a la tarifa legal del país de su procedencia, pero exentos de todo porte o gravamen en el lugar de su destino.

De acuerdo con el Convenio sobre Unión Postal de las Américas y España, celebrado en Madrid el 10 de noviembre de 1931, y vigente entre Argentina y el Perú, es posible establecer entre ellos uniones más estrechas con el fin de reducir tarifas o introducir mejoras sobre cualquiera de los servicios a los que el Convenio se refiere. Es posible también, de conformidad con el art. 2, adoptar entre sí acuerdos especiales sobre asuntos no previstos en el Convenio.

Queremos referirnos únicamente a la franquicia de porte, como medio para facilitar y estimular el intercambio de publicaciones. La Unión Postal de las Américas y España en su art. 10 la concede en varios casos. Gozan de ella, por ejemplo, todos los impresos que expidan los editores o autores con destino a las oficinas de información establecidas por las administraciones de correos américo-españolas.

Haciendo uso de la facultad que concede el art. 2 de la citada Unión Postal, la Argentina y el Perú podrían celebrar un Acuerdo extendiendo la concesión de la misma franquicia a las Universida-

des, Bibliotecas e Instituciones Culturales de los dos países para las publicaciones periódicas y seriales, libros, folletos y otros impresos. Esta franquicia, al igual que en el Convenio mencionado, no comprendería en ningún caso el servicio aéreo ni los demás servicios especiales que existen en el régimen interno de los países contratantes.

* * *

En lo que toca al intercambio intelectual y cultural, existe en vigor entre el Perú y la Argentina el que fuera suscrito en Buenos Aires el 2 de Julio de 1935. Mediante él, ambos Gobiernos acordaron fomentar, por todos los medios a su alcance, el intercambio intelectual y cultural, propiciando viajes de profesores y estudiantes y de los miembros de asociaciones o instituciones científicas, culturales, literarias, artísticas y periodísticas de ambos paísses. Las Universidades de ambas Repúblicas deberían patrocinar, anualmente, el viaje de un número limitado de sus estudiantes, tratando de que en esas delegaciones tengan representación todas las regiones del país. Esta Convención dispone también lo referente a los gastos que demande el cumplimiento de los acuerdos citados.

La Argentina y el Perú no están mutuamente obligados por convenio multilateral alguno sobre intercambio intelectual. Las convenciones sobre el fomento de las relaciones culturales interamericanas y la de facilidades a exposiciones artísticas, suscritas por el Perú y la Argentina en la Conferencia de Consolidación de la Paz de Buenos Aires de 1936, sólo han sido ratificadas por el primero de los dos países, según Resolución Suprema Nº 935 del 4 de noviembre de 1938. La Argentina fué signataria sin reservas de esas dos Convenciones. Ni el Perú ni la Argentina, que fueron igualmente signatarios de la Convención sobre la Universidad Interamericana, cuya creación fué acordada en Panamá en 1943, la han ratificado. La Argentina suscribió con reservas este Convenio.

* * *

Los acuerdos recogidos en esta glosa, vigentes entre la Argentina y el Perú, son magníficas pero fragmentarias y aisladas expresiones de entendimiento. Comunes intereses espirituales y la necesidad de una mayor comunicación intelectual reclaman la formulación de una amplia política que se proyecte en convenios de beneficio común. Con ese propósito, podría contemplarse la posibilidad de concertar acuerdos comerciales bilaterales sobre la introducción de material científico y educativo. En ellos cabría señalar, en forma pormenorizada, el tipo de material que el acuerdo cubra y establecerse la reducción de las barreras económicas.

En relación con estos problemas conviene recordar los dos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com/ar

SEXTO CONTINENTE

acuerdos concluídos por iniciativa de la Unesco: el primero, para facilitar la circulación internacional de material audio-visual de carácter cultural, científico y educativo, eliminando los derechos de aduana y las licencias de importación para los films y otros materiales con fines educativos; el segundo, para facilitar la circulación internacional de publicaciones, mediante un sistema más liberal de tarifas aduaneras y controles monetarios. Ambos acuerdos habrán de ser sometidos por la Unesco a la consideración de sus miembros. Advirtamos, para concluir, que en el caso de que no fueran ratificados por la Argentina y el Perú, su texto podría siempre servir de base para la concertación de acuerdos bilaterales similares entre los dos países.

Lo Español en los Bienes Folklóricos Peruanos

por Dionicio R. Bernal

En la valoración de la integración de los elementos que componen el amasijo de los bienes folklóricos peruanos se ha acentuado mucho, sin conocimiento ni mesura, la opinión de la mayoritaria fuerza e integración de lo "indígena", pero esta tesis es y ha sido una prédica y un afán político ardientemente defendido y planteado por la generación de escritores y políticos que insurgieron con el grupo de la revista "Amauta", que comandara el impenitente marxista José Carlos Mariátegui, cuyas teorías han hecho un daño del que todavía el Perú no se repone, pues esta prédica ha infectado durante veinticinco años y ha tendido una cortina de humo, y sus más genuinos representantes han ocupado altos cargos en la administración pública, como ministros de Educación, catedráticos y profesores: Luis Valcárcel, que sostenía en su libro "Tempestad en los Andes" que "el proletariado indígena espera su Lenin"; otros como Uriel Barcia, Yepez Miranda, Arguedas, etc., han desconocido los aportes que la cultura occidental, fuente y matriz de la cultura grecolatina, trasvasó por intermedio de España a los bienes folklóricos y culturales del Perú. Pero esta tesis forzada y traída, hoy podríamos decir, con la antigua carreta por lo pesado y deleznable de su conformación, está desvirtuada, pues la verdad histórica se abre paso por entre los desfiladeros de la mentira o del acierto por equivocación, a tal extremo que actualmente aquellos para quienes sostener tal tesis era un pingue negocio y de clientela electoral, están tornándose hispanófilos.

El cantar, la danza, el refrán, la leyenda, el cuento popular, están influídos totalmente por los bienes que España trasvasó en los endebles moldes de la decadente cultura incaica, tanto que, con el embate del tiempo, el mestizaje de las carnes y de los espíritus la tradición popular española anonadó completamente a la tradición indígena, aunque escritores como Jorge Basadre, en su libro "Literatura Inca" (Biblioteca de la Cultura Peruana) sostengan la existencia de una literatura inca e influídos por la densa atmósfera impregnada de un espíritu pseudo cristiano marxista lleguen

a sostener la existencia de una literatura inca, de la lírica quechua, de una literatura quechua y de un folklore indígena químicamente

puro.

Producida la conquista del Perú, asentado el poderío español en esta extensa zona de América, "España se comunica con su colonia sudamericana por intermedio de Lima, vía Panamá. La corte virreinal está al corriente de las novedades europeas por conducto de España y hace suya parte de la parte que España asimila. Vestidos, costumbres, danzas y música de la época resplandecen en los salones limeños; pero ya en 1700 está enteramente formado un núcleo de más antigua introducción. Del mismo modo que Lima responde y sigue a su capital hispánica, toda Sudamérica española obedece a su capital virreinal. Ya porque el Perú fuera regiamente conservador de tradiciones que se perdieron luego en España, ya porque evolucionó independientemente en su típico clima mental, es el caso que se caracteriza un foco limeño, se produce una peruanización de lo español en Lima y, por simples razones de influencia, una peruanización de casi toda Sudamérica española." (1)

Por eso, el sostener que existe una literatura inca o una poesía quechua, etc., no es sino variante de una sola y gastada sinfonía, el indigenismo político de militancia electoral.

Porque la materia primaria de unidad de toda literatura es el idioma, ya sea este culto o popular, y todo, integramente todo el riquisimo y abundante acervo del folklore peruano se encuentra en castellano, y aun aquellas melodías y cánticos y otras manifestaciones que se hallan en quechua resumen las manifestaciones del espíritu occidental y de la cultura grecolatina. Sostener la existencia y pervivencia de un folklore quechua o indígena es negar el proceso histórico de la conquista y la integración de los bienes culturales occidentales que los españoles trasvasaron en el Perú: como el idioma, la religión, la fe, el sentido de la propiedad individual, el sentido de la higiene y todos los bienes que nos hacen comprender que somos seres humanos. Negar el proceso de integración cultural en el Perú es situarse en un rabioso indigenismo que pretende desconocer las excelencias de la fe y la utilidad invalorable del castellano, como idioma fino, galano y expresivo.

Pedro Henríquez Ureña dice: "Tres siglos de actividad fecunda desde Fernando el Santo hasta Isabel La Católica hicieron de España, en la época del descubrimiento de América, una nación poderosa en Europa. Había sido para Occidente la intérprete de la cultura oriental, única real cultura filosófica, científica y técnica del Viejo Mundo desde el siglo VIII hasta el XII. Ahora en 1492, la España cristiana era uno de los pueblos directores de la cultura occidental. Pero el afán de cultura no había hecho olvidar el ím-

⁽¹⁾ Carlos Vega, Danzas y Canciones Argentinas, Pág. 88.

petu aventurero: el descubrimiento ofrecerá campo para proezas de audacia superior a la de cuantas ilustraron la secular campaña contra los árabes. América nace en el mediodía luminoso de la abundancia espiritual." (2)

Por eso no es un despropósito sostener hoy que todos los cantares que integran el patrimonio espiritual de los pueblos del Perú provienen algunos del siglo XV, otros de los siglos XVI y XVII, que llegados en sucesión de recuerdos de padres a hijos, o impresos, han sido elaborados aquí a imagen y semejanza de aquéllos.

En materia de estos bienes folklóricos, como los cantares, encuéntranse en nuestro ámbito territorial cantares venidos de España del Medioevo, o del Siglo de Oro, con formas y temas provenientes de otras fronteras; porque en cuestión de estos bienes, que tradicionalmente se heredan, nada aparece por generación espontánea; vienen de otras fronteras y civilizaciones; por eso, a medida que uno se adentra en el conocimiento del mundo supersticioso y legendario del medioevo y de los siglos XVI y XVII de España, vemos alejarse el tan decantado, pretendido mundo supersticioso y legendario atribuído a los pobladores del imperio incaico; pues los bienes que los incaístas e indigenistas sostienen que proceden del imperio inca han sido introducidos por el conquistador español y son comunes a toda la Europa de civilización grecolatina, como dice Juan Alfonso Carrizo: "La Madre Patria fué para América la puerta por donde entraba Europa y con ella toda la cultura grecolatina", y no sólo es Grecia el ámbito que mide la penetración de la poesía tradicional peruana, sino también remotamente el libro de la humanidad, que nos ha proporcionado gran número de ideas sobre el hombre y el Universo y nos ha trasvasado un gran caudal de su fuente emocional y mística; por eso es manifiesta la influencia de la religión católica en la pervivencia del cantar tradicional peruano, por eso es muy frecuente encontrar cantares que enzalzan la belleza de la mujer, la conquista del amor, los desdenes, las penas de amor, las quejas del amor perdido, el retorno del marido, y en general los temas épicos o líricos que son comunes a todos los tiempos y latitudes; por eso España, al trasfundirnos su acervo cultural, nos dejó lo eterno, como la fe, el idioma y la cultura.

Por otro lado ha sido manifiesta la influencia de los catecismos como los de Astete, conjuntamente con el de Fray Luis de León (1505 - 1588) y otros, pero el de Astete fué el más conocido. En 1583, el Concilio Provincial Limense ordenó la impresión del catecismo en libro titulado "Doctrina Cristiana y Catecismo para instrucción de los Indios y de las demás personas" y éste fué traducido a las lenguas generales, el quechua y el aimará, y con él se adoctrinaba a toda la feligresía indígena del vasto virreinato del Perú.

⁽²⁾ Pedro Henríquez Ureña. Plenitud de España, Pág. 122.

La Iglesia Católica no sólo nos infundió la fe católica, las normas éticas y morales, el misticismo que se transparenta en sus cantares, sino también las fuentes generales de las grandes conmemoraciones católicas que han influído tan decisivamente en desterrar las fiestas idolátricas del imperio incaico, y basta recorrer el dilatado ámbito del territorio peruano para presenciar en el más misérrimo villorrio la influencia preponderante de la religión de Cristo y las manifestaciones de su cu'to, con las grandes celebraciones de la Iglesia, como la Pascua de Navidad, de Reyes, la Cuaresma, la Semana Santa, etc., las fiestas de los respectivos patronos de los pueblos, las fiestas de las Cruces, que dieron y dan motivos a los poetas para hacer sus cantos.

Así un valioso códice colonial de 1672 del R. P. Fray Gregorio de Zuola, predicador de la Orden de los franciscanos, hoy en manos del doctor Ricardo Rojas, y que en su "Romancero" cita Moya, al decir: "En este Códice el paciente frayle hacía anotaciones de carácter histórico, escribía música, transcribía romances." Para mí este último asume una importancia muy grande, pues indica cuáles eran los romances que por lo general se cantaban en el

Perú, admitidos por la Iglesia, como

Entre dos álamos verdes que forman juntos un arco por no dispertar las aves pasaba callando el tajo.

Los clarines y clamores dan pésame y parbién al vivo de su fineza y al cadáver de su fe.

Porq' tan firme os adoro Inés me pregunta amor.

Pardos ojos de mis ojos hermosos como trauisos.

Que importa que yo calle Si lo dicen mis suspiros.

Como se ve, es de gran importancia la transcripción de estos romances que se cantaban en las solemnidades del culto cató'ico en el esplendor de la época colonial del Perú: asimismo toda América estuvo materialmente inundada de libros y folletos con la narración de la vida de los santos, como el Flos Sanctorum, que llegaba en las naves de registro, como también los Cantares a lo Divino, como los de Alonso de Ledesma (1562-1623), los de fray Anto-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nio de Montesinos (1512), y el de Damián Vegas del siglo XVII. Los mejores cantares de esta especie fueron dedicados a la Virgen. España siempre le cantó y América en general le conserva devoción, según las recientes compilaciones efectuadas en México, Puerto Rico, Argentina y otras naciones, porque todo lo que viene de la Iglesia, el pueblo lo mira y recibe con unción y respeto. Las más hermosas composiciones que se oyen cantar por el pueblo durante la festividad de la Pascua de Navidad, de Reyes, cuando se efectúan las danzas populares llamadas pallas, delante de los altares de las iglesias o de los nacimientos adorando al niño Jesús, son villancicos de auténtica extracción española tradicional, que a la par que sencillos, son de gran ingenuidad, como:

EN QUECHUA

Dollay Japaj Apu Niño, Huillahuay Huajainiquita Chichi Huahuacha Pitaycum Hicho Jahuampi Huajacunqui, Sumaj Niño.

Dios mío omnipotente que haces visible el llanto Y sobre el áspero heno la pobreza es tu encanto.

Diospa "Kanchak" Rauraynita Pacacuskan Chuyau Pucyu Anakmanta Pinchachaska, Uraycamuy unu Pakcha Josef Yupay Kapak Pitan Sisaskanpa Kori Sulikan Arapaguan Mayuchiska Nauray Inquil Konchek muy.

(Recogida por el autor en Ayacucho)

De Dios brillante llama, su escondida pura fuente Del cielo canal labrado Baja agua en raudales De José muy rico lazo De sus flores, pequeña de oro Cercado de celosías Prado Florido, jardín ameno.

Doctrina Cristiana Quechua Español de Carlos Felipe Beltrán (Cuzco - 1888) Estos cantares que circulan en quechua nos prueban que la religión católica ha puesto su influencia en todas las direcciones, a tal extremo que podemos sostener con entera confianza que no existe cantar, tradición, costumbre, leyenda, etc., que no lleve impresa la influencia de la fe católica y de la cultura occidental. Y veamos una cita de don Antonio Herrera, en su "Historia General de las Indias" (Capítulo X, Libro VI, Década V): "El pie de la copla y algunos de estos romances y poesías eran muy artificiosas de historia, otros supersticiosos, otros de disparates; y a estos bayles llamaban comunmente taqui (los prelados) han procurado ponerles las cosas de nuestra Santa Fe en su manera de canto; y es grande el provecho que han hallado, porque con gusto del canto y tonadas, están días enteros embebidos oyendo y repitiendo sin cansarse". Esta cita es tan concluyente que no necesita ninguna aclaración ulterior.

Don J. M. B. Farfán, quechuista del Cuzco, trae en "Cantos quechuas de Ancash", separata de la "Revista del Museo Nacional" (tomo XVII-944-pág. 9; verso XI), el siguiente cantar, titulado quechua:

LA MADRE

La madre pare a la hija para darle de puntapiés; al varón dá a luz la madre para adorarle con flores.

"Literatura Inca", selección del Dr. Jorge Basadre (Biblioteca de la Cultura Peruana, tomo I pág. 96), trae el siguiente como muestra de cantar inca:

En el nido del Pukuy Pukuy mi madre me parió para sufrir para llorar, como ahora lloro como el pukuy-pukuy en su nido.

Don Jorge Ferreiiea de Vasconcellos, en su comedia "Eufrosina" (1550-1554), trae estos versos de un romance. (Pág. 110-T. 14-91.):

¿Para qué pariste, madre Un hijo tan desdichado? En vez de darle tus pechos Veneno le hubieras dado...

Un cantar popular, o un verso de un huaino, recogido por el

autor de este ensayo en el departamento de Huanuco, en la provincia de Huamalies, dice:

El águila se fué volando por los bosques y arenales, llevando flores en su pico y mis amores en su pecho.

Don Juan de Timoneda, en "Sarao de Amor" (Valencia 1561), tiene el siguiente cantar:

Aguila que vas volando lleva en el pico estas flores, dáselas a mis amores. Dile cómo estoy penando.

En el Romance de la Queja de Doña Urraca, repárense en los últimos versos:

Irme he yo por estas tierras, Como una mujer errada, Y este mi cuerpo daría A quien bien se me antojara, A los moros por dineroy a los cristianos de gracia.

Como una lejana reminiscencia de este romance tradicional, hallamos en Huanuco el siguiente cantar:

> Un besito y un abrazo a cualquiera se le dá al rico por su dinero, al pobre por caridad y al amor por voluntad.

Don Ramón Menéndez Pidal, en su libro "Los romances de América y otros estudios", dice, al hablar de los conquistadores que llegaron a América, trayendo consigo sus disponibilidades mentales y coreográficas, lo siguiente: "Y sin embargo, esos primeros colonizadores salieron de España a fines del siglo XV, y principios del XVI, en la época precisa en que el romance estaba más en boga en todas las clases sociales de la Península. Todos los recordaban y tenían muy presentes en la memoria".

Don Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) dice:

Aquel tu desdén severo que con tal rigor me trata, No se alabe que él me mata: Que yo soy el que me muero. Una muliza de Pasco, de 1800, dice:

Mal pudiera olvidarte, quien tanto supo quererte, que una pena de amor, se perdona mas no se venga.

Ya que aquel que se enamora hasta el desdén adora del serafín por quien muere.

Por eso la poesía, los cuentos, las leyendas, las novelas de caballería, las adivinanzas, los refranes, nos unen inevitablemente al medioevo español, la que es común a los pueblos de Hispano América: de allí que podemos hablar de la unidad espiritual de América, pues las fundaciones de las ciudades en América datan de la segunda mitad del siglo XVI, que nos evocan iguales recuerdos, pues no debemos olvidar que a Lima vinieron y de ella partieron en la memoria de las gentes, en los libros, los Zejeles, los Abc, los romances, las glosas, las coplas, las encadenadas, las finidas, los versos con dibujo, los ovillejos, los versos de torneo, etc.

La unidad de la fe. La Iglesia Católica, con el clero secular y regular, propendió a conservar la unidad por sistema y por conveniencia: por sistema, porque aparte de que la iglesia de Cristo es una sola y para todo el mundo, la corona española centralizó en la persona del Rey los recursos que el Patronato puso en sus manos: y por conveniencia, por resultarle más fácil evangelizar con el Astete, por ejemplo en toda América, que andar haciendo catecismos particulares. "El Concilio Limense de 1583 legisló para esta parte de América, haciéndose eco de reales pragmáticas dadas para América". (3)

El libro. El libro contribuyó a unificar el alma de las poblaciones españolas de la Colonia. Ya fueran pocos o muchos los libros introducidos en el Nuevo Mundo, ellos iban a México y al Perú, unificando así los espíritus con lecturas comunes; la extensión de este ensayo no permite consignar la lista de libros de romanceros, de araucanas, de cantares a lo divino, de proverbios de Iñigo López de Mendoza (1398-1458), llegados a Lima.

La unidad de la lengua contribuyó a la unidad del acervo tradicional. El hecho notorio de que en América privó el castellano, que había triunfado sobre el vascuence, el gallego, el catalán, hizo que los misioneros que fueron los maestros de los pueblos hispanoamericanos durante la colonia, contribuyeran a realizar la unidad

⁽³⁾ Juan Alfonso Carrizo — Antecedentes Hispano Medioevales de la Poesía Tradicional Argentina.

idiomática, adoptando para la cristianización de los naturales los llamados idiomas generales; así adoptaron el quechua en el Perú, al que vertieron las doctrinas de la religión católica y, no sólo éstas, sino también piezas de la literatura tradicional del siglo de oro de España; y el araucano en Chile, el guaraní en Paraguay y Brasil, con lo que desaparecieron una infinidad de dialectos y se hizo posible para los misioneros la difusión del proceso cultural de lo español hacia los naturales del Perú y de América.

A la unidad idiomática, religiosa, se unió la del derecho; pues la Corte Española legisló para los indios con sus hermosas Leyes de Indias, sin establecer distingos ni privilegios; pues aun hoy se conserva el lenguaje procesal español en toda América.

A los lazos espirituales se unieron los materiales; el monopolio comercial durante los siglos XVI y XVII y gran parte del XVIII, hizo que las joyas, las telas, las prendas de vestir, las herramientas de labranza, de artesanía, armas, libros, etc., tuvieran un solo vendedor: Europa y un solo mostrador de venta: la Casa de Contratación de Sevilla. El sistema del monopolio comercial que ataba a toda América a Portobelo dió jerarquía y auge comercial y espiritual a Lima, y se convirtió a esta ciudad en un centro de irradiación y expansión comercial.

Relata el cronista Gomara que muchos jefes de Hernando Pizarro, al saber la llegada del pacificador Don Pedro de la Gasca y de los preparativos que éste hacía en nombre del Rey, dejaron a su jefe solo y se pasaron al bando realista. Entonces don Fernando Carbajal (El demonio de los Andes) entonaba:

Estos mis cabellicos madre dos a dos se los lleva el aire,

que Dámaso Alonso transcribe como a un villancico español antiguo. Muy conocida es aquella glosa de la Isla del Gallo, hecha por los comentadores así como aquella que el cronista Diego Fernández (El Palentino), hablando de las revueltas del rebelde Hernández Girón (1553-54), refiere que circulaba el cantar que entonaban los soldados:

El uno jugar y el otro dormir ¡Oh, qué gentil;
No comer y apercibir!,
Oh, que gentil.
El uno duerme y el otro juega ¡Así va la guerra!

El dormilón era el licenciado Santillán, Oidor Primero de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.comar

Real Audiencia de Lima, y el jugador de ajedrez, Don Jerónimo de Loayza, Arzobispo de Lima; y veamos la última copla:

Almagro pide la paz, Los pizarros, guerra, guerra: ellos todos morirán, y otro mandará la tierra.

Ahora analicemos cualquiera de las danzas populares que circulan en el vasto territorio del Perú, y que llaman indígenas o quechuas, por ejemplo la siclla, danza popular que aparece en Paucarlambo, Departamento del Cuzco, en la que los hombres están vestidos a la manera occidental, con tarros y togas negras de etiqueta. Uno de ellos lleva un libro, otro un látigo y bastones, y representa a la Real Audiencia Española; es pues por la vestimenta, por el motivo y las simbolizaciones una danza tradicional y de auténtica extracción colonial española. En esta danza, a pesar de querer ver lo indígena, como sostienen los indigenistas, el autor no ha logrado ver nada de lo indígena, aun queriendo mentirse a sí mismo.

En la danza popular llamada el Chujchu, que aparece en Ocongate, Cuzco, y que representa y simboliza la aparición y vigencia del paludismo, el danzante va vestido a la usanza occidental, realizando una serie de convulsiones para demostrar que es presa del paludismo delante del médico (concepto occidental), también vestido con saco y pantalón, mientras el ayudante del galeno le amenaza con una descomunal jeringa para aplicarle un evacuante intestinal.

La danza llamada Sicuris, que aparece en Puno Cuzco, tiene una marçada estructura colonial, a la par que se notan reminiscencias de costumbres alusivas a la caza de fieras selváticas como pumas y osos tapires. También en esta mojiganga aparecen personajes vestidos como en la baraja española, de sotas, reyes, damas, etc.

En las 156 danzas que tengo recogidas con sus respectivos archivos de fotografías, melodías y descripciones de todo el territorio nacional, se repite 20 veces la contradanza y no hay danza que no aparezca con motivo de alguna festividad religiosa católica. Pueden estas danzas adoptar nombres indígenas o quechuas, pero la coreografía, los instrumentos que tocan, los vestidos que llevan son de auténtica extracción colonial española.

Pero no sólo es la Iglesia Católica la que contribuye a trasvasar las manifestaciones tradicionales españolas en el Perú y América, sino también el poder real, en las grandes solemnidades como las que se efectuaban en Lima y demás capitales del virreynato del Perú y de América con motivo de la exaltación al trono de España de los príncipes. En un libro editado en la imprenta Real de los Niños Expósitos, Lima, año de 1791, dice "Descripción de las Reales Fiestas, que por la feliz exaltación del Señor Don Carlos IV al trono de España y de las Indias, celebró la muy Noble Ciudad de Lima, Capital del Perú ". En su pág. 80 dice textualmente: "En todos los tiempos han juzgado útil los legisladores el establecimiento de las Fiestas Públicas. Siempre se ha creído necesario mantener al pueblo en alegría, para moderar las penalidades del trabajo y de la ocupación. El principio de esta política fué siempre en Roma la principal atención del Gobierno y se miraba como ceremonia religiosa en la proclamación de los Césares. El arte y la violencia no lograron jamás en aquellas forzadas aclamaciones, sino el gozo afectado del temor. El Pueblo Romano celebrando a sus Emperadores, sentía interiormente todo el peso de su baxa servidumbre. El libre exercicio de lo que permiten las leyes, atrae a los so-beranos el afecto constante de los pueblos. Entonces son sinceros sus votos, y a las obligaciones de obediencia y respeto, que impone la religión, añade la ternura del amor que se debe solo a la virtur".

Como se ve, nada más elocuente que esta prueba de la total y decisiva influencia de la penetración de la cultura española en los bienes folklóricos del Perú, pues para nadie es un misterio que todo inmigrante lleva consigo sus disponibilidades mentales y coreográficas, sus cantos, sus danzas, sus instrumentos; y España, que era y es una modalidad variada en esas manifetaciones, nos ha dejado

todos sus bienes que perviven tradicionalmente en mi país.

Se ha sostenido por los quechuistas e indigenistas, que la escala pentátonica de la música incaica es sólo atributo de esta cultura, pero estudios recientes han probado que la pentatonía musical actualmente existe en los cinco continentes; y en el Perú es preponderante la influencia del Cancionero Ternario Colonial, cuyo centro de irradiación y expansión fué Lina.

centro de irradiación y expansión fué Lima.

Geografía Literaria del Ecuador

por Alfredo Chavez

Acendrada y honda, la nostalgía por la tierra provinciana en que nacimos suele visitarnos de tarde en tarde y nos deja un mensaje pleno de inefable vitalidad. Sentimos volver, entonces, nuestra niñez, redonda y fresca como la fruta amanecida. La sentimos llegar suave y reconfortante, en misión saludable para nuestro duro cansancio de habitantes de la gran ciudad. Y con la imagen de nuestra niñez, haciéndole cordial compañía, vuelven también a nuestro recuerdo aquellas otras, familiares y sencillas, de los seres y las cosas que nos rodearon al crecer allá, en la retirada calma de un pueblo de la provincia de Imbabura.

Pocos fueron, en verdad, los años que vivimos en ese claro ámbito de tierras campesinas, tan amplias de sol y aire, de colores y fragancias, de buena gente y buena agua como en las mejores regiones de nuestra Patria. Pero fueron los primeros años de nuestro existir y por lo mismo los más decisivos en nuestra humana vocación por la naturaleza y sus hechos elementales, por su fina

dulzura y su perdurable y transparente emoción.

Y en homenaje de esos no muy lejanos tiempos y de esas tierras tan próximas a nuestra memoria, hemos escrito las páginas que van a continuación. En esta vez, por supuesto, no haremos sino iniciar nuestro viaje a través de la tierra y el hombre del Ecuador.

Apchivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

GEOGRAFIA LITERARIA DEL ECUADOR

Un poco más tarde esperamos continuarlo con excursiones que cubran un radio de evocación geográfica y literaria más amplio y completo.

La Provincia Andina

Recia y poderosa, dejando grandes precipicios y levantando volcanes nevados, la Cordillera de los Andes atraviesa el Ecuador con estrepitosa virilidad. Entre una y otra cordillera corre el altiplano, formando el callejón interandino que, a trechos desiguales, se divide por fuertes estribaciones montañosas. Aquí, limitadas y determinadas por el cielo, el sol y el clima, existen extensiones de tierra que pueblan unos mismos hombres, que dejan correr unos ríos de agua familiar, que se cubren de una variada y múltiple vegetación, y a las cuales, con sentimiento entrañable, las gentes conocen por el nombre de provincias.

La provincia, vigoroso órgano de integración nacional y nervio sensible en el cuerpo de la economía interna, comprende una geografía y una historia propias, y fáciles, además, de ser aprehendidas en el itinerario de unas pocas palabras. La geografía se expresa en una topografía del terreno de marcada irregularidad: el valle, esmeralda y apacible, primero; las faldas de las montañas con una complicada geometría de eucaliptus, después; los ríos, encajonados entre grietas pétreas, luego; por último los cerros, donde el páramo se entumece, se encabrita el viento y el pajonal se debate en densas oleadas. La historia, en cambio, tiene una línea recta, casi estática, ya que sus elementos son todavía primarios, sencillos, sin complicación. La capital, los cantones y las parroquias, con la Gobernación, los Municipios, la Jefatura y la Tenencia Política, para la vida civil. La catedral, las iglesias pequeñas y los conventos, para la religiosa. La educación, frecuentemente débil y rutinaria, conformada a un tiempo de compás lento, está reducida a los colegios y a las escuelas. Y el hombre naciendo y muriendo, sin apoderarse de la vida para la alta creación personal, para el adelanto de la obra social de ritmo acelerado y fecundo; sin apropiarse del destino para apuntarlo hacia nuevos horizontes, donde la perspectiva humana se renueve y engrandezca.

Pero en la provincia andina, la tierra es generosa todavía. El maiz, de año en año, amarillea como el oro, colma la riqueza del hacendado y se acerca a la despensa de los hogares pobres. La papa y el trigo, la alverja y la cebada y muchos otros productos se cosechan inalterablemente, salvando las duras veleidades del clima. Los pastos son frescos y abundantes, el ganado numeroso y de gran provecho, las frutas decorativas y múltiples, los jardines menudos y policromos, y en ciertas regiones, los lagos espontáneos y amables.

Pero también el hombre de la provincia andina es generoso, respetable y fuerte, trabaja sin desmayo y sin estímulos. Pocas garantías cuenta para su existencia y subsistencia. Cuando le lleguen los derechos se completará y se reivindicará a la sociedad y a la cultura. Y en la provincia andina trabaja y labora el campesino, sobre todo el indio, ecuatoriano de estas tierras suyas por la sangre y la historia; ecuatoriano de ecuatorianidad milenaria y pura y de quien nunca es posible hablar sin estremecimiento ni coraje.

A la provincia andina le hacen falta caminos, que lleven desinteresados y fraternos los mensajes de las ciudades matrices y que devuelvan la mies para el pan de todos y la voz de sus hijos para el gran coro de la nacionalidad. Votamos, pues, con fe y profunda convicción por que la provincia andina se incorpore en cuerpo y espíritu a la historia viva del Ecuador, por que la remoce con sus benéficas intervenciones y la haga digna de un pueblo responsable y

justo.

El Pueblo del Altiplano

Menos distantes unas de otras, las colinas pierden altura, extienden sus faldas y se dejan invadir por el color de la vegetación. La chilca y el penco —habitantes remotos e irrenunciables del altiplano— se alternan perezosamente sobre la tierra. En paralelas tranquilas, los eucaliptus establecen el camino de entrada al pueblo. La torre de la iglesia se levanta al fondo, imperturbable y centenaria, entre un hacerse y deshacerse de nubes espesas y blancas.

Un antecedente histórico y vital en la formación del pueblo ha sido el río. Los hombres buscaron siempre su fresca vecindad para constituír la población. Por escasas aguas que lleve, el río es definitivamente un factor de vida y gracia. (La historia de la civilización arranca de tres ríos: el Nilo, el Tigris y el Eufrates.) Así, bajo los cordiales auspicios del río, el pueblo del altiplano ecuatoriano se detiene a cumplir su obra humana, sin prisa, recogido en el trabajo con una recia, invulnerable voluntad, asegurándose el pan de cada día y prolongando su destino gris a través de años largos de rutina y soledad.

En profundo sueño pétreo, a la entrada del pueblo se extiende el puente. De aquí parte la primera calle, cubierta de piedra menuda y desigual muchas veces escondida entre hierba rala y amarilla que permite la lenta refocilación de aves de corral y animales domésticos. A los bordes de la calle corren dos acequias, en ocasiones con agua turbia y asoleada. Inmediatas a cada acequia van las veredas, irregulares y angostas. Y las casas, chatas, blanqueadas y bastante uniformes, limitan la calle. Es difícil encontrar una casa de más de un piso, y absolutamente imposible una que lleve sus puertas abiertas. No es que las casas se hallen deshabitadas o que desconozcan

la mejor hospitalidad. Se trata de que las gentes del pueblo gustan de su interior, de sus patios callados y de los breves huertos que se extienden al fondo. Dentro de la casa, el hombre ha dispuesto su taller de trabajo, inaccesible al ruido y al tránsito, mientras la madre de familia fatiga una precaria máquina de coser o apresura la humilde sazón de la comida. De este modo, la pobreza en que viven estas buenas gentes les pertenece a sí mismas, en forma íntima y total.

Es un porcentaje abrumador, el hombre del pueblo es artesano. Carpintero y sastre, herrero y talabartero, este hombre desciende de antiguas generaciones de artesanos. Y hasta hoy no se ha prometido una mayor renovación en su forma de vida. Es un conformista secular, inepto al inquieto impulso de la aventura. Sus horizontes vitales son reducidos. Se arraiga al pueblo en que nació con un sentimiento telúrico y vegetal. Hereda, con su apellido, la tradición y las costumbres de sus padres, que mañana continuarán guardándose en la vida de sus hijos. Para su elemental desarrollo psíquico están por demás los caminos de la superación espiritual. Cree ser bueno y casi nunca en que puede ser mejor. La religión le cubre todos los cuatro costados de su posibilidad ética. Morirá como nació, ignoto y desapasionado.

Más o menos al centro de la población, ampliando la perspectiva del edificio de la iglesia, se encuentra la plaza pública. Por lo general es un espacio vacío, de tierra calcinada y poco trajín. Sin embargo, existen algunas convertidas en parques, presentados y cultivados con poca buena voluntad. Los domingos y los días festivos, las plazas vuelven a la vida. Por la mañana sirven de mercado y a la tarde se convierten en sitios deportivos, donde el juego de pelota ayuda a santificar el día. El resto del tiempo, la plaza

del pueblo se paraliza en el abandono y la laxitud.

El ambiente físico del pueblo del altiplano es frecuentemente agradable. El aire, fresco y libre, corre anchamente, bajo un cielo sin inquietudes, apacible y hondo, llevando saludable el olor de las dehesas cercanas. En el atardecer, por las calles caminan apresurados, en retorno a sus hogares distantes, los jornaleros. También pasa el arriero, personaje de polvo de los caminos difíciles. Y el pastor con su rebaño, y el indio, taciturno y lento.

La noche en el pueblo del altiplano ecuatoriano se cierra con

siete campanadas graves, copiosas de paz y soledad.

El agro en la sierra

Grandes sectores de color verde crudo, los maizales muestran las espaldas de sus hojas, empinan unas banderolas lilas y durante los meses de marzo y abril prometen el fruto y la riqueza. También el trigal, pictórico y plácido, juega a las olas con un viento intrépido y fragante. Los pastos núbiles, cercados por zanjas de

pencos azul bajo, reciben al ganado, lo sustentan y nutren generosamente. A su tiempo, el arado cruza la tierra, arrastrado por un par de bueyes inmutables, sacude el polvo y crea el milagro del surco. Gorriones y tórtolas dividen el aire con vuelos repentinos, acrobáticos y eufóricos. El silencio es confidencial en la escarpada zona del agro de la Sierra.

Mas por aquí se levanta también el hombre, fornido y adusto. Es el hombre que vertebra el Ecuador, por quien el Ecuador se mantiene y crece. Ahí está el chagra, calumniado y preterido, rara mezcla de humorista y creyente. Ahí el mayordomo bigotudo y emponchado, sujetando el tercer brazo de su cuerpo, ese su látigo denigrante y vil. Y ahí, sobre todo, el indio, distribuído en diversas clases de servidumbre: el huasipunguero, el mayoral y el chagracama. Todos ahí, inclementes, sembrados al agro por generaciones centenarias, labrando la tierra, cultivándola a ritmo de sudor, amor y músculo. Todos, menos el patrón, señoritín de la ciudad, derrochador e inepto.

Han pasado los días. La atmósfera calurosa de sol veraniego, el amanecer precipitado con cielo limpio, el mediodía brillante y abigarrado, la tarde larga de ocaso rojo y viento helado, la noche crepitante de estrellas: en el agro de la Sierra se anuncia la época de las cosechas. Esta es una época intensa para la tierra, los animales y el hombre. Epoca de co'or y movimiento, en la cual la gozosa recolección del fruto se realiza a golpe de pala y hoz. La cosecha del maíz brinda el espectáculo más rico en laboriosidad. El mayoral, en grito primitivo invita a los trabajadores. Hombres y mujeres se disponen en fi'as paralelas. Cada cual toma un guacho de maíz, arranca la mazorca y en cantidades suficientes lleva hasta la era, que es el sitio abierto en la sementera para reunir el producto en doradas pirámides. El trabajo continúa durante días y semanas. Al final, las trojes de la hacienda están repletas y el labriego, suponiendo haber cumplido su deber, respira una tranquilidad jovial y estimulante. Pero se trata de un tiemendo deber, desafiante e injusto.

Entre las grandes haciendas y latifundios, furtivamente, se han establecido unas breves parcelas de terreno, cultivadas con prinor, en un impresionante desafío al espacio. Son los minifundios, traídos al agro por pequeños propietarios y luego de duros años de privación y ahorro. Pero son células laboriosas y fecundas en la pálida economía de los campesinos, que da gusto mirarlas y comprenderlas en su secreto significado de jardines policromos, todas ellas apretando una milagrosa variedad de plantíos. Estas pequeñas parcelas de terreno evidencian el noble amor de nuestro hombre del agro por el trabajo, el cultivo y el fruto. A través de ellas ha encontrado este hombre un ligero resquicio de libertad y un penetrante sentido de reivindicación. En la breve porción del

Anchivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

GEOGRAFIA LITERARIA DEL ECUADOR

agro ecuatoriano y en la joven conciencia de sus esforzados propietarios saludamos el principio de un mejor porvenir de la vida y el

trabajo humanos.

La tierra como sustento y como eternidad, como gracia y poder, se asoma a nuestros sentidos y agita nuestra sensibilidad al momento de visitarla en su callada función de agro. Y esa misma tierra, vida e historia perpetuas, tierna ceniza de nuestros antepasados, nos guardará a los hombres el secreto de algunas tristezas, el testimonio de ciertos esfuerzos y nos cubrirá, madre y amorosa, al instante de devolvernos a su entraña.

Manuelita Sáenz, la Libertadora, es Quiteña

por G. Humberto Mata

En honrado afán de que mi libro en preparación sobre Manuelita Sáenz, el Libertador y la Gesta de Independencia Americana esté ceñido a la verdad histórica más neta y a la cabal interpretación psicológica de ella, he tenido prolijidad de consultar toda obra en la que imaginaba pudiera hallar gérmenes de luz para mi trabajo. Así fué que, para acrecentar mi copiosa bibliografía, me procuré la obra del señor Ignacio Rodríguez Guerrero, excelente escritor de Pasto, Colombia, y magnífico polemista cuyas lanzas enarboladas han botado violentas contra el señor Víctor Hugo Escala, según se desprende del texto de la obra en referencia: ESTUDIOS HISTO-RICOS.

Presúmese existió vieja y enredada polémica entre los dos escritores, ya que Rodríguez Guerrero, no muy atildadamente y, a veces, con descompustura, agrede a Escala. No es mi intención comprar pleitos agenos, porque ello significaría ofensa para Escala, de suyo expedito en lides de las letras. Pero sí quiero manifestarle al autor de ESTUDIOS HISTORICOS, que se halla errado cuando afirma, sostiene y asevera con énfasis que Manuelita Sáenz naciera en Paita, en el Perú. Para poner en adecuados antecedentes al léctor es preciso transcribir lo que el señor Rodríguez asienta para probar, dizqué, sus descabellados asertos:

"Débese a esa misma puerilidad el que de Doña Manuelita Sáenz, "la Libertadora del Libertador", diga el señor Escala que

nació en Quito.

Afchivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Este dato también está completamente equivocado como lo vamos a ver.

"He aquí lo que dice al respecto el reputado historiador Eduardo Posada: "Nos escribe el distinguido director de la Revista Nacional, de Buenos Aires, Dr. R. W. Carranza, lo siguiente: "A propósito de Doña Manuela Sáenz y del artículo publicado (por Posada), Don Pedro Argote que es un anciano argentino distinguidísimo y que conoció a esa señora, dice que nació en Paita, dato que se lo oyó a ella misma..." (Apostillas a la Historia de Colombia, 68).

"Y en otro lugar añade: "He aquí lo que dice Garibaldi en sus memorias sobre la señora Sáenz: "En Paita desembarcamos, permanecimos un día y fuí hospedado en casa de una generosa señora DEL PAIS, que se encontraba en cama..." (OB. CIT. 71).

"Subrayamos —continúa el señor Rodríguez Guerrero— donde dice del país para llamar la atención sobre el hecho de que de haber sido doña Manuela de otro lugar, eso hubiera constado, de seguro, en los apuntes de Garibaldi. Dijo DEL PAIS, es decir de Paita. Sus razones tendría.

"Y viene la prueba plena, que es un documento público firmado por la propia señora Sáenz en Bogotá, el 20 de junio de

1830, y uno de cuyos apartes dice textualmente:

"El (un periodista) me ha vituperado del modo más bajo, yo le perdono; pero sí le hago una pequeña observación: ¿Por qué llama peruanos a los del Sur y a mí forastera? Seré todo lo que quiera; lo que sé es que mi país es el continente de la América; HE NACIDO BAJO LA LINEA EQUINOCCIAL DEL ECUADOR". (OB. CIT. 202).

"¿Por qué, —prosigue el señor Rodríguez — si no hubiese sido peruana, quejarse amargamente de que a los peruanos se les llame tales y a ella extranjera? ¿ Y por qué decir que ha nacido no en la línea del Ecuador (que es lo que habría dicho si hubiese sido quiteña) sino BAJO LA LINEA DEL ECUADOR? A todo aquel que sepa donde está Paita, ¿le quedará alguna duda al respecto?".

Así, mi amigo el historiador Ignacio Rodríguez Guerrero, ufano de haber "establecido" la nacionalidad de Manuelita Sáenz, sostiene en la página 90 de su brillante obra ESTUDIOS HISTO-RICOS: "Respecto de Doña Manuela Sáenz, el señor Escala no ha logrado probar que nació en Quito, y por lo tanto, queda en pie la cuestión".

Enterado ya el lector de este pleito que aún está en pie, voy a rebatir, en orden, las aseveraciones del señor Rodríguez.

Tocante a Don Pedro Argote, me atrevo a presumir que, acaso, no entendiera lo que Manuelita Sáenz conversara o que, como manifiestan era ya muy anciano, hubiese perdido su memoria... natural achaque de su ilustre edad.

De Garibaldi sostengo que estuvo en un yerro honesto, como buen extranjero amigo de Indoamérica. Visitó Paita y se creyó que la Libertadora Quiteña era del país porque residía en él. La razón que le asistía a Garibaldi fué la de su extranjería novelera y gloriosamente libertaria, que le impulsara a imaginar del país a personas, productos, cosas etc. sin que lo fuesen. No conozco la obra de Garibaldi, por más que me he empeñado en buscarla; si la tuviera, seguro estoy de que hallaría algún dato para refutar con más firmeza a Rodríguez Guerrero respecto a este famoso italiano. Pero me permito afirmar que casos como la equivocación honesta de Garibaldi nos proporcionan todos los viajeros, hasta los actuales, que nos ha narrado acaecidos, de fauna y flora de nuestras Américas. Por ejemplo, Emil Ludwig, en su obra "BOLIVAR CABA-LLERO DE LA GLORIA Y DE LA LIBERTAD", (Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1942), página 300, sostiene, románticamente, que Bolívar propuso a Simón Rodríguez ascender al Chimborazo... ¡Y ambos personajes estaban en Bolivia!. Si todo un Ludwig, el biógrafo profesional, ubica al Chimborazo ecuatoriano en tierras de Bolivia, ¿cómo Garibaldi no pudo errar en la nacionalidad de su anfitriona?. De modo que un extranjero, aún de la talla de José Garibaldi, no puede aportar ningún dictamen autorizado ni un concluyente fundamento.

Acerca de "Y viene la prueba plena..." del señor Ignacio Rodríguez, me atrevo a dejarla para después ya que, por plena, es menester situarla como remate de este artículo de novicio historiador, el mismo que ha nacido sólo de mi fervor a la Quiteña Manuelita Sáenz. Esta croniquilla va, pues, acorazada de una audacia que apenas puede amparar mi balbucencia en Historia...

¿Que la QUITEÑA LIBERTADORA —tal como el título de mi libro, y sin las depresivas comillas del señor Rodríguez Guerrero, es paiteña?. Nada más equivocado que esta gratuita asignación de nacionalidad peruana. Manuelita Sáenz fué quiteña y vive en nuestro enfervorecido recuerdo como la más alta gloria de Mujer Americana. Por poco que se zahonde en la historia de América emergerá la Libertadora con su haz de luz prístina, de eternidad y pureza personales a iluminar el reguero de sangre libertaria que naciera en Quito en 1809 y que fuera la impulsión permanente que cimentó el generoso y profundo caudal de sangre venezolana, colombiana, por las cumbres y los ríos de la más ancha América del Sur. La gloria y fama de Manuelita Sáenz no se debieron a causas ocasionales ni a incidencias favorables. Ella marcó, con su talento, con su gracia y su personalidad dominadora, toda la Historia de Colombia, del 1822 hasta que el floreanismo machetero la sepultara en Paita, exilada por el Presidente Rocafuerte, a quien, en un gesto de soberbia dignidad, se lo tiró por la cara el alzamiento del destierro. Y Manuelita Sáenz abofeteó con estas palabras de qui-

teñidad herida y orgullosa: "Un terrible anatema del infierno comunicado por Rocafuerte me tiene a mí lejos de la patria y de mis amigos... Lo peor es que mi fallo está tomado: no regresaré al patrio suelo, pues usted sabe que es más fácil destruir una cosa que hacerla de nuevo. Una orden me expatrió, pero el salvoconducto no ha podido hacerme revivir a mis más caras afecciones: mi patria y mis amigos..." (Carta desde Paita en 1837, a Don Roberto Ascásubi). Repárese en lo subrayado por mí y veáse quién y de dónde era Manuelita Sáenz, la Quiteña Libertadora que rescatara a Bolívar de las zarpas del 25 de Septiembre de 1828 para situarlo en el Calvario de San Pedro Alejandrino, en el cual el Hombre se transfiguraría en redentor de toda América, en el propicio Simbolo de Ideal Humano, de Decencia, de Honor y Dignidad. Si acaso los puñales septembrinos que anulara Manuelita Sáenz hubiesen asesinado al Libertador, éste no inscribiría su suprema consagración en cúspides de su sacrificio refrendador de una vida entregada a humano límite de superación incesante. Bolívar no hubiera sido menos, porque nuestro Libertador tenía culminado ya el ofertorio de su vida fulgurante elevado a atributo de Honra Americana, sino sí, le hubiese faltado esa cima de Martirologio gestor de la apoteosis más inaudita y más definitiva, ante la que nos prosternamos los hombres con conciencia cósmica de mística filial.

La Libertadora Manuelita Sáenz y Aispuru nació, genuina e irrebatiblemente, en Quito. Su mismo exacto temperamento donairoso, dicharachero, irónico y dado a plantar el fino venablo de su burla y vayas encendidas en todos y los más graves acaeceres de su vida, están ratificándonos que en ella estaba vívida y genética "la sal quiteña", nunca desmentida y jamás en mengua de flaqueza. Manuelita fué quiteña y amparo mi afirmación absoluta, rotunda e incontestable, además de lo que hace rato transcribí, en frases de historiadores más o menos coetáneos y de la época de nuestra Quiteña Libertadora. Respetando la cronología de sus obras, ellos son:

JOSE MANUEL RESTREPO, en "Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional". (Si bien Restrepo publicara este libro en 1827, en París, Librería Americana, en 7 volúmenes, yo no conozco sino la edición de Besanzon... 1858. Pero yo sitúo a Restrepo, por ser el más autorizado, en primer lugar...) página 117 del tomo IV, escribe: "...doña Manuela Sáenz, natural de Quito...".

JUAN BAUTISTA BOUSSINGALUT, en sus "Memorias", París 1892-1903, manifiesta: "Manuelita Sáenz nació en Quito, a principios del siglo". Bien se puede creer siquiera en esto, tan siquiera en esto, al expulso de las amanuencias de los ejércitos de Bolívar: M. José Diosdado Boussingalut quien no tendría motivo alguno para endilgar origen y nacionalidad quiteños a la Libertadora, como los tuviera para vengarse de la mujer que frecuen-

temente medía la talla a Monsieur Boussingalut con sarcasmos a su estatura de pigmeo aplastado por odios antibolivarianos y por el peso del "árbol de la leche...".

RICARDO PALMA, en "Tradiciones Peruanas", Barcelona... 1893 consigna en la página 167 del tomo IV: "Doña Manuela Sáenz, perteneciente a familia de holgada posición, nació en Quito..." Palma, antibolivariano, quizás por lo que le espetara Blanco-Fombona, sí debe merecer un poco de autoridad ya que conociera personalmente a Manuelita y pertenecer el insigne tradicionista a nuestra tierra americana, no como en el caso Garibaldi. Palma, a pesar de sufrir el hermetismo de Manuelita Sáenz, quien, con su penetración espiritual privilegiada y muchísimas veces probada para conocer y filiar a los enemigos del Libertador, intuyó, nítidamente, que Don Ricardo iba a ser uno de los más alevosos y cebados detractores de quien, junto con San Martín, diera patria a sus paisanos manumisos de La Serna... Manuelita Sáenz, como el mismo "traditore" nos noticia, con calculado propósito evitaba toda charla sobre el pasado colombiano. ¡Cómo contrasta este proceder de la Quiteña con sus confidencias a Carlos Holguín! Empero, Palma sí nos sirve para refirmar que Manuelita Sáenz nació en Quito, siendo auténticamente quiteña, caso de que no hubiera oposición... Rastreador de la Historia como era Don Ricardo Palma, hubiérase engallado en denunciar nacionalidades, pero no pudo sostener otra cosa, no fué su empeño y lo dice paladinamente. Antes del párrafo citado el señor Palma escribe: "Desde que doña Manuela Sáenz SE ESTABLECIO EN PAITA (subraya G.h.M.), lo que fué en 1850..." (*). Si la Libertadora no hubiera sido quiteña extraña o extranjera en Paita, Palma hubiese empleado las frases: "volvió a su tierra natal", "a su país de origen" o algo de la laya... Tenemos, pues, que Ricardo Palma nos presenta una Manuelita Sáenz tan quiteña que hasta usa "una cómoda hamaca de Guayaquil", por ser este objeto muy solicitado y querido en todo el territorio ecuatoriano, en toda la región quiteña.

Estas aseveraciones sobre el origen y nacionalidad de Manuelita van respaldadas seriamente por cartas de Sucre y de Bolívar a la Quiteña Libertadora. Tengo fe en que ambos guerreros sí sabían cuál ciudad se honrara con el nacimiento de Manuelita. A. J. de Sucre, desde la "Intendencia del Departamento del Sur. —Cuartel General en Quito, a 5 de Noviembre de 1822", rendidamente agradece a Manuelita Sáenz que donara para las tropas de Colombia ocho mulares, y dice: "Los soldados, sobre cuyas fatigas se apoya la libertad de Quito, sienten multiplicar su entusiasmo al contemplar el

^(*) La fecha que Palma consigna para el establecimiento de Manuelita Sáenz en Paita —1850— está equivocada, pues ya en 1841, Manuelita escribía, desde Paita, a su paisano Don Roberto Ascásubi.

patriotismo de las hijas de Ecuador, del que Ud. ha presentado un

testimonio, en su carta de ayer...".

Al recibir Sucre "hijas del Ecuador" y dirigiéndose a Manuela Sáenz de Thorne, el Libertador del Pichincha estaba afirmándole, ratificándole y refrendándole ciudadanía quiteña. Y no se me desopine con que Sucre mal pudiera haber empleado aquello de "ECUADOR", porque esto vino luego de la repartija de Colombia en tres pedazos para cada uno de los relumbrantes sargentones que afrentaran la memoria del Libertador, Padre Infinito. Los ecuatorianos sabemos que en el acta suscrita en 29 de Mayo de 1822, y con la que se incorporaba a Colombia el territorio de la Presidencia de Quito, consta, por primera vez, el nombre de ECUADOR para las comarcas del Reino de Quito. Luego, el 13 del Mayo de 1830, fué acordado el nombre de Ecuador, definitivamente, como se escribe en una acta de la fecha.

Bolívar, el Héroe, el Visionario, el Jesús abanderado de esta América irredenta, sabía que Manuelita era quiteña, por ello, como se imprime en el tomo IV de "CARTAS DEL LIBERTADOR" de Vicente Lecuna, página 80, le escribe desde "Ibarra, 6 de octubre de 1826. Mi encantadora Manuela...!. Estoy tan cansado del viaje y de todas las quejas DE TU TIERRA que no tengo tiempo para escribirte con letras chiquitas y cartas grandotas como tú quieres..." Esta carta, toda de puño y letra del Libertador, comprueba, irrebatiblemente y sin cuestión, que Manuelita, su encantadora Manuelita de Bolívar, había nacido en territorio de Quito, porque Ibarra hasta ahora no se nos ha escurrido del mapa, por ningunos

protocolos, hacia el Norte ni a lindar con el Perú...

Don Vicente Lecuna, probo y ameritado historiador quien, él si, ha hecho de la historia apostolado, como quiere el señor Rodríguez Guerrero, en sus "PAPELES DE MANUELA SAENZ", publicados en el Boletín de la Academia Nacional de la Historia, tomo XXVIII, Nº 112, octubre-diciembre de 1945. Caracas, páginas 507-508, informa que poco después de la ríspida y bustamantesca asonada de Lima en Enero de 1827 — qué año para hervidero de sierpes!— y en la misma que Manuelita Sáenz demostrara su empuje y su valentía quiteños, de fidelidad y de brava lealtad al Libertador, escribe ella al señor Cónsul de Colombia que se halla presa en el convento de Nazarenas, "como prisionera de guerra, o criminal: a la verdad no soy lo último, y no sé por qué motivo pueda ser lo primero". "Hasta ahora no se me ha hecho saber el motivo de mi prisión, ni quién es mi acusador, y la conducta que se observa conmigo es enteramente inquisitorial. Yo hago presente que SOY COLOMBIANA (yo subrayo) y que se falta a las consideraciones y gratitud debidas a esa nación..."

En el último acápite de esta soberbia carta, donde estalla la altivez de la Quiteña y el amor colombiano heridos, expresa... no, ordena Manuela Sáenz: "Mi vindicación es de absoluta necesidad, y permitame V. S. le recuerde, que como agente de la República de Colombia, a V. S. pertenece exigirla, con la energía digna de un representante, y yo protesto, que el resultado de mi causa hará favor ante los hombres que piensan, únicos jueces competentes de quien no tiene más delito que pertenecer a una república que tanto bien ha hecho a la del Perú, f) Manuela Sáenz".

¡Fijémonos un poco en este estilo bolivariano de Manuelita y digamos si ella podía ser una cuasi analfabeta, como muchos escritores la denigran! Si al cónsul le califica de mero agente y no de diplomático como hoy, muchas veces, se confunde... Manuela Sáenz era, ella lo testifica por esta carta y otras suyas, la colaboradora y la inspiradora de la política de Bolívar. Este estilo bolivariano anunciándonos estaba su carta a O'Leary contándole los sucesos del 25 de Septiembre y, sobre todo, en este estilo de la Quiteña Libertadora ya tenemos la entonación justa de su carta extrañándose ella, no como el Cid a cuatro años, sino de por vida, sacrificando el cariño de su patria y de sus amigos, como se levera anteriormente, por soberbio orgullo que no aceptaba limosnas de mandoncillos enemigos del Libertador. Y, más que el énfasis de su carta, en su comunicación al Cónsul de Colombia hay ya el atisbo de lo que será su PROCLAMA que es la más señera nuestra de la dignidad quiteña. ¿Cómo podría expresarse con tanto orgullo y respeto propios, engrandeciendo "a una república que tanto bien ha hecho a la del Perú", una "paiteña", una "peruana"? ¡Jamás! La mujer que conocía perfectamente a los del país de su residencia, a los oriundos de la tierra "del oro y los esclavos", como lo calificara Bolívar; Manuelita, que conocía a los personajillos entonados del Perú de ese entonces, a fe que distinguía con quiénes trataba y cómo había de enviárseles las protestas de la justicia y del decoro colombianos. Manuela Sáenz timbrara en su voz resonancias de Pichincha en las que se pulsaban fuerzas de la misma sangre que asesinaran los de Abascal y los bogotaes a sueldo de virreyes en 1809.

Quien estudie, o simplemente ojee, con ojo avisor, la correspondencia de Manuelita, la Quiteña, publicada en Boletín de la Academia Nacional de Historia, Vol. XXII, Nº 60, de Julio-Diciembre de 1942, Quito, hecha por el general Angel I. Chiriboga N., y el otro Boletín de la misma Academia, Vol. XXVI, Nº 68, de Julio-Diciembre de 1946, esta última publicación respaldada por el Dr. Luis F. Borja, propietario de los originales de puño y letra de Manuelita Sáenz, encontrará abrumadoras pruebas de que esta dama se ciudadaniza quiteña. No por poseer ella varias haciendas en el Reino de Quito podemos suponerla propietaria de esta señera ciudadanía, sino que constátase, palmaria y verídicamente, concluyente y terminantemente, sin ninguna sombra de duda malévola, que Doña Manuela Sáenz y Aizpuru de Bolívar se nombraba paisana de Don Roberto Ascásubi, quien, si no se les antoja disponer otra

cosa a ciertos historiadores, naciera en Quito a principios del siglo XIX. En esta correspondencia auténtica de la Libertadora, vemos que desde Paita, el 11 de Noviembre de 1841, le dice a Ascásubi: 'Mi amigo benefactor y paisano... rogándole continuase sus buenos oficios a favor de una ecuatoriana en desgracia..." Como se ve, Manuelita se filia ecuatoriana, y con mayúscula de orgullo y deferencia. Manuela Sáenz clamaba ante Roberto Ascásubi que efectivara los pagos por sus-haciendas, ganados, etc., que personas ingratas e insolventes, por mala fe, le trataban de jugar sucio en falsa acción. Ella, la Quiteña Libertadora que tuviera en sus manos, no sólo el dinero al que jamás mimó y acrecentó, sino hasta los destinos de Colombia, aquí lloraba a Ascásubi el reclamo de unos pesos para bien de sus orgullosos años ungidos de Bolívar y de Gloria. Pero también Manuelita Sáenz no hubiera fincado su presencia, así en tamaña grandeza de Honra y fulguraciones permanentes de valer, si no hubiera sufrido su vía crucis de Paita. Bolívar y Manuelita, ambos dos pariguales de enaltecimientos y de designios redentores; ella y Bolívar, al final de sus días desvinculáronse de la corteza humana para trocarse, por propios merecimientos y facultades, en la esfera de los mitos y los dioses.

Mas... sigamos con nuevas pruebas en este asunto que, juzgo, ya no quedará en pie... por la verdad que a él se aporta en
esta rectificación sin presunciones. Al mismo Roberto Ascásubi, Manuelita escribe: "Paita a 13 de Marzo de 1851", inquieta por el
porvenir de su Patria Quiteña, ecuatoriana, martirizada de por vida: "Diga si es cierto que La Nueva Granada amaga al Ecuador, y
si quieren repartirse de NUESTRA HERMOSA PATRIA (yo
subrayo) los vecinos. Esto me tiene muy molesta porque soy MAS
QUITEÑA QUE CRISTIANA. Nadie me habla a mí de política
porque en eso no me meto, pero esto me toca tan de cerca que de-

seo saberlo y por una persona como Ud.".

¿Esta angustia y este torcedor patriota de Manuelita no estaba testimoniando y evidenciando su Quiteñidad, sin que nadie ose confundirla ni la tizne? La Verdad es tan meridianamente Quiteña que no hay que esforzarse mucho en comprenderla y, en gracia a ello, yo

no pongo demasiado calor en demostrarla.

Y vamos llegando a los meandros de las "pruebas plenas", si es que las anteriores rectificaciones no bastaren. El señor Ignacio Rodríguez Guerrero aduce que Manuelita Sáenz dice: "He nacido bajo la línea del Ecuador", en donde estriba su despropósito para tildarla de "paiteña". Todas las geografías elementales, ecuatorianas o no, traen en sus textos palabras como éstas: "Quito está directamente bajo el Ecuador"; "Quito situado bajo la Línea Equinoccial". Y autores, ya no de tan primaria enseñanza, consignan: En medio de la zona tórrida, mejor dicho de la Línea Equinoccial, se halla Quito"; "Quito está a 25 kilómetros al Sur de la Línea Equinoccial". Este último dato nos suministra Luciano An-

drade Marín, y un viajero inglés da este otro: "A 25 kms. al Norte de Quito, en la llanura de los cerros "La Marca", se señala un punto de la Línea del Ecuador, en mitad de la Tierra". Todos los libros y revistas más populares que tratan de Quito aseguran que está BAJO LA LÍNEA DEL ECUADOR, y no en ella. De modo que esta es una suspicacia excesivamente sutil del señor Rodríguez y, opino, que no hay que estancarse mucho en desvirtuarla porque quien sabe lo que encontraríamos bajo la rigurosidad de un análisis...

Ahora sí, la "prueba plena". Es menester remarcar la frase de Manuelita Sáenz que Rodríguez Guerrero transcribe, malhadadamente, y es ésta: "El (un periodista) me ha vituperado del modo más bajo, vo le perdono; pero sí le hago una pequeña observación: ¿Por qué llama peruanos a los del Sur y a mi forastera?"... El señor Rodríguez ha suprimido los tres signos de interrogación antes y después de la frase, lo mismo que los suspensivos. Así mismo, el autor de "ESTUDIOS HISTÓRICOS" declara: "El documento público firmado por la propia señora Sáenz en Bogotá, el 20 de junio de 1830"... Efectivamente, es el mismo que yo tengo en copia fidedigna y autenticada del original que se conserva y se exhibe debidamente en el Museo de Arte Colonial de Quito. Ahí, y en todos los libros de Historia que lo insertan, sin daño ni mala intención ni perjuicio para la Quiteña Libertadora, consta en vez de aquella palabreja "PERUANOS" de exclusiva patente y factura del señor Rodríguez Guerrero, el vocablo "HERMANOS", así: "HER-MANOS", que Manuelita ha escrito de este modo: "¿¿¿ Por qué llama hermanos a los del Sur, y a mi FORASTERA??? ... Seré todo lo que quiera: lo que sé es que mi Patria es el continente de la América, he nacido bajo la línea del Ecuador". No se olvide que Manuelita escribía esto en Bogotá, por ello establecía "los del Sur", es decir los de la Presidencia de Quito anexada ya a Colombia. Como expresé, ya el historiador de Pasto señor Rodríguez sostiene que la fecha del documento, al que los quiteños lo conocemos como PROCLAMA DE MANUELA SÁENZ, es de 20 de junio de 1830. Luego no puede ser apócrifo ni el que mienta el señor Lecuna cuando escribe: "Existe otro impreso de texto idéntico, más grande la hoja y en letras más grandes, sin fecha". Pero don Vicente Lecuna ya afirmara: "de texto idéntico". Luego... Ni en el tan socorrido "error tipográfico" puede escudarse el señor Rodríguez, puesto que en el libro citado declara que él mismo ha corregido las pruebas, hasta la página 200... jy esta inserción sobre Manuelita Sáenz se halla en la página 60! Así es que ... no sé cómo calificara esta "prueba plena"... ¡tan plena!...

Pero sí debo manifestar que el amigo Rodríguez Guerrero no debe olvidar que FORASTERA fué el apodo que a Manuelita pusieran los señorones oriundos de Santa Fe de Bogotá, señorones

MANUELITA SAENZ, LA LIBERTADORA, ES QUITEÑA

que a ninguno de los que formaran Colombia y la crearan a fuerza de su sangre y su cerebro los aceptaban como tales, enceguecidos por sus miras caciqueras y minúsculas de regionalismo antivenezolano. Quienes tachaban de FORASTERA a la Libertadora, de "longaniza" al Libertador, y de "trabuco" a Santander, amargaron la vida de esta Dama Quiteña que salvara a Bolívar para magestad de la Gloria, del Holocausto y del crisol del Dolor del que emergió fecundo y reivindicado el pabellón bolivariano que Ecuador, el País de la Linea que divide la Tierra en luz y resplandores, salvara de mancilla cuando Venezuela y Nueva Granada, ya feudos de la militarada leguleya y troglodita, salpicaron de ignominia el augusto esqueleto del Hombre Bolívar, cuya carne quedara en girones cimentando Libertad en cinco repúblicas y cinco cielos estremecidos de su teogonía inmaculada. Sí, fué Quito, fué el Ecuador la merecedora tierra de Manuelita Sáenz, que con júbilo ostentara: "Soy más quiteña que cristiana", fué ese Ecuador la nación que salvara de salpicaduras de lodo a quien ciñera en sus pulsos las riendas de las cúspides trémulas de génesis, de famas y decencias. Si, el Ecuador ofreciera al Libertador el calor de su suelo para que no tuviera su isla de apartado y desechado, de expulso del seno de su creación. Así el Ecuador, Quito estaba cónsone con la acción preservadora de su hija Manuelita Sáenz allá en el septiembre fraticida. Esto sí que nos reconocen casi todos...

Manuelita Sáenz termina su PROCLAMA, como quien presentara una encendida espada ante lo eterno: "Lo que sé es que mi país es el continente de la América, he nacido bajo la línea del Ecuador". Así, con verdad bolivariana, como quien sabe que fuera ella la aurora del paradigma americano que salió de Quito, de la mitad del Mundo, hacia arriba y hacia abajo, hacia todo lado donde haya hombres capaces de ponerse ante sus ojos la belleza y la virtud civil de una Mujer que supo casar sus emociones, sus ideales y la enaltecida meta de su vida con la del Hombre Integral y me-

ridiano de la América.

¡Salud y Gracia, Manuelita Sáenz

QUITEÑA LIBERTADORA!

Nacionalidad Unica de los Hispanoamericanos

por J. A. Osorio Lizarazo

La inmensa aventura de la conquista española y portuguesa de la mayor parte del mundo nuevo descubierto por Colón estableció para el futuro, de manera inquebrantable, un sentido de unidad en toda la extensión territorial cubierta por la osadía y la voluntad de aquellos hombres indómitos. La fuerza de penetración con que invadían el suelo de América suplantaba las características de la gran raza dispersa que, en distintas etapas de civilización, desde la más primitiva y elemental hasta las prodigiosas culturas de los aztecas y de los incas, poblaban las selvas, los valles y las montañas, e impuso las propias. Todo fué anulado y reemplazado, desde las más arcaicas tradiciones, que sostenían la construcción de los mitos y de las teogonías, hasta la expresividad de la onomántica geográfica y personal. La esencia racial se fusionó en los lugares donde no fué eliminada por la supremacía advenediza, y el hombre americano empezó a adquirir fundamentos para una clasificación étnica especial.

Las prácticas de la colonia acentuaron esa indestructible unidad moral, psicológica y racial de todo el sector continental que fué hispánico. Las divisiones administrativas que se trazaron fueron arbitrarias y carentes de fundamentos efectivos, de suerte que estuvieron inspiradas en un sentido convencional y político sin esencialidad alguna. Las disposiciones de los monarcas o del Consejo de Indias

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no tuvieron otro límite que la extensión de su poderío; y sólo en contadas excepciones, para efectos comerciales, quedaron restringidas a determinadas comarcas o establecimientos portuarios. Toda la América hispana comenzó a unificar su sentimiento, y la tonalidad de sus esperanzas y de su posición ante la vida estuvo identificada. Y de la misma manera que la Cordillera de los Andes parte del extremo confín meridional de la América, arrancando de los mares australes, y enlaza todas las nacionalidades llevando la fecundidad de sus ríos, la variedad de sus climas, la maravillosa diversidad de su topografía, y como una cadena aprisiona la geografía aun a lo largo del istmo de Panamá para llegar hasta México y seguir su rumbo al norte, el pensamiento y la sensibilidad estuvieron perpetuamente entrelazados en una simultaneidad que se extendió hasta la acción.

El espíritu y el anhelo de independencia recorrieron como un terremoto andino todos los países de un solo golpe. Pudiera pensarse que emisarios iluminados con fulgor profético, como Pedro el Ermitaño, recorrieron la totalidad de la América para sembrar su idea emancipadora y para coordinar la acción. Pero no ocurrió así. Los apóstoles brotaron en todas partes al mismo tiempo. Los pueblos, por su propia determinación y sin extrañas influencias. en actos súbitos y unificados, alzaron su tempestuosa determinación de libertad. Entre los años de 1809 y 1810 todas las ciudades de la colonia prorrumpieron en el grito triunfal, sin que la noticia de lo acontecido en las unas influyera en la decisión de las demás, porque estaban separadas por distancias de meses, y porque, aun cuando la sola información hubiera conducido al acto, era indispensable la preexistencia de una aspiración identificada. El proceso de la guerra siguió rutas paralelas, y la sensación de unidad ponía palabras similares en la boca de los dos más grandes capitanes de la libertad: Bolívar y San Martín. Ambos experimentaban la influencia de la unidad absoluta de la América. Pensamientos de solidaridad los movilizaban por igual, sin que hubieran concebido, o discutido, o convenido en sus doctrinas. Para ambos era insuficiente la liberación de las propias patrias y era indispensable hacer extensiva la acción militar y política en todas las direcciones del continente, porque la independencia de un solo país sin la de todos los demás de la América haría la obra infructuosa, o infecunda, o precaria, y por eso expandieron el caudal de su energía. San Martín escalaba los Andes en homérica empresa de Prometeo para llevar la libertad al Pacífico y avanzaba hacia el norte hasta Lima; y simultaneamente, Bolivar cruzaba también los Andes partiendo desde las últimas estribaciones dilatadas hacia oriente y descendia hacia el sur. Y la fuerza y el impetu con que actuaban los dos símbolos más preclaros de la gloria, del espíritu, de la dimensión moral y espiritual de la América, los conducía a Guayaquil, donde debían coordinar mejor su acción y acentuar la expresión de un pensamiento idéntico. Y si los capitanes mestizos que encabezaban las indiadas aztecas no concurrieron a esta cita con el destino, en cambio operaban dentro del sincronismo extraordinario que carac-

terizó a la gran epopeya.

Y no sólo la empresa guerrera en sí misma considerada y en sus fines inmediatos. También la concepción del futuro coincidía maravillosamente en el ánimo de los estadistas iniciales, como si fuera el producto de largas discusiones y no el resultado de un modo de ser, de una manera peculiar de enfrentarse a la vida, que indicaba con precisión la poderosa unidad espiritual de la América. Bajo la inspiración de las inquietudes europeas y de la poderosa herencia colonial, todos pensaron, en un momento dado, en la conformación monárquica de los estados que se plasmaban bajo sus manos, y decidieron más tarde por igual la impracticabilidad de este régimen. Y después, siempre con la misma fuerza previsora, en el norte, en el sur y en el centro de la América hispana se definía y se fortalecía la tendencia republicana y liberal que sobre bases democráticas perdura hasta hoy, con alguna variación en los matices pero sin diferencia alguna en lo esencial.

A lo largo de su existencia independiente todas las naciones americanas han seguido sus caminos paralelos. Una celosa ambición de libertades, una penosa investigación de sus fuerzas para ajustar a ellas la vida común, un choque de pasiones y de ambiciones paralelas, una inquietud de alcanzar la totalidad de un destino que se presiente imposible en el aislamiento y perfecto en la cooperación, han movilizado uniformemente a todas las naciones hispanoamericanas. Y sobre todas ellas, como sobre una gran familia rural, han descendido las mismas vicisitudes y se han extendido idénticas

acechanzas.

También la conformación geográfica de la América hispana es un determinismo de unidad. La simple contemplación del mapa da la sensación de una masa compacta en donde todos los factores son armónicos y coordenados. Los mares se extienden en torno abriendo sus rutas indescifrables en todas las direcciones de la rosa de los vientos. Y a las playas descienden, desde lo alto de los imponentes Andes tendidos a lo largo, largas corrientes fluviales, los clásicos "caminos que andan" por donde transitan los productos de una insaciable actividad y de una opulenta abundancia. En la extensión compacta, de pronto se abren los penetrantes estuarios de estos grandes ríos para recibir y transmitir, en correcta y proporcional distribución, los signos intercambiados de la vida exterior y de la vida interior. En lo profundo de la tierra, bajo las imponentes contracciones geológicas de mil milenios, los metales, los combustibles, los elementos químicos de una poderosa civilización se distribuyeron con una profusión armoniosa, metódicamente esparcidos en los distintos sectores del continente, como si la naturaleza, en aquellas convulsiones creativas, hubiera previsto la aparición de un gran pueblo fraterno que ocuparía los ámbitos del territorio que extraía del piélago y lo hubiera dispuesto todo para la recíproca cooperación de su intensa vitalidad humana. La extraordinaria fertilidad de las pampas argentinas, oro, platino y carbón en las montañas colombianas, petróleo en las llanuras venezolanas, estaño en los altiplanos de Bolivia, hierro y carbón bajo las selvas brasileras, cobre y salitre en Chile, plata y cobre en el Perú, todo abundante, inagotable, convocando a la cooperación y al intercambio para el beneficio colectivo de un gran pueblo único.

En la longitud de la masa geográfica las características climatológicas de la semiesfera terrestre, del ecuador al polo, acumulan todas las posibilidades de la fauna y de la flora. Bajo los ardorosos soles intertropicales una espléndida vegetación, que lo invade y lo aprisiona todo, ofrece frutos de imposible cultivo en las zonas inferiores, las cuales compensan esta insuficiencia con la perfecta aclimatación y la capacidad de perfeccionar las más nobles categorías de la fauna para que el intercambio implicase la abundancia

de todos los placeres hasta la prodigalidad.

Todo: antecedentes históricos, geología, realidades geográficas, climas, converge hacia la existencia de una poderosa unidad que los hombres se obstinan en destruir. Fuerzas extrañas al destino de este pueblo único, interferencias en su conformación política, inquietudes que se incrustaron artificialmente por la influencia de ajenos intereses, o por la incomprensión de elementos decisivos que burlaron el instinto perfecto de los pueblos, crearon un sentimiento de estado y de nacionalidad que constituía un reflejo de Europa, donde centurias de conflicto y de intransigencia racial establecieron una heterogeneidad cuya condición irreconciliable cristaliza en el cauce sangriento de las guerras. Razas disímiles, con opuesto sentido de la vida, con diversos elementos psicológicos y sentimentales que han exasperado el caudal de su egoísmo y la ambición de sus privilegios, con antecedentes palpitantes desde la prehistoria, constituyeron naciones delimitadas en todos los aspectos de la materia y del espíritu y crearon doctrinas internacionales proporcionadas a su hecho y a su realidad. Y los estadistas americanos que sucedieron a los próceres, y cuyas mentes no estuvieron tan claramente iluminadas como las de los hombres excepcionales, adoptaron para la América los principios que señalaban la existencia de grandes grupos incongruentes y procuraron imprimir a los países fraternos un sentimiento de nacionalidad que no correspondía ni a la verdad geográfica, étnica e histórica, ni al instinto elemental del pueblo hispanoamericano que tiende a su unificación por encima de las transitorias diferencias que provienen de un concepto artificial y

teórico. Surgió así la inquietud de las fronteras y la exactitud en la delimitación, convirtiendo diminutos y accidentales episodios de la conquista y de la colonia en fuentes inextinguibles de derecho, creando suspicacias y recelos contra tendencias usurpadoras y fortaleciendo un exasperado criterio de soberanía, que no debería estar fraccionado en una serie de pequeños estados sino latente, enérgico e inexorable en una grandiosa e intocable unidad moral. Y sobrevinieron en seguida, como consecuencia de ello, el concepto de extranjería entre las gentes que no tienen ninguna causal de alejamiento o de discriminación y las medidas precaucionales que adoptaron los países europeos, en perpetua amenaza de invasión militar, que en la América hispana carecen de razón y de fundamento intrínsecos y que han surgido precisamente como consecuencia de esta actitud desconfiada. Y también, acuciadas por el interés fiscal, la rigidez de las restricciones aduaneras, que impidieron el libre intercambio de los productos, alzaron murallas contra la cooperación económica y circundaron de inaccesibilidad las fuentes de riqueza que deberían ser de propiedad común porque así lo habían dispuesto la geografía, la geología, la historia y la identidad de los destinos.

El espíritu popular contradice sin embargo en todas las oporrunidades la ficción de la diversidad de las naciones latinoamericanas. El espíritu popular se mueve dentro de un ambiente de fraternidad sin restricciones, y a pesar de los elementos disociadores no ha afectado la diafanidad de su instinto. El pueblo americano actúa con la subconciencia de que es una unidad y que nada lo separa ni lo divide en las convencionales fronteras. No experimenta la sensación de extranjería acerca de sus hermanos hispanoamericanos, sino el amoroso impetu doméstico de la patriarcal hospitalidad de los ancestros. Y este afecto cordial subsiste a pesar de que, en virtud del artificio que se ha incorporado en las Constituciones y en la urdimbre de las legislaciones nacionales, los gobiernos mantengan la celosa guarnición de las fronteras, la muralla de las limitaciones aduaneras y la restricción de extranjería para los compatriotas de nuestra América, a quienes se exigen pasaportes, papeles burocráticos, límites de permanencia, condiciones de radicación y de entrada en la misma medida que a los habitantes de países que en realidad no sólo no están ligados por ningún vínculo a los nuestros, sino que mantienen una tradición de absorción y de dominio.

La espontánea fraternidad del pueblo hispanoamericano se sobrepone a veces a los prejuicios que ha creado el distanciamiento de las instituciones. En la inconciencia de cuantos actúan en nombre del pueblo palpita la sensación de la unidad que se revela en cuanto la conciencia de los estadistas descuida la guardia del recelo aduanero y del concepto artificial de nacionalidad, porque ellos

son también parte del mismo pueblo. Y esto ha ocurrido en múltiples oportunidades y habrá de cumplirse en un futuro indescifrable, porque no hay artificios ni conveniencia temporal que puedan apartar de su destino de grandeza o de decadencia a los grandes conglomerados humanos. Y como nosotros apenas comenzamos nuestra historia, el nuestro es de grandeza y de victoria.

Es acaso en Colombia donde este espíritu de unidad hispanoamericana ha estado más despierto y vigoroso. Ciertamente, en la acción policiva las restricciones de extranjería se extienden por igual a los nacionales de todos los países. Pero desde la Constitución dictada en 1886, en momentos en que se operaba un cambio fundamental en el proceso histórico del país, quedó ampliamente abierta la posible ciudadanía única de Hispanoamérica. Al definir en su artículo octavo la nacionalidad colombiana de los habitantes dice:

"Son nacionales colombianos: . . . 2º . . Los que siendo hijos de padre o madre naturales de Colombia y habiendo nacido en el extranjero se domiciliaren en la República; y cualesquiera hispanoamericanos que ante la Municipalidad del lugar donde se establecieren pidan ser inscritos como colombianos".

Con esta disposición los hispanoamericanos quedaban en una situación preferencial respecto de los demás extranjeros, los que debían cumplir una serie de trámites para obtener la carta de ciudadanía que le podía ser negada por múltiples motivos; en tanto que a los hispanoamericanos les bastaba solamente manifestar su deseo de inscribirse como nacionales, y no estaban obligados ni siquiera a dirigirse a una autoridad distinguida ni a la Cancillería, sino a la más insignificante repartición municipal.

Esta Constitución fué parcialmente reformada en varias ocasiones. En 1936 sufrió una modificación más fundamental, en lo relativo a la orientación general del estado, pero la condición preferencial de los hispanoamericanos subsistió con la única alteración de quedar expresamente incluídos en este beneficio los brasileños. Empero, esta incorporación es absolutamente superflua, por cuanto éstos se encuentran naturalmente incluídos en la clasificación de hispanoamericanismo, ora porque no existen diferencias esenciales entre España y Portugal, ya porque forman la misma raza, ya también porque en un tiempo constituyeron una sola nación y sus desavenencias fueron siempre exclusivamente de organización política. Si los brasileños pudieran separarse de los hispanoamericanos también podrían especificarse las procedencias de las distintas provincias españolas, como los vascos, los catalanes o los andaluces. De ahí que la reforma colombiana de 1936 sea extemporánea y superflua. Pero ahora no se trata de afirmar la hispanidad de los brasileños, que es una consecuencia de lógica natural, sino de comprobar la existencia de una inminente posibilidad de nacionalidad única para los hispanoamericanos.

Venezuela, por causa de su intimidad política, ha vivido siempre más intensamente la vida interior que la exterior. Y sólo hasta 1946, cuando una Asamblea Constituyente que laboró durante cerca de un año expidió una Constitución totalmente distinta de todas las que la habían precedido, conservando sólo la apariencia federalista que no ha existido nunca sino en teoría, puede decirse que se inició una vida normal que tuvo escasa duración. En aquella carta fundamental se incorporó la situación preferencial para los latinoamericanos, y se hizo extensiva a los españoles ensanchando así el radio de nacionalidad en proporciones que podrían ser motivo de más amplia discusión. El artículo 12 de la Constitución expresa así: "Son venezolanos por naturalización: . . . Los naturales de España o de alguno de los Estados latinoamericanos que estén domiciliados en el país y manifiesten su voluntad de ser venezolanos."

En la misma Constitución se expresó más enfáticamente el espíritu de la nacionalidad única hispanoamericana, cuando se agregó al mencionado artículo 12 un parágrafo que dice: "A base de una reciprocidad internacional efectiva, establecida mediante tratados, estos oriundos de España y repúblicas latinoamericanas podrán obtener la nacionalidad venezolana sin que pierdan o modifiquen su nacionalidad de origen".

En otros países se han adoptado medidas similares. La iniciativa venezolana de tratados de reciprocidad está palpitante en el ánimo, pero no se ha puesto en marcha. Los pueblos lo desean sinceramente y asumen una actitud que lo comprueba. Pero la existencia de altísimos obstáculos, especialmente prejuicios de carácter jurídico o internacional y la adopción de estatutos y doctrinas europeos, ha detenido la efectividad de una medida que implicará la aparición de un nueva era en la unificación de América, que tendrá que verificarse alguna vez aun cuando sea indispensable el transcurso de más de una generación. Pero América no podrá sustraerse a su destino de unidad, indisolubilidad y cooperación efectivas, y la abolición de las limitaciones de extranjería para los habitantes de los estados fraternos constituirá el paso decisivo.

Destino y Gravitación de América

por Julio C. Vignale

Los acontecimientos que se están registrando en el continente europeo, así como los complejos problemas planteados entre las potencias occidentales y la Unión Soviética, realizan una singular siembra de alarmas que, lógicamente, hace sentir su poderosa influencia en el espíritu de los que —aun a la distancia— experimentamos de una forma u otra las consecuencias de esa lucha sorda, prolongada e intensa que parece amenazarnos con una nueva crisis de derivaciones insospechadas.

Y es precisamente en momentos tan cruciales para el destino de la civilización que debemos tener conciencia exacta de lo que América hispana puede significar como factor determinante de una esperanza sólida si resolviera colocarse como elemento de avanzada de un vasto movimiento orientado a preservar al mundo de nuevos desgarramientos, cuyas proyecciones y contenido pudieran determinar el más tremendo caos en el seno de la sociedad humana que parece advertir, ya, los primeros síntomas del desmoronamiento de sus más firmes valores morales.

Tiene ciertamente nuestra América la fuerza espiritual indispensable para poder señalar rumbos e imponer normas jurídicas, obligando a un alto en esa enconada lucha de intereses encontrados que se mueven a impulsos que se orientan hacia un propósito indisimulado de sobreponerse los unos sobre los otros, situación que es el origen del lógico desencanto y descreimiento de los pueblos que, con verdadero terror, parecen vislumbrar la tercera tragedia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.comlar

Por eso mismo estimamos necesario que pueblos y gobernantes procuren el afianzamiento de los viejos vínculos de sangre, de tradición y de raza que les brindarían la cohesión imprescindible para imponer los claros principios de solidaridad, de amplia confraternidad, de libertad, de derecho y de justicia, que son los que sirvieron a esta América de profundo entronque hispano para estructurar un orden social y político exento de esos múltiples factores que ofician permanentemente de agentes activos en la perturbación del bienestar común.

Nuestros pueblos —salvo episodios accidentales y a los que no siempre fueron ajenas intervenciones más o menos disfrazadas de elementos foráneos— han aprendido a conocer los inmensos beneficios de la paz afianzada sobre la base del respeto que entre sí se deben los que han podido comprender el valor auténtico de la libertad, de la democracia, y, en consecuencia, de los derechos humanos.

No hemos aprovechado de los postulados democráticos para desarrollar en grande o pequeña escala un plan de especulación demagógica o de industrialización política, sino que, desde los albores del movimiento emancipador, supimos comprenderlos y apreciarlos en su dimensión exacta, estructurando en consecuencia un régimen de convivencia en el que no pudieron encontrar clima favorable los prejuicios de raza, los antagonismos de clases, ni la influencia de situaciones surgidas en el choque permanente de intereses antagónicos.

Aislada y colectivamente proclamamos — y hemos cumplido una política de auténtica solidaridad, que únicamente podría ser resistida — fuera de nuestras amplias fronteras geográficas — por aquellos que experimentan con mayor intensidad la influencia de sus unilaterales intereses y conveniencias más o menos legítimos, que la del clamor de un mundo que, presa del miedo, pide paz, se-

guridad y justicia.

Si en no muy lejanas asambleas internacionales las delegaciones sudamericanas supieron exponer los lineamientos de una firme política orientada hacia la consagración de una efectiva y franca confraternización universal y de exacta comprensión de los problemas básicos, cabe alentar la suprema esperanza de que nuestro conglomerado de pueblos pueda constituirse en la tercera fuerza, que, equidistante de toda concepción imperialista, sea capaz de ofrecer soluciones definitivas, haciendo pesar para ello su acervo anímico y material.

La obligación ineludible del momento es imponerle a los güelfos y gibelinos del mundo actual, los postulados que han servido para la estructuración y mantenimiento de nuestra grandeza, fórmula que conceptuamos la única viable para eliminar esa aguda propensión a sojuzgar pueblos mediante intervencionismos bien o mal disimulados o las presiones de carácter económico, cuyo éxito constituirá la consagración de ambiciones subalternas y mezquinas

y el entronizamiento de una política que jamás podría proporcionar al mundo la paz y tranquilidad que clamorosamente está exigiendo.

No podemos ni debemos permanecer indiferentes ante lo que la realidad de una lucha tremenda nos está mostrando cada día, porque va en ello nuestra propia seguridad.

Advertimos que aquellos que dijeron luchar por un ideal acentúan hoy sus diferencias, ahondan sus problemas políticos y dan al mundo la desagradable sorpresa de una guerra fría y permanente que está en proceso de agudización y que nos va envolviendo en la sutil red tejida por una diplomacia que se respalda en la potencialidad económico-financiera y que va agrupando pueblos en un desesperado esfuerzo tendiente a equilibrar posibilidades, con lo que nos aproxima a la crisis.

Frente a esa tremenda realidad, nuestra posición no puede ni debe ser otra que la de propender al afianzamiento de los grandes principios sobre los cuales ha de asentarse la leal colaboración de una sociedad que advierte el peligro de un total resquebrajamiento.

Nuestro esfuerzo debe tender, necesariamente, a que América hispana cumpla su destino y gravite con todo el peso de su enorme acervo espiritual y potencial económico en esa lucha en que vemos empeñados a los grupos de izquierda y de derecha.

Creamos de una buena vez en lo que tantas veces nuestra América ha proclamado y que nos refirma en la ya arraigada convicción de que en sus diáfanos ideales está el secreto de esa pacificación universal que los imperialismos parecen esforzarse en aniquilar.

Dejemos de supeditar nuestros pronunciamientos a lo que puedan pretender dictarnos los que aún no quieren convencerse de que los pueblos hispanoamericanos han alcanzado la mayoría de edad. y actuemos con la firmeza y decisión de que podemos sentirnos capaces, buscando el señalamiento de rutas amplias que puedan llevar al mundo por una era de paz y de confraternización.

Tengamos conciencia de lo que somos y de lo que representamos, y, en consecuencia, busquemos la cohesión que habrá de permitirnos actuar por nosotros mismos abandonando el rol de satélites que graciosamente se nos ha asignado en una absurda subestimación de nuestros auténticos valores.

No olvidemos que nuestras pequeñas diferencias —generosamente estimuladas por los que no se resignan a reconocernos en lo que valemos y representamos— pueden gravitar seriamente en la sólida unidad de la América hispana y que, resquebrajado ese frente común, no sólo seremos incapaces de ofrecer al mundo convulsionado el aporte que necesita, sino que tampoco podríamos ser útiles a nosotros mismos, brindando a los que nos acechan la preciosa oportunidad de ver facilitados sus designios.

Pero, Viernes Sueña...

Tan sólo mediante adecuada distribución de un complejo sistema de aduanas es posible colonizar con provecho. La nación colonizadora infunde en sus adalides el afán de imaginar esclusas, que hagan posible la retención y la administración de los productos necesarios para el territorio sometido y de los que requisará como trueque.

El colonizador llevaba —con su mal gálico reglamentario—, la aduana futura. Vehículos de ella fueron sin saberlo, Pedro de Mendoza, Hernán Cortés, Pizarro, etc.

Nada deberá filtrarse por las fronteras de la comarca sometida. En ello halló su origen arrevesado sistema administrativo. Gentes con casco de corcho, generalmente rubias, fueron las encargadas de la ímproba tarea de organizar oficinas. Nacidas por cierto en los lugares menos adecuados y cuyos creadores fueron, sin duda alguna, los héroes de la burocracia.

Sus restos, cuando se descubran alguna vez, darán origen a la mitología del comercio. Se hallará un esqueleto gigantesco, con la rótula del tamaño de un escudo, tal como era la de Ayax, de acuerdo con Herodoto.

Mas, los países colonizadores y las mujeres enamoradas, no pueden constituir aduanas para los sueños. Los sueños se evaden por las fronteras inevitablemente, pues un país sojuzgado es un país dormido.

¡Cuidado con que despierte!

Se impone, por lo tanto, la creación de aduanas para los sueños.

Atéhivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Así hablaban —en la intimidad, se entiende—, Rudyard Kipling y el coronel Lawrence.

* * *

La idea es menos peregrina de lo que parece a primera vista. La única manera de penetrar en su sentido y comprender la estructura de lo desmesurado es reduciéndola a lo personal. Del macro al microcosmos. En el hombre todo se halla, pues es la tabla de reducción más perfecta. Bien, ¿mas cómo apresar un hombre?

Si nos limitáramos a nuestra propia experiencia correríamos el riesgo de extraviarnos por los fáciles caminos del deleite. Por añadidura, hállase inmerso el hombre dentro de una cambiante realidad que lo confunde, extravía y desvirtúa. El estado de sueño y de vigilia mézclanse en él o se superponen, hasta el punto de que nunca terminará de saber si lo que llama viviente realidad es el sueño de un sueño.

Entonces, y para no extraviarnos, examinaremos un durmiente. Y el durmiente, en nuestro caso, será Robinson Crusoe.

La aventura de Robinson, grata en la actualidad a las mentes infantiles, preocupó en su tiempo. Perdura la letra; se esfumó el espíritu. Robinson inquietó mentes lúcidas. Fué, en días remotos,

paradigma del hombre. Así, en genérico.

Un ser humano naufraga en tierra desconocida. Se dispone, tras pensarla desierta, a reconstituir el mundo. Preocúpase, tal como es de presumir, por el calendario. Medita, recuerda, calcula... Busca, por así decirlo, en los aires, el matiz peculiar de cada día. Helo, ya, en el tiempo. La soledad lo intimida, su propia voz lo atemoriza. Mediante el papayago apercíbese, al fin, en su insubstituible realidad de persona. Dialoga. Propónese, entonces, domeñar la naturaleza circundante, transformarla en su esclava. Reinicia, lenta y trabajosamente, el camino de la humanidad, de la que propónese ser el compendio. Crea el arma, su mano acrecentada. Helo, pues, dueño del espacio. Concita las potencias evasivas del fuego. Y, por fin, sueña...

O, para mejor decirlo, todo él, su ser y su actuar, es el producto de un sueño. Tan tiránico y tan impuesto por su creador, Daniel de Foe debió distribuir en torno de la isla donde residía su engendro, carteles que dijeran así:

"¡Prohibido naufragar!..."

Hubiera bastado con que otra persona desembarcara en la isla para que dejara de existir Robinson Crusoe.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com!ar

Pero de Foe no pudo impedir que Robinson soñara...

* * *

Convendría sintetizar lo anteriormente expuesto para no extraviarnos. De Foe quizo reconstituir, para uso de sus contemporáneos, la historia de la humanidad. Elegida la tierra virgen —nada impide creerla recien nacida— tomábase un ser humano y se lo

abandonaba a sus propias fuerzas.

Ese ser solitario, sin quererlo ni proponérselo, tomaría posesión paulatina de la comarca, juzgándola, tan sólo, como medio para lograr sus fines personales. Desdeñaría todo aquello que no hubiera sido descubierto por sus antepasados. Eso es, al fin y al cabo, un colonizador. Vería, en el árbol, la madera utilizable. En la piedra, el arma arrojadiza. En el pedernal, la chispa escondida.

Robinson estaba condenado por su autor a reinventar, no a

crear y menos a comprender.

Mas, ese sueño de Daniel de Foe que fué Robinson, se puso a soñar por su cuenta.

Y ya tenemos a Viernes.

Viernes era, comparándolo con Robinson, un ser situado en lo más bajo de la escala humana. Hubo que enseñarle todo. A servirse de la naturaleza; a pensar, por así decirlo. Su única virtualidad, más aún, la fuerza predominante que ejercitaría en lo sucesivo, residía en el hecho de que él era el verdadero habitante de la isla desierta.

Robinson, inmenso en el sueño de esa tierra recien amane-

cida, sería, desde ese momento, el advenedizo.

Claro está que Crusoe ejercía extraordinaria influencia sobre ese ser primitivo, ansioso por ser un vasallo. Todo podía Robinson ante Viernes: hasta exigirle la vida si lo juzgaba adecuado.

Pero, ¿cómo impedirle a Viernes soñar a su vez?

k ak 4

Tocamos la médula del relato. Su viviente y estremecida médula. Daniel de Foe sueña a Robinson. Robinson sueña a Viernes. Ya está de pie, erguido sobre su territorio. Rinde pleitesía y acatamiento. Si una dinámica lo impulsa es la de la gratitud. Contempla a Robinson como a la idea clarificada y sin poso de su inasible perfección. Mas —y de improviso—, sueña a su vez.

El sueño de Viernes es gracioso, quizá grotesco. Vese, sobre

el pulido espejo del mar, naciendo.

Mas, no es él quien nace, sino un Viernes parecido y diverso como el día siguiente. Un Viernes que pisa la tierra soñada, para siempre suya . . .

¿Y Robinson?... Pues, se niega a dormir, desencaja los ojos;

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

clama. Dormiría, unicamente, si pudiera soñar que Viernes no existe.

Ya llegan los aduaneros para los sueños. Fundan esclusas para insomnes. Cámbianle el nombre a Viernes para que se crea hermano de Robinson. Y logran a veces persuadirlo, mas, apenas distráense los aduaneros de los sueños, Viernes, sin quererlo, inopinadamente, se ve surgir del mar triste como un cristal despulido, se contempla avanzando sobre la playa hacia Robinson que lo mira aterrado y se oye decirle con voz meliflua e irrebatible:

-Soy Viernes y eres bienvenido a mi tierra... Pero, ¿quién

eres tú?...

Cultura y Personalidad, en el Concepto de Ralph Linton

La ilusión en el progreso gradual e indefinido de la historia sustentada por el siglo XVIII paulatinamente se ha desvanecido en la creencia colectiva y en la experiencia personal. El dogma de la razón, que como principio rector del acontecer humano constituyera el racionalismo —antidogmático por principio— se ha derrumbado. Y sobre sus ruinas se extiende un sentimiento universal de escepticismos, dudas y desalientos, que problematizan del modo más radical el sentido de la cultura, de la existencia y del hombre, eterno objeto y sujeto del pensar filosófico.

Todo ello ha provocado una crisis de fundamentos en las ciencias que procuran interpretar al espíritu humano en su libertad creadora, en su entidad histórica y en su coexistir social, señalándoles a los investigadores como imperativo metódico la urgencia de rever las teorías clásicas, los principios añejos, el instrumental de labor y, prevalentemente, elucidar qué son el hombre —de "carne y hueso"—, la sociedad y la cultura, y si son realidades di-

versas o aspectos de una idéntica realidad.

El análisis de esta vexata quaestio no puede ni debe ser considerado patrimonio de ninguna ciencia particular, de ninguna creencia o disciplina. Aquel pensamiento de la centuria pasada, que con tenaz exclusivismo pretendió atraerla y subsumirla integramente en su esfera, ha pagado tributo de intruso con su esterilidad para resolver el problema en sus dimensiones profundas y totales. Los esfuerzos realizados y las soluciones propuestas acreditaron parcialidad y esquematismo; y en todas transparece la visión de un objeto mutilado en sus proyecciones más valiosas.

Parecería que ha correspondido a la generación de estudiosos de este siglo acordar a todas estas meditaciones un timbre de penetrantes incitaciones, y una conceptuación que nos des-cubre y aproxima el sentido de la humanidad del hombre, reencontrándolo cada

vez más en el laberinto de sus últimos interrogantes.

Sin desconocer la esencia falible de la nueva orientación doctrinaria y su posible perfectibilidad en el futuro, consideramos que uno de sus principios es definitivo. Pues, para nosotros, es firme e indudable que todo criterio unilateral podrán ser certero, pero dentro de sus ceñidos límites; que el pensamiento de una ciencia particular incluirá verdad, pero nunca será completo.

Aceptadas estas premisas debe inferirse que el quehacer científico no puede realizarse en compartimientos estancos, pues la unidad que impone la materia de estudio determina una interdependencia en las reflexiones y exige una acción conjunta de todos los que deseen comprender al hombre como protagonista de la histo-

ria y hacedor de la cultura.

Precisamente nos interesa destacar hoy el imperio de esa tesis en el dominio intelectual exponiendo -aunque en forma por demás sucinta— los argumentos aducidos por el eminente sociólogo Ralph Linton en la obra "Cultura y Personalidad" que publicara la ágil editorial mejicana, Fondo de Cultura Económica. Aunque la aparición de este compendioso estudio data ya de algún tiempo, por motivos plurales creemos recomendable su lectura. Es de lamentar que aún, al través de periódicos, libros, conferencias y cátedras, se otorgue supervivencia a teorías arcaicas sobre la esencia de lo psicológico y de lo social -p. ej. al "fisicalismo" y al "organicismo"—, con ignorancia de mucho pensamiento moderno que yace en el anónimo, inutilizado todavía para la vida práctica del hombre y de la sociedad. Nadie, indudablemente, niega hoy que la experiencia sobre lo humano es experiencia cultural y no natural, pero sólo por excepción se construyen las ciencias sociales con métodos y conceptos adecuados a la nueva noción. La conquista más significativa obtenida por el hombre actual -el del último tercio del siglo XIX y el del siglo XX— es el conocimiento de la existencia de la cultura.

"Se ha dicho que lo último que descubriría un habitante de las profundidades del mar fuera, tal vez, precisamente el agua. Sólo llegaría a tener una conciencia de la existencia de ésta si algún accidente lo llevara a la superficie y lo pusiera en contacto con la atmósfera". Así le ha pasado al hombre con respecto a la cultura,

que no es más que su espíritu objetivado como costumbre, moral, derecho, arte, ciencia, religión. Pese a que vivía inmergido en el seno de un medio cultural —medio por él creado— no había sabido encontrar-se, ni intuir la imagen de su propio espíritu en todas esas creaciones que perduran por sobre la huella efímera de su vida meramente biológica y social.

Ralph Linton, en una serie de conferencias de breve extensión y profundo contenido, registra precisamente esa nueva visión y los más recientes progresos obtenidos en los difíciles campos de la psicología de la personalidad, de la sociología y de la antro-

pología cultural.

La contribución de la psicología consiste en las conclusiones extraídas de las "pruebas" o "tests" orientados a obtener un conocimiento preciso dé la configuración de la personalidad. Es mucho lo que debe esperarse de esta labor, como asimismo de las investigaciones que realizan los psicoanalistas en las enigmáticas regiones del subconsciente. Y pese al señalado margen de subjetivismo que incluyen esas indagaciones los resultados extraídos constituirán elementos imprescindibles para las futuras experiencias.

Al parecer han podido comprobarse científicamente una serie de motivaciones que, paralelamente con las de orden fisiológico, regulan las actitudes individuales. Las necesidades características del ente humano sobrepasan en mucho las de cualquier especie animal. A las muy imperiosas de la alimentación, del sueño y de la satisfacción sexual (que también tienen en él peculiaridades, pues su refinamiento cultural le determina a satisfacer esos "apetitos" de un modo asaz antinatural) deben añadirse las denominadas por Linton "necesidades psíquicas", las cuales se presentan como una constante esencial en cada uno de nosotros.

Dentro de esos factores psíquicos —que tendrían casi un carácter "semiinstintivo" en nuestra civilización— se destaca, en la obra comentada, aquel que determina en cada persona la necesidad de una respuesta emotiva de sus semejantes, de sus co-existentes.

No es una respuesta común sino del tipo afectivo. El individuo entabla relaciones formales con sus semejantes. Pero esas respuestas de carácter formal dejan intacta esa región del ser que el individuo necesita integrar de contenido afectivo. La insatisfacción que provoca la carencia de respuestas emotivas es lo que según aquellas tesis nos sume en la más profunda soledad aun cuando nos hallemos en medio de la urbe bulliciosa o perdidos en el gentío de cualquier espectáculo popular.

Pero no menos importante que la "respuesta emotiva" es la apetencia psíquica que puede tipificarse como deseo de "seguridad permanente". El hombre, inmerso en un mundo temporal, observa con ojos azorados la fluencia constante de las cosas, y la angustia que lo embarga frente a un futuro incierto que no deja de actua-

lizarse en su ser le impulsa a lograr un quehacer, una orientación de vida donde posea un relativo estado de certidumbre y bienestar. (Recuérdese que el estado de "inseguridad colectiva" ha sido considerado, por la mayoría de los sociólogos, como una de las causas determinantes de los conflictos bélicos nacionales e internacionales.)

Es interesante correlacionar esa experiencia de la subjetividad, donde se revela el deseo de "seguridad permanente", con las observaciones que la objetividad de lo social posibilita, y de las cuales puede concluirse que hay una determinación positiva del mundo exterior —política, economía, etc.— en la intimidad psíquica.

Se ha comprobado que la conducta del sujeto se halla efectivamente influída por el caudal de su experiencia, la que deriva, primariamente, de las imposiciones del medio. Este medio, dentro de la concepción moderna, no significa, claro está, medio natural, pues la gravitación de éste en un proceso avanzado de civilización es insignificante. Es el medio "humano" (social) lo que separa progresivamente al hombre de la naturaleza, lo que lo desvincula de sus instancias primarias y elementales, y lo que le permite encontrarse en una segunda "natura" (civilización) de la cual él es su artífice, aunque a la vez sea por ella modelado.

Al señalar la importancia que tiene la "sociedad" como factor formativo en la personalidad no se intenta negar lo que el individuo es en sí y que lo caracteriza como tal. Se acepta que en ningún momento deja de ser ente distinto, con notas esenciales de temporalidad y trascendencia, pero también se afirma que la explicitación de sus aptitudes individuales se halla condicionada, preponderantemente, por la posición social (quien trabaje veinte años en oficios "manuales" tendrá, generalmente, menor posibilidad de desarrollar sus aptitudes "emocionales", que aquel que haya profesado en carrera eclesiástica durante ese mismo lapso).

De conformidad con lo expresado afirmamos, reiterando, que cada uno de nosotros está condicionado por la particular posición que tiene frente a aquellos con los cuales conforma el objeto que se denomina sociedad. No obstante, más que ese carácter común que desde lo exterior se nos impone, interesa conocer el atributo distintivo, único y diverso que cada uno de nosotros posee.

Sólo con ese conocimiento se tornará aprehensible la esencia de individualidad que —realizada o frustrada— hace de un organismo animal un hombre.

Se aprecia ahora la interdependencia existente entre la psicología de la personalidad y la sociología. La labor específica de esta última debe consistir en el estudio de las formas características que destacan la vida de las diversas sociedades. Pero tal actividad no puede llevarse a cabo sin una insistente referencia a la cultura, a ese imponente monumento levantado a través de los años, que constituye el espíritu objetivo, "provisión de espiritualidad objetivada

por la especie humana en el curso de la historia".

Es menester rigorizar la acepción del vocablo "cultura" olvidando la profana y destacando que designa la configuración de la conducta aprendida y de los resultados de la conducta, cuyos elementos comparten y transmiten los miembros de la sociedad.

El término cultura se refiere a la forma de vida de cualquier sociedad y no simplemente a las zonas que la misma sociedad considera como más elevadas o deseables.

Cuando la cultura se aplica a nuestro modo de vivir nada tiene que ver con el hecho de tocar el piano o vestir bien. Para el sociólogo, esas actividades son simples elementos de la totalidad de nuestra cultura, totalidad que también comprende actividades tan distintas como la de fregar platos o conducir un automóvil pero que, a los fines de los estudios sobre la cultura, son exactamente de la misma categoría que "los más grandes refinamientos de la vida".

Para el sociólogo no existen, pues, sociedades ni individuos que carezcan de cultura. Toda sociedad posee una cultura, por muy sencilla que sea, y todo ser humano es culto en el sentido de que es portador de una u otra cultura.

Estudiar la cultura de una sociedad no es más que estudiar sus "formas" de vida, las formas de vida social (no olvidemos que "sociedad" no es más que un nombre para designar a los individuos co-existiendo, a los individuos en compañía, a los individuos realizando un quehacer compartido).

Enfocando sociológicamente la cuestión podremos comprender en toda su extensión la importancia que reviste la sistematización defendida por Linton. Puesto que una de las tareas primordiales de una ciencia integral ha de ser el hallazgo y patentización de las influencias que los factores socio-ambientales ejercen sobre los estratos más profundos de la personalidad.

La sociedad —como conjunto de individuos que realizan un quehacer común —y la cultura —como producto de ese quehacer—condicionan la personalidad. Esto es incuestionable, pero reiteramos: no obstante la ineludible influencia de lo social en lo psíquico, no obstante la participación que tiene la sociedad en la formación de la personalidad de cada individuo, ya sea por intermedio de sus instituciones (p. ej., escuela) o de sus hombres (p. ej., padres), siempre existe en cada uno de nosotros un principio suficientemente independiente para convertirnos en un ente distinto, único, individual e intipificable bajo las categorías de una especie; (por ejemplo: ningún personaje histórico, como tal, integra o pertenece a alguna especie; por ello precisamente es histórico).

Las reflexiones nos llevan, pues, como último término del

análisis sobre el hombre, la sociedad y la cultura, a lo humano del hombre; a su dimensión más prodigiosa, genuina y privativa.

Con relación a este último objeto, que en definitiva es centro de fundamento y referencia de todas las investigaciones psicológicas, sociológicas y antropológicas, debemos añadir algunas observaciones. Aunque una revisión metódica y exhaustiva es imposible de efectuar sobre la base de una obra tan sintética, hay algo saliente que no puede dejar de advertirse: es la ausencia — mejor dicho, el olvido consciente— de perspectiva filosófica en la visión que sirve de dirección rectora al autor (concuerda éste con la tendencia que parece ser prototípica del pensamiento angloamericano).

En nuestro entender, el concepto de individuo utilizado por Ralph Linton corresponde más al objeto individuo que al objeto persona. El individuo de Ralph Linton carece de ese "horizonte de ultimidades" —preocupaciones que sobre su ser y misión cada uno tiene—, de esa dimensión metafísica que no obstante ser "metafísica" se ofrece como existencia, como dato fenoménico.

En la obra recomendada se ha estudiado al hombre sin esencia axiológica aunque se lo presente realizando valores consuetudinarios o sociales; todo ello no le quita su carácter de ente autómata que realiza valores. Con enfoque semejante —es decir, con un enfoque científico— es imposible aprehender la personalidad más "personal", la esencia de aquellos que, no obstante recibir la influencia del medio social, imponen a éste nuevos valores, renovando las estimativas del devenir humano. No creemos que la ciencia (sociología, psicología o antropología cultural) pueda suplir en el estudio de ese objeto a la filosofía de los valores. Lo contrario es incurrir en un "cientificismo" (tendencia que ocurre cuando la ciencia quiere "hacer" filosofía). Linton no incurre en esta tendencia desnaturalizante del menester científico, pero considera que se debe a una falta de experiencia científica, a una imperfección actual, el hecho de no poder interpretar con precisión la personalidad humana.

Nosotros reputamos que nunca la ciencia podrá integrar por sí sola (aunque los investigadores de las diversas ramas del conocimiento lógico colaboren entre sí) el estudio del hombre, de la sociedad y de la cultura. Porque es indudable que estas realidades—o fragmentos de una idéntica realidad— son algo más que dato "físico", fenoménico, y que ese "plus", si bien no se constituye como momento aparente para el enfoque científico, tiene una presencia virtual en el horizonte emocional del hombre; y es tan decisivo para su existencia que, en algunos casos, anula a todos los factores vitales para convertirse en el único principio que rige su conducta, sus decisiones, su destino.

Linton no concede suficiente importancia a la temporalidad

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.comar

característica del ser humano ni al carácter diverso de sus momentos pasado-presente-futuro.

Tenemos para nosotros que el "futuro", momento temporal aun no realizado, posee, no obstante su "irrealidad", carácter de dimensión esencial en todo hombre, constituyéndose en fuente de inagotable motivación para sus actitudes, y creemos también que esa dimensión virtual no puede ser conocida científicamente.

El pasado —como historia— tampoco posee significación en la tematización efectuada en aquel trabajo. Parecería que para el autor lo histórico se subsume integramente en lo cultural. De este modo cabría preguntar: si la vida humana en un presente viviente, en un presente de creación, no incluye cultura; y si no hay una latitud de lo contemporáneo que es cultura sin ser historia.

Lo observado, más que rectificación, es complementación de la tesis que se sostiene en "Cultura y Personalidad". Estamos de acuerdo con Linton en que, actualmente, "los que investigan la cultura, la sociedad y el individuo y las complejas relaciones reciprocas de estos fenómenos, no son más que exploradores que, como todos ellos, se ven precisados a trabajar con métodos toscos y apresurados. Los exploradores únicamente pueden abrir el campo, alentados por la creencia de que en algún sitio de este vasto territorio se encuentra oculto el conocimiento que armará al hombre para la más grande de todas sus victorias: la conquista de sí mismo".

La Realidad Argentina

en el Arte

por Jorge Beristayn



Para el más lego en materia artística, para el más apolítico en cuestiones pedagógicas, o simplemente para el que entorna los ojos frente a la realidad o la mira de soslayo, un arte fundado exclusivamente en abstraccionismos, en dicotomías esotéricas, no puede ni debe ser auspiciado por el comando de gobierno.

Los nexos del arte con la realidad, hoy aparentemente superados por una prédica, o mejor por una polémica filo-abstraccionista, no pueden contar desde el punto de vista epistemológico total, a los efectos del arte producido en determinada latitud, si se prescinde del principio de verosimilitud que rige como denominador común para la mayor parte de las representaciones plásticas. Un retrato que no contenga conexiones de parecido naturalista con el retratado no es un retrato. Puede ser un esquema simbólico, que siempre requerirá el auxilio de una traducción. Otro tanto rige para el paisaje.

La historia del arte y aun la filosofía del arte se resienten en la actualidad de la falta de conexión entre el fenómeno sensible que nos proporciona la naturaleza y su transcripción estético- plástica. París, Berlín, Chicago, Shangai, Benarés, etc., son traducidos en el lenguaje internacional de la pintura con procedimientos que nos dicen a las claras de un afán de internacionalización del arte, proceda este influjo de donde proceda.

No se requiere un esfuerzo mayor para comprender que el aspecto de una comarca, la fisonomía de sus habitantes, las costumbres y las modas, deben incidir poderosamente en la expresión esté-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.con ??ar

tica de cada lugar. Así sucedió siempre o casi siempre cuando los medios técnicos estaban a la par de la capacidad artística de los naturales de un país. La voluntad-aptitud de forma se había superado. Indudablemente, aun en las regiones más favorecidas por aquello que podemos llamar genio artístico, se han producido hiatos en su desarrollo cultural que se transcribieron en las artes gráficas por una suspensión, caída para atrás o sustitución del arte, debido a la interpolación producida por la rebeldía de los elementos más primitivos o salvajes del pueblo o por la interpolación de factores exógenos.

Sin entrar a criticar el advenimiento del arte bizantino, después de la culminación griega, o el románico, debido como es notorio a interferencias orientales, no deja de causar perplejidad que, llegando el arte a una culminación tan señera de la armonía entre la voluntad y la aptitud de forma —culminación que generalmente coincide con el plafond de una cultura—, tengamos el curioso espectáculo de un repentino claudicar, como si las fuerzas que producen la fluxión estética se debilitaran. Desde luego, se trata de una realidad que caracteriza todas las funciones vitales; la parábola del nacimiento, desarrollo, tope y extinción de los fenómenos naturales no tiene excepción. Así es para la vida del hombre, de los demás seres or-

gánicos y aún de los astros.

No sería extraño que el arte, fluxión estética del hombre, posea las mismas características cíclicas. Pero obsérvese bien: la debilitación del arte helénico o el de los cromagnones fué debida al impulso arrollador de fuerzas foráneas; vale decir, que la decrepitud se había enseñoreado de la raza autóctona. Un pueblo fuerte no se deja invadir por el influjo de las culturas exógenas si no está poseido de un mal interno. Más aún; generalmente sucede que el vencedor se asimila la cultura del vencido. Claro está que esto acaece cuando el vencido posee una cultura auténtica. Véase si no el ejemplo de Egipto y China y aún del Indostán. En esta última región la influencia helenística se hace sentir en las esculturas de Gandhara, por ejemplo, aunque con caracteres regionales tan determinados que no implican una claudicación total como fué el caso en el arte de Chichén Itza, del Yucatán, que por influjo de las invasiones del altiplano decayó hasta el extremo de no recordar más el poderoso y puro arte maya de los siglos III al VII.

* * *

¿Qué decir entonces del arte argentino, que se me ocurre comienza con los notables grabados del indio Ipari —ilustrador del famoso libro del Padre Nirembergius editado en las Misiones Jesuíticas— cuando lo vemos claudicar de tanto en tanto debido a los embates del arte que nos llega de ultramar? En todo arte pueden existir posibilidades de enriquecimiento, cuyos mayores aportes se deben a la técnica y a la adaptación del medio, pero siempre que se trate de las formas de arte dirigidas a la representación impresionista de la naturaleza. Al decir representaciones impresionistas nos referimos a la posición realista del arte en oposición a la simbolista, en el sentido que lo conjuga Boas, y desde luego excluyendo todas las falsas connotaciones que generalmente acompañan a esta expresión que por mucho tiempo fué considerada tabú.

La Nación Argentina, en su aspecto físico, nos ofrece la más variada colección de paisajes. Llanuras, montañas, el Delta, el litoral atlántico, la región de los lagos, las selvas y cataratas del norte, los glaciares del sur, el páramo de la travesía puntana, etc. En su territorio se han cobijado los primitivos amerindianos de origen asiático o polinesio, los descendientes de los conquistadores, de los colonizadores y una regular proporción de mestizos de africanos, asiáticos, etc. Nadie podrá afirmar que existe una raza argentina en su sentido antropológico; basta recorrer esa calle tan curiosa que es la calle Corrientes desde el bajo del puerto hasta la calle Canning para encontrarse al paso las más heterogéneas combinaciones humanas. Naturalmente, es dable aceptar que estas combinaciones humanas alberguen memoria e impulsos ancestrales que no es del caso analizar; pero si hemos de creer lo que afirman Gross, Jung y Levy Brhul, el tipo predominante entre los creadores de arte es el extravertido, vale decir, aquel cuyas conexiones con la realidad son inmediatas.

Aceptado eurísticamente lo que antecede tenemos que el más auténtico artista plástico, desde el punto de vista de la realidad nacional, es el que representa con visos de similitud el fenómeno argentino en su doble aspecto geográfico y etnográfico sin descuidar todas aquellas otras manifestaciones de nuestro horizonte cultural. ¿Existe otra postura estética?

Debemos considerar lo que Jung califica de disposición abstrayente. Desde luego, existen temperamentos artísticos con una tendencia manifiesta —debido a su tipología introvertida— a expresar los contenidos de su alma o formas directamente trastrocadas de la naturaleza, de los cuales se ha separado cuanto se considera inconveniente por lo que se refiere a su significación, sin tener en cuenta que lo obstracto, en el sentido de singular, de incomparable, puede ser un inconveniente para el intuir, sentir o conocer, por lo fragmentario, desde el punto de vista de la percepción (recordemos el hílico, psíquico y pneumático de los gnósticos, etc.) en modos o esquemas simbólicos. La actitud de esta variedad de artistas que, psicológicamente, son una excepción, no puede ser la de rectores de una pedagogía estética para toda la sociedad.

¿Por qué entonces ha existido durante varios lustros manifiesta tendencia a preconizar el arte desconectado de la realidad? Ni la filosofía de la historia del arte, ni la historia del arte, justificarían semejante actitud. Si la aceptamos como racional tendríamos que los valores de las pinturas de Pellegrini, Palliere, Fader, Quirós y otros grandes artistas, en el sentido de sus nexos ónticos con la realidad argentina, serían despreciables si atendemos al principio de contradicción. Pero tampoco puede creerse que deban ser consideradas paradigmas de la argentinidad en forma exclusiva las representaciones de los descendientes de los aborígenes o sus problemáticas mezclas con otras razas no afines, desde que tan argentino es el europeo aclimatado a nuestro horizonte en el transcurso de una o más generaciones, como el de origen mongol o maorí llegado a América hace veinte mil años. Los primeros trascienden de una cultura semejante a la nuestra; los otros han experimentado durante milenios el influjo de organizaciones político-sociales cuyas consecuencias los hace en cierta forma inadaptables al medio hispanoamericano que rige para nosotros por acción teleológica, étnica y

Arrivamos así a la conclusión de que para que el arte de los argentinos pueda valer como tal tiene que programarse con el criterio afín a la representación de nuestra fisonomía geográfica, de la de sus habitantes y, lo que no es menos valioso, sus costumbres. ¿Cuál es el interés sentimental de las pinturas de Pueyrredón, de Vidal o de Fader? Sin duda que con todos los merecimientos debidos no son precisamente ni los alardes técnicos ni la polémica social lo que más nos apasiona de sus obras, mas, ¿quién va a discutir todo el acento de autenticidad argentina atesorado en las pinturas citadas? Alguien podrá afirmar que los factores extraestéticos que encierran en estas consideraciones no pertenecen al clima vanguardista. Razón de más para hacerlos apreciables, desde que el vanguardismo ya cumplió su ciclo.

La realidad ha vuelto a ser considerada, porque no podía eternizarse la esteroagnosis del universo y sus inagotables fuentes de arte. Esto dicho sin pretender entronizar el par sentimental - ingenuo, aunque huyendo de toda formulación lógico-intelectual que

tienda a escindir nuestras impresiones objetivas.

Obra estética es como categoría, en el sentido ontológico, aquella que posee como conexiones no solamente las del orden intuitivo, sino también las que le procura el conocimiento fundado, también rigurosamente, en lo empírico. "Todo conocimiento es sólo un análisis de la experiencia" (Dilthey), y la aspiración máxima de esta filosofía es que esté basada en un complejo psíquico adquirido.

No se puede desmembrar esa realidad fenoménica de sus nexos con lo estético, cualquiera sea el punto de referencia del filósofo, sin atentar contra el principio de totalidad que debe privar en toda

obra de arte. Ergo, ese cuantum vinculado con el paisaje y sus habitantes no es valor puramente extraestético, desde que, como corre-

lato, posee con la realidad la nota común.

Repito que puede admitirse que determinados espíritus se sientan proclives a extraer las más arduas abstracciones de la realidad, unos por afinidad o por afición a desmembrar las formas, otros por tensiones cromáticas particulares (¿sinestesia?); tampoco faltarán quienes tengan motivos inconfesables o mal confesados para expresar sus particulares vivencias y alucinaciones; esto es capítulo aparte. Lo que nos interesa preguntar es: ¿dónde hallar en el arte contemporáneo el variado color de nuestras ciudades, los profundos cielos argentinos, las esmaltadas praderas, la sierra, la montaña, el Delta con sus mil motivos? ¿Dónde se refleja la variada belleza de nuestras mujeres, de los atletas, del labriego y el gaucho? ¿Dónde están las representaciones de sus torneos, de sus fiestas, de sus faenas? ¡Alguien ha visto el reflejo de nuestros salones, domas, yerras, partidos de foot-ball, carreras de caballos, bailes, y aun los episodios nacionales que tanto importan hoy para reconfortarnos y fortalecernos en nuestro complejo de argentinidad?

Admitiendo que el arte es, teológicamente, un afán de supervivencia, de comunicación, de adorno, etcétera, difícil es contrariar por medio de una reglamentación las tendencias vocacionales de un grupo social heterogéneo como el nuestro. No creo tampoco que sea fácil ni plausible desviar de sus carriles a quienes ya han traspuesto el aprendizaje, pero sí estoy convencido -frente a los mediocres resultados de las exposiciones— que cuadra dar ánimo a quienes dirigen el arte, para programar una acción de conjunto. Que tal o cual institución preconice el arte de L'Ecole de París, bajo los enmascaramientos más diversos, y que los jurados de las exposiciones acuerden grandes recompensas, so pretexto de patriotismo, a larvas humanas, no es sino un índice de la decadencia y el error imperantes. Desde el organismo que preside la educación artística se deben impartir directivas uniformes en el sentido de auspiciar las actividades estéticas tendientes a glorificar a la patria, a nuestros fundadores y héroes, a los hechos sobresalientes de la hitoria, y a eternizar en el lienzo o en la piedra nuestra fisonomía como nación, sin pretextos de capilla, porque así está dicho en las páginas capitales que han determinado nuestra formación. La patria, que halló su libertad política, debe de hallar también su libertad artística.



Nos Llega Poca Música Latinoamericana

Desde mayo a noviembre — máximum de actividad artística anual— se realiza en Buenos Aires un promedio diario de cinco audiciones musicales, sin contar las radiotelefónicas. No deberían faltar, pues, las oportunidades de conocer obras inéditas. Empero, son muy raras. Tanto, que si no fuera por las grabaciones que recibimos de Europa y Estados Unidos, desconoceríamos no ya los cuartetos de Alban Berg sino hasta buen número de "lieder" de Hugo Wolf.

Aunque es difícil hacer con justicia la adjudicación de culpas, creemos que juega el papel decisivo la inercia mental de vastos sectores del público, renuentes al esfuerzo de comprensión que exigen, cada vez más, las producciones musicales contemporáneas. Este es asunto que vale la pena encarar aisladamente y en otra oportunidad.

Por la comunidad de origen y la contigüidad geográfica, entre los países de Latinoamérica las cosas deberían ocurrir de modo diferente. No es así, sin embargo. Para aludir sólo a dos de los creadores más importantes de la música de

nuestra América, del mexicano Carlos Chavez hemos escuchado en Buenos Aires sólo una media docena de obras, entre las que no figuran la "Sinfonía de Antigona" ni su capital "Concerto para piano y orquesta", estrenado en Nueva York en 1942, que Adolfo Salazar considera de trascendencia pareja al de Falla. Del propio Vila-Lobos, a pesar de la visita que nos hiciera en 1946, no conocemos aún obras fundamentales, sobre todo de género coral. Fuera de ellos, alguna referencia de las calidades de los chilenos Soro, Cotapos, Bisquertt y Casanova Vicuña nos proporcionaron los conciertos dirigidos por este último. Y esto es todo. Más allá comienzan la penumbra o la completa sombra en que permanecen, para nosotros, las obras de los compositores mejicanos, venezolanos o uruguayos.

Esta asombrosa situación, con ser un problema no pequeño. constituye no más que un aspecto parcial del problema de la ignorancia de sí propia en que aún vive América Latina. Quizá ni el empeño sostenido de una generación —que puede y debe ser la nueva— alcance a resolverlo. SEXTO CON-

TINENTE surgió precisamente para alentar ese empeño, y nuestra labor personal no tiene otro sentido.

Esa y no otra es la razón de que dediquemos poco o ningún espacio al comentario de los recitales que, en profusión agotadora para críticos o cronistas, se suceden diariamente en Buenos Aires. No creemos que interese mucho a quien nos lee en otros países latinoamericanos saber qué pensamos, por ejemplo, de las versiones wagnerianas de Víctor De Sábata o debusianas de Walther Gieseking. Más le importará saber que este gran maestro del teclado fué contratado para dictar un curso en la Universidad de Tucumán, o enterarse de cómo se encara en esta casa de estudios la enseñanza de la música — tema que precisamente motivará uno de nuespróximos artículos-. Por también dedicamos preferente atención a las obras escuchadas por primera vez, procurando compensar de algún modo el exceso de preocupación de la crítica por los intérpretes —siempre adjetivos— y el correlativo descuido de las obras, que son, al fin y a la postre, la música misma y la razón de ser de intérpretes y críticos. Por eso, en fin, nos preocupamos menos de lo viejo que de lo nuevo, de lo europeo que de lo americano, de lo de América sajona que de lo de América Latina.

Contrariamente a lo que es lugar común, ser justiciero —o hacer justicia— requiere cosi siempre ser excesivo. Que lo digan si no, el caballero Don Quijote o el villano Pedro Crespo, Así, para procurar apreciación y juicio más equitativos quizá debamos apartarnos alguna vez de la equidad cotidiana, que no por ser la de todos los días es la de siempre. Puede que así contribuyamos de algún modo a desvanecer esa conspiración de sombra y de ignorancia que, entre tantas ofras causas, ha impedido hacta ahora que se escuchara lo poco o mucho original que América Latina tiene que decir en el mundo.

Crónica

La relativamente nueva Asociación Amigos de la Música ha ofrecido los más interesantes conciertos de esta temporada. Destacamos de entre ellos el cuarto, no sólo por la presencia en el atril directorial de Hermann Scherchen, sino por la calidad del programa, tan diferente de lo que acostumbran a ofrecer los virtuosos de la batuta. Verdad es que Scherchen, por fortuna, no pertenece a la especie "manos que hablan" ni le interesa sacar partido de la sonoridad de alguna trillada página orquestal. En cambio, es serio, culto y sensible. Sabe su oficio, domina partitura y orquesta y entrega al auditorio lo mejor que pueden rendir una y otra. Además, se preocupa, como muy pocos directores, de divulgar la producción de los autores contemporáneos.

De las cuatro obras escuchadas en el concierto tres lo fueron en primera audición: dos de músicos modernos y la tercera una suite de concierto de Purcell, a base de fragmentos de "The fairy queen" (La reina de las hadas), una suerte de adaptación, en forma de comedia musical, del "Sueño de una noche de verano". De esta deliciosa suite —arreglada y editada por el mismo Scherchen— no cabe sino decir que combina a la perfección, como sólo lo haría Mozart, solidez en la forma y transparencia en la escritura.

La "Serenata op. 31, para tenor, corno y orquesta de cuerdas", de Benjamín Britten, reúne en un ciclo canciones escritas sobre poemas de ilustre prosapia: Cotton, Tennyson, Blake, Ben Johnson, Keats y un anónimo medieval. El nexo de unión es el tema o la alusión del atardecer y la noche, y el corno es el instrumento simbólico cuya nostálgica sonoridad crea la atmósfera necesaria. Resulta así considerablemente ampliado

el tradicional marco de la serenata, y la obra resulta un extenso nocturno para cantante, corno y orquesta. Britten sale bien de la empresa, pero no demasiado. Cabe tener en cuenta en su favor que se mueve en la peligrosa vecindad del insuperable nocturno cantado del segundo acto de "Tristán", y también que cae menos de lo que es habitual en lo que nos atrevemos a llamar hendelianismo, esa grandilocuencia tan peculiar a que parecen condenados los compositores ingleses desde que se alejaron de la línea del autóctono Purcell y siguieron las del exótico Haendel. Pero el ambiente lírico deseado no brota en todo momento y la obra languidece a menudo. El tenor Eugenio Valori y el solista de corno Pedro Natola salieron casi siempre indemnes de la severa prueba a que fueron sometidos.

En el otro estreno, "Tema con cuatro variaciones para cuerdas y piano, representando los cuatro temperamentos", compuesto por Paul Hindemith en 1940, asistimos a una tentativa divertida y, desde luego, más audaz que la de Britten. Nada sorprende esto en Hindemith. Tampoco sorprende hallar en la escritura de esta obra el consumado dominio técnico de que hace gala el autor, contrapuntista nato y ágil jugador de todas las suer-

tes pentagramáticas. Pero, no obstante su intención y el innegable acierto humorístico de más de un pasaje, la obra se resiente de la arbitrariedad del asunto, que a cada rato lleva a lo descriptivo y aun a lo programático. Aunque nos pareció más extensa de lo que convenía a su tema, no podemos decir que la obra nos fatigara en ningún instante, lo cual debe ser cargado en la abultada cuenta que el artista Hindemith tiene con el compositor Hindemith. En el piano. Miguel Gielen resultó irreprochable.

El semiestreno final: "Idilio de Sigfrido", de Wagner, en su versión original para trece solistas, fué motivo de comprobar una vez más la necesidad de huir de la hinchazón orquestal que heredamos de los músicos novecentistas. El "Idilio de Sigfrido" no dice más con cien ejecutantes que con trece; más bien dice menos. Y a pesar de que es evidente el esfuerzo de Wagner por alejar la tentación de la gran paleta sonora y de que el esfuerzo resulta inútil por lo menos un momento... Una vez más pensamos en la conveniencia de escuchar las sinfonías de Haydn y Mozart en su dimensión orquestal original. ¿Algún director nos hará un día este regalo?

Lucas M. Rivara

Por una Reforma del Teatro

Un verdadero teatro, como el teatro antiguo o el de los griegos, tendría interés en unir todos los elementos dramáticos: poesía, música y danza. Para los griegos, para Platón, esos tres elementos se confundían en la palabra música. Ello prueba que conservaban su sentido común; y fueron necesarias, en nuestros días, las complicaciones y la vulgaridad de la ópera para arrojar el descrédito sobre esta fusión de las artes. Los verdaderos artistas no se interesan ya más en la forma "oficial" de la ópera que en sus caricaturas populares, tal como el "mu-sic-hall". Pero hay un renacimiento muy neto, aunque a menudo mal interpretado, una tendencia al retorno a las fuentes mismas del arte dramático. Queremos dar algunos ejemplos, muy poco conocidos o muy poco apreciados, pero que deben atraer la atención de los artistas y de todas las personas preocupadas por las cosas del espíritu.

El teatro de Gheon, que tuvo tan resonante éxito en el Canadá, debió esperar la muerte del médico-autor para hacerse conocer realmente en Francia. Era una tentativa de juego con (en lo posible) la participación del público. Se sabe también cómo in-

trodujo la música en su espectáculo; y hubiera bastado un poco más de tiempo y de ayuda para agregar la danza a ese conjunto ya tan vivamente humano. Pero, se nos dirá, Gheon no es el autor dramático más importante de nuestra época. Ciertamente; has-ta se lo trata de "pequeño maestro". ¿Qué importa? Es un maestro, pequeño o grande, ya que trajo un pensamiento nuevo: un sentido del teatro muy personal, donde lo cómico y la emoción es-tán mezclados en la forma más natural, y que se encuentra en los orígenes del teatro cristiano contemporáneo.

¿Y Claudel? Su teatro es anterior al de Gheon y su obra lo iguala sin duda a los más grandes dramaturgos; no es cuestión de comparar a Gheon con Claudel. Sin embargo, el autor de "El chapín de raso", pese a las cualidades clásicas de su teatro (o a causa de ellas), busca todavía una forma dramática que le sea personal. ¿No está en su tercera versión de "La anunciación a Ma-ría"? Y Gheon es un hombre de fe simple y pura, que hizo natural y espontáneamente teatro popular. Es por ese lado que nos es simpático. Hemos visto al pueblo (y a Gheon también, pues era un

excelente espectador) reir y llorar ante el espectáculo de sus 95 piezas de la época del gran Copeau. Ahora, en los cuatro puntos cardinales, grupos de artistas continúan su obra (o la emprenden): los compañeros de S. Laurent en el Canadá tienden la mano por encima de América a los de la Argentina... Sí; la Argentina tiene grandes admiradores de Gheon. Estamos orgullosos y felices de hablar de él. "El tablado de Nuestra Señora" del que hemos visto las primeras representaciones, es todavía desconocido para el gran público, pero estamos persuadidos de que esta auténtica asociación de artistas podrá pronto representar multitudes tan numerosas como las que se apretaban en el atrio de Notre Dame de París o en los anfiteatros canadienses. Y ya que hablamos de obras de arte excepcionales, digamos en seguida que la Argentina está a la vanguardia de ese movimiento, aunque tal vez no lo advierta ella misme. Y no es un cumplido el que le hacemos: es justicia, ya que si el mérito de los innovadores es inmenso, el interés que despiertan en el público es mínimo. Todo el mundo acude a ver a Jouvet cuando viene, porque es conocido, y lo merece amplinmente. Pero, ¿cuántas personas aprecian en su justo valor un espectáculo como el del Teatro Universitario, dirigido por Madame Garma que ha presentado con una exquisita finura una obra de Moliere acompañada de música y danzas de la época?. Es cierto que los porteños están saturados espectáculos. Esto es un peligro, aunque dehería ser una ventaja, como dice Malraux para reconocer en el fárrago de obras e interpretaciones aquellas que tienen un interés superior. Así, si Joaquín Pérez Fernández ha tenido grandes éxitos, en nuestra opinión no ha sido comprendido como debería (nadie es profeta en su tierra). París lo consagrará próximamente si los empresarios

le permiten presentar un poco más de "Pérez Fernández" y un poco menos de danza clásica.

Sus espectáculos se basan principalmente en cantos, danzas y glosas populares de América y España, es decir de civilizaciones que han comprendido admirablemente el papel de la ranza. No la danza del "dancing", ciertamente, ni las poses plásticas de la Duncan, ni las gracias forzadas del "ballet", sino la antigua danza lugareña, que reviste tan pronto la forma alegre como la religiosa o la sensual, sin nunca limitarse a reflejar un solo aspecto de la vida.

Los cantos folklóricos son del mayor interés, y es necesario comprenderlos y no excluir a los que tienen un interés rítmico y modal particular. El oído moderno, habituado demasiado al modo mayor, rechaza fácilmente las modalidades antiguas, muy sabrosas, y por otra parte, habituado desde hace más de un siglo, por la costumbre de la música alemana, a la uniformidad del ritmo, deforma, cuando los transcribe. los cantos cuyo ritmo es variado. Ahora bien: son precisamente los que tienen más valor musical, los que representan más profundamente los movimientos del espíritu. En América del Sur tenemos la suerte de poder confrontar la música popular india y la española; a ésta última convendría agregar la música religiosa cristiana, el canto gregoriano, y tendríamos lo esencial de la tradición musical de la humanidad. Esas tres formas de canto se completan unas a otras, y se comunican entre ellas muy profundamente por su sistema modal. Cuando oímos canciones populares argentinas, bolivianas o peruanas, más o menos influídas por España, nos asombra cada vez más el parecido que tienen con los modos gregorianos, venidos del fondo de las edades. Es muy lamentable que el canto gregoriano se practique tan poco en la Argentina. Abriría los ojos a muchos músicos folklóricos demasiado inclinados a verter "jazz", en tangos o en boleros lo que hay de más sagrado en la herencia ancestral (1). El canto gregoriano facilita el solfeo, porque las notas no son proporcionales, al mismo tiempo que acostumbra el espíritu a la libertad del ritmo. El interés en proteger la música y la danza folklórica no reside solamente en el carácter nacional, histórico o pintoresco que tengan, sino también, y sobre todo, en su condición de artes y en sus posibilidades educativas, ya que creemos que la educación se hace más por la costumbre de practicar el arte que por sermones o por exhortaciones. Sea lo que sea, este esfuerzo vale la pena de ser estudiado de cerca. Los espectáculos de Pérez Fernández no son manifestaciones menos importantes, cuentan los más probablemente entre completos y los mejor comprendidos.

En Francia, donde el canto popular ha perdido demasiado su valor y está librado a la iniciativa de los músicos de estercolero, se levantó a comienzos de siglo un poeta y un artista que une a los dones musicales un superior sentido del arte. Claudio Dubosco, después de haber sacrificado su fortuna y su vida a su arte, murió desconocido. Se comenzó a hablar de su obra diez años después de su muerte. Compuso dramas en los que la poesía, la música y la danza se alían con una incomparable maestría. Su pieza "Colombe la petite" es probablemente, pese a Debussy, Satie y otros, lo más grande que hay en el arte dramático y musical moderno. No creemos que el éxito de Debussy se deba siempre a sus cualidades profundas. Hay que atribuirlo más bien a su lado romántico empolvado. Si no, Satie sería más grande que él en el concepto de muchos artistas (y lo es). Pero la orquesta asombrosa y complicada del siglo XIX y de Debussy "hizo época". Hoy, como lo hace la pintura, la orquesta tiene tendencia a ofrecer en todas sus partes timbres poderosamente variados, y sin embargo armoniosos, en lugar de obtener la armonía de los timbres por la supremacía de una familia. como la de las cuerdas. Es evidentemente la tendencia de Stravinsky; pero este artista, muy dotado, se burla tan a menudo de la música que no puede ponérselo como ejemplo. Claudio Duboscq emplea una orquesta de una calidad de sonido inaudita y está, por su invención, en la cúspide del edificio no solamente musical sino también teatral contemporáneo.

Madame Jane Bathori, la misma de quien Debussy decía "estoy seguro de mi intérprete", después de haber hecho conocer al mundo tantos músicos y poetas grandes y pequeños, trató de presentar en la Argentina la música de Claudio Duboscq. No lo consiguió más aquí que en Bélgica, en Francia o en Holanda. Sin embargo, no desesperamos de ver un día montar los dramas de Duboscq en la Argentina o en otros países, y los más preparados para recibir comprender e interpretar esta calidad de arte serán los que hayan conservado mejor las tradiciones escénicas y rítmicas y que hayan sabido hacer algo nuevo. Entre tanto, la lucha es dura y desproporcionada. Es la eterna lucha entre la calidad y la cantidad. Infortuna-damente, "la cantidad se hace numerosa", como decía alguien. Y nunca se ha visto al mundo tan esclavo del dinero en todas sus formas. La ópera y el cine son, con el mismo título que las carreras o el fútbol, asuntos de negocios; no es, pues, de asombrarse de que estén hechos al gusto del vulgo. Sin embargo, el gusto por la finura no está muerto. Basta despertarlo. Y cuando en medio de

⁽¹⁾ Eric Satie llama al tango "la música del diablo" y León Bloy, dice también: "el diabólico tango".

SEXTO CONTINENTE

trozos de inmundicia o de tonterías que el mundo moderno produce con el nombre de arte se
en cuentre alguna obra de calidad,
no será raro que el pueblo se despierte y preste atención. Tenemos pruebas. Y sobre todo, creemos que está cansado de asistir
pasivamente a los espectáculos.
En una palabra, creemos que no
está lejano el momento en que
se verá al público en la acción
del teatro, tan pronto actor como espectador. En el canto, la
orquesta, el recitativo o la dan-

za, como ocurría en tiempos de Pericles y de Luis XIV. El terreno ha sido largamente preparado por el Vieux Colombier, los Gheon, los Copeau, los Jouvet y muchos otros; solamente hay que comprender que el gran arte no está más en la gran orquesta que en la pequeña flauta, más en los grandes órganos que en la guitarra (menos, ciertamente), más en la ópera de Verdi que en la danza mimada de cuatro hombres con poncho púrpura, en la noche, alrededor del fuego, como yo lo he visto.

CIALC

Reflexiones de una Actriz

¿Qué pasa en nuestro cine?

¿Por qué no existe en estos momentos un cine netamente argentino que no sea tan sólo una industria, un cine que revele en sus productores algo más que una simple vocación comercial? Me lo he preguntado una y mil veces sin encontrar una respuesta aceptable.

Existe el cine francés, el cine italiano, el ruso, el alemán, el inglés, el norteamericano y hasta el cine mejicano, el que, con ser tan nuevo y por lo menos tan joven como el nuestro ha alcanzado etapas en su desarrollo muy superiores al nuestro, puesto que ha obtenido ya muchos premios universales destacándose por sus propios valores. En cambio, no tenemos aún un cine argentino que pueda caracterizarse con orgullo como digno de tal nombre.

El cine que aquí se produce no tiene ciudadanía argentina, salvo muy pocos intentos y algunos muy bien logrados. La mayoría de las películas que aquí se filman pueden referirse a cualquier país. Bastaría con cambiar los rótulos. Y eso porque se ha olvidado inexplicablemente volver los ojos hacia lo nuestro, se ha desdeñado buscar los motivos en nuestro presente y en nuestro pasado que tantos y tan hermosos temas ofrecen para hacer magníficas películas argentinas.

Demasiado conocida es la función que el cinematógrafo desempeña en los tiempos actuales. Pocas personas pueden ignorar el al-

cance de su irradiación, su enorme capacidad de acción pedagógica, en lo moral y lo espiritual, sobre la mentalidad de los pueblos sometidos a su influencia. Un ejemplo práctico nos lo ha dado la América del Norte. Los dirigentes de aquel país se valen del cine en gran proporción para conducirlo por caminos previamente elegidos, convencidos de que el cine les ofrece el mejor medio de propaganda imaginable. De ahí que casi todas las películas producidas por Hollywood antes, durante y después de la segunda guerra mundial fijaran la posición norteamericana con relación al conflicto mundial. Tarea de educación e información del pueblo que dió como resultado la impresionante unanimidad en la voluntad y en la acción que tanto contribuyeron a la victoria de las Naciones Unidas.

Entre nosotros, —aunque, por fortuna, no se trate de preparar al pueblo para ninguna guerraparece que hubiéramos olvidado los recursos prácticamente infinitos que tiene el cine como medio educacional e informativo de las masas. Y no hablemos del cine como expresión artística, como vehículo esencial de las más esenciales emociones, destinadas a acrecentar el sentido de la belleza y del bien. Aquí se diría que el comercio, el aspecto financiero de cada producción fuese la preocupación principal y absorbente. Es cierto que las películas cuestan

dinero y que no hay que perder de vista esa circunstancia cuando se encara la producción de una película. Pero también es cierto que ambos términos no son inconciliables entre sí, pues la experiencia diaria nos muestra cómo ciertas películas extranjeras, realizadas con vistas al "arte" y no al puro negocio, producen tanto dinero como las otras, si no más.

Por lo que alcanzo a comprender, lo que ocurre entre nosotros es que se piensa demasiado en el comercio, se subordina el factor espiritual al factor económico. cuando lo razonable es equilibrar ambos factores que, repito, no son ni deben resultar inconciliables entre sí. Por ejemplo, en el ambiente se habla de pronto de hacer, desembozadamente, "una película comercial". Se sobreentiende lo que esto quiere decir: un film para el público grueso, sin ahorrar ninguna caída, sin ninguna concesión, no digo ya al arte, sino al buen gusto de ese mismo público al que con tanta ligereza se le atribuyen los más bajos sentimientos. Y esto es un grave, un muy grave error. No basta barajar y mezclar imágenes, tratando de lograr efectos baratos, prescindiendo de toda noble intención y elevado propósito artístico.

Claro está que el punto de partida es siempre el mismo: se olvida que el cine es Arte y que, como tal. exige que se respeten ciertas leyes eternas. Un relato visual perfecto no puede ser un simple relato mecánico más o menos logrado, tratado y resuelto a su manera por quienes creen que el cine ocupa un puesto inferior en la escala de las artes por tratarse de un "arte mecanizado". Otro error. Nuestra civilización especialmente en este último siglo, ha mecanizado casi todas las manifestaciones de la vida. No es un defecto; es la consecuencia lógica de una época que ha revolucionado todas o casi todas nuestras antiguas costumbres; hasta el teatro, tan apegado a lo tradicional, no

ha desdeñado incorporar elementos mecánicos a sus medios de expresión.

Pero todo eso no es lo que interesa en un film. Al producirse una película, hay que tratar de contar con los mejores elementos disponibles, mecánicos y humanos, con el pensamiento fijo en el propósito de hacer una buena película, una obra de arte (aunque el resultado final no llegue a tanto, por lo menos que esa sea la intención). Desgraciadamente, no suele ser esa la posición mental más frecuente en la zona en que se producen las películas argentinas de la actualidad.

¿Ha de ser siempre así? ¿Es necesario que siempre sea así? Contamos con magníficos valores individuales, a los que no se logra hacer actuar en conjunto para producir películas nacionales que puedan representarnos sin rubor, en calidad y cantidad, ante el mundo entero. Tenemos valores donde priva el espíritu; hombres y mujeres de alma inteligente y corazón apasionado, material humano de primer agua, artistas que sólo aguardan la ocasión indispensable para revelar cuánto valen. Esto es lo que realmente cuenta y eso lo tenemos. Las experiencias mecánicas se adquieren los adelantos técnicos se compran. En cambio, el espíritu (belleza, verdad, imaginación), eso no se puede comprar. Por ello, admitido que poseemos los elementos necesarios, creo, insisto en que el cine argentino no ha revelado todavía su verdadera capacidad. Llegará a ese ideal cuando cambie la orientación de la mayoría de los productores. Deben hacerse películas de las llamadas "comerciales" pues sin ellas, es obvio, no existiría la base que sustenta a la industria del cine y por ende, ningún cine; pero, aparte la necesidad de elevar el nivel general de esas producciones, no debe perderse de vista la necesidad de producir y de estimular las otras películas, las así llamadas "películas artísticas".

Sólo por estas últimas podremos redimirnos.

Creo que todo lo antedicho es fácil de comprender y se halla en el pensamiento de todos cuantos actúan en nuestro ambiente cinematográfico. Pero creo, también, que si en esta materia no logramos salir de la zona de la expresión de buenos deseos, sin ninguna medida concreta hacia la acción, habrá ilegado el momento de pensar en la "producción independiente". Y si se cita el caso de sir Lawrence Olivier, quien, para realizar sus magníficas obras ha debido pasar las de Caín y que sólo gracias a la intervención de un Mecenas italiano (de quien no me acuerdo el nombre) pudo terminar su "Enrique V", hay que citar también al cine francés (para mi el mejor del mundo actual) cuyos éxitos artísticos lo son también casi todos de taquilla. Y muchos de ellos son de producción "independiente".

Estos pensamientos no suponen que siempre observemos una línea de conducta paralela a los mismos. Aunque seamos puros y sinceros en nuestros ideales necesitamos vivir; nuestra falta de independencia económica nos obliga a aceptar trabajos que no sentimos. No somos del todo libres, ni mucho menos.

Pero soy optimista y espero que en un futuro no lejano nuestro cine pueda contar con tantas producciones artísticas como comerciales, reconociendo la legitimidad de ambas, y que pueda demostrar, a la vez, que "una buena película da dinero".

Elisa Galvé



"Tierra sin Nada, Tierra de Profetas" de R. Scalabrini Ortiz

El autor de "El hombre que está solo y espera", "Política británica en el Río de la Plata" e "Historia de los Ferrocarriles Argentinos", ha dado a publicidad un libro poemático, "Tierra sin nada, tierra de profetas", al que la crítica nacional ha honrado con un sospechoso silencio.

"Tierra sin nada" son devociones para el hombre argentino, y
retrotraen sus páginas la esencia
de algunas creencias directrices
de su pensar desde veinte años
atrás, para delinear en los subsiguientes poemas (devociones)
las proyecciones de un ente nuevo en su estructura mental, que
el libro intuye y logra en parte
modelar desde la hora contemporánea con los escasos elementos y los evasivos caracteres que
hoy parecen anunciarlo.

El ente profetizado por Scalabrini viene a ser ahora una inmaterialidad, mas nunca una alucinación febril. Aquí se continúa con sus facetas menos perceptibles la creencia de una argentinidad autóctona plasmada en sus valores morales, con una auténtica y nueva filosofía de la vida, capaz de desarrollarse segura en este fin de la tierra que es, geográficamente, nuestro país. Una filosofía distinta y una fe religiosa no igual a la anterior suponen proposiciones profundas que no son posibles de concretar más allá de los términos que surgen en las connotaciones del libro

de Scalabrini Ortiz. Por ahora se dispersan los fundamentos de esa nueva era en el hombre de la llanura, imperfecto, cuyo espíritu se disuelve en los demasiados horizontes de la tierra virgen.

Yo soy sólo mi tierra; Un alma inmanente y de todos. En cuerpo presente y de nadie.

Ese hombre genérico de lo pervenir es hoy "Un alma extensa, en campos que no existen". Puede estar "en la calle sin nombre. Un cualquiera que silba, fecundador del tiempo que camina".

En cincuenta y siete poemas se lo atisba en sus posiciones, en su ocio fecundo para otra proyección histórica, cuya mejor virtud sería la conquista de una nueva expresión de justicia universal.

Cuando decimos poemas, no se piense en modelo alguno de preceptiva literaria, ni se involucre en él la rima ni el verso propiamente dichos. Lo que se anota aquí es el germen de la futura creación, la partícula infinitésima del polen que ha de perfumar después. Dice Scalabrini que se trata de "lo que solamente pervive en la temblorosa y tenue flámula de una fe".

"El germen —define— no se talla sin riesgo de destruir el tiempo venidero, que la vitalidad de su misteriosa estructura contiene. He preferido el germen vivo a la perfecta talla inerte". ¿Por qué arriesga tanto, una vez más, en sus proposiciones, el autor de

"Tierra sin nada"? Por una fe, un querer, un preferir lo fundamental a lo accesorio; y así ha de ser "por mucho que contraríen la rutina de creencias extintas, he allí todo el arte de la vida". El libro establece una verdad: la presencia autóctona diluída en los ríos, desvanecida en el aire de la tierra vacía. Surge una pregunta, o varias a la vez. El hombre inasible de Scalabrini ¿será efecto del llano y de la soledad espiritual? ¿Procreará de cuanto en esa soledad exista de por sí? ¿Surgirá al fuego del crisol con la nada y la inmigración? ¿Surgirá después de un terrible choque o luego de la lenta e inevitable asimilación de todos los factores telúricos y humanos en el nuevo espíritu? Las proposiciones son numerosas y la necesariedad de no ir más lejos la imponen la severidad, y no la divagación, que imperan en estas líneas simplemente comunicativas de los valores proyectados en un libro por muchos conceptos apasionante.

Como "Tierra sin nada" es un libro que resume una actividad literaria de veinte años, el lector puede encontrar en las hermosas páginas que componen el capítulo "Nacimiento y Transfiguraciones de una fe, que también puede ser de otros", las creencias que lle-varon al autor a expresar los grandes fundamentos de su obra mayor. En el Sorites de este capítulo se hallará la fórmula reveladora de un pensamiento hecho acción.

Nosotros hemos seguido su andar intrépido desde "La Manga" y hemos hallado las raíces de su pasión nacional bien claras en "El hombre que está solo y espera", confirmadas en todos sus escritos, y ahondadas más todavía en la tierra con esta expresión atrevida, visionaria de las devociones.

Retrogradando en el tiempo veremos que El hombre fué traducido en 1933 al francés y al italiano, y que en un artículo de "Le Mois" del mes de febrero de ese año, el articulista trata "La ville de l'homme seul qui at-tend", y afirma que el gran mérito de este libro consiste en haber sido el primero escrito "des caracteres de l'homme de Buenos Aires"; que Taine hubiera gustado el capítulo donde Scalabrini examina la influencia de la pampa en el carácter del inmigrante; que el porteño presentado en el libro siente horror por los Bouvards y los Pécuchets, siendo el "anti-Babbitt" por excelencia, un pro-

totipo, en fin, único.

Traemos a colación este comentario antiguo para recalcar, una vez más, los altos antecedentes de Scalabrini para tratar los temas que atañen a las pasiones actuales y futuras del hombre de nuestro suelo, y a su destino histórico. Este claro destino histórico, casi congénito con nuestra razón de vida, es lo entrevisto por el autor de "Historia de los Ferrocarriles Argentinos" en forma de relámpagos en medio de la tormenta. "Son chispazos de primitivismo afirma Scalabrini— que hienden de cuando en cuando la oscura rutina de nuestra aparente cultura, en que todo es ajeno: la sangre, la técnica, los dioses. En esas efimeras y apenas perceptibles manifestaciones del espíritu de la tierra pervive la única probabilidad de grandeza auténtica, porque en lo elemental Dios y el hombre están frente a frente, creándose mutuamente".

Sobre este ser profundo en el tiempo y hondo en el porvenir tratan las devociones de "Tierra sin nada, tierra de profetas", libro de gran audacia profética (el autor es en lo esencial un profeta), que ha merecido el alto e inmarcecible honor de ser olvi-dado por los bibliógrafos. Para este numen apenas accesible a la comprensión común, Scalabrini Ortíz escribió estas palabras:

Yo vensa del cielo y te encontré, tierra de cielo verde y sin presente. El mundo es nada en el vacío en (que vas de ayer a siempre, contigo, eterna(mente.

Yo no sé el rezo que vendrá a orar, junto a mí en la noche estable, ni qué rayo de luz quebrará esa (calma.

Sin ser un Dios, por nacer te mueres y en tu muerte avanzas y te salvas.

Cuando lo ve en compañía del mate "con solemnidad litúrgica" lo define así:

Dolor sin voz y sin objeto; ausencia (pura. Inhumana cerrazón de lo sin margen, Expresión de las tardes de mi tierra, Quizá sólo un mate te traduce. Y esta es la canción para una au (sencia Que no tendrá ojos que la lloren.

A veces, de tanto hurgar el alma de la tierra, el autor se disuelve, siente que transmigra, que se funde y despersonaliza, como en el poema que comienza con: "Al fin se han juntado".

Otras veces, en medio del prado de la existencia oye la canción lejana de la tierra y sabe, se explica, comprende, porque todo en Scalabrini es comprender y ser comprendido. Cuando esto acontece, la explicación sobra. Entonces dice:

Yo sé de esperanzas distendidas En que tañen campanas silenciosas En el corazón del hombre recogidas.

Y porque todo es definición de lo imposible de definir, Scalabrini vuelve a esa partícula sustentadora de las esperanzas del presente, con la tierra sin nada, esencialmente profética.

Porque donde estuviere, el hombre se sumerge a la espera de un resurgimiento total en otra forma de vida propia, libertadora, genial. Condenado a muerte cotidiana, Bajo los cielos rasos de la oficina Entre hablas de timbas y carreras Dibujas un Dios que no conoces.

Con esta filosofía consustanciada con su vida, el hombre del porvenir nada hace hoy, porque su "misión de estar es su misión" y porque, además, "la derrota de la acción es una aristoctacia del espíritu". Bien dicho. "En tu triunfo el fracaso estaba como la muerte está en la vida". Símil extraordinario para que el lector comprenda de qué y de quién se habla y se escribe en las devociones para el hombre argentino.

* * *

Raúl Scalabrini Ortíz es el alejado que siempre vuelve con su desvelo a encabezar el avance de una nueva columna del pensamiento crítico, político. En lo vertebral toda su obra es social, está desarrollada en función de esa sociedad, porque en ella ve el proceso histórico sobre el simple individuo, cuya pasión, por sí, no lo conmueve sino en relación con lo multitudinario. Por cuanto aspira, diciéndolo, redactándolo, se nos aparece un genio neorromántico y, sin embargo de eso, su concepción tiene la madurez de la tierra, la exactitud de la flecha del héroe helvético, la claridad radiante de un verano. Trae en el tono casi sibilante de su voz el mensaje de la tierra grave, de las llanuras despobladas y la cálida expresión del viento norte. Si es aparentemente silvestre, alcanza la profundidad de la extensión, porque es hijo de un continente donde con levantar la mirada más allá de la avenida de circunvalación, el horizonte inasible nos da de inmediato la imagen más certera del significado de la palabra infinito.

Es bajo y atlético como un hombre vivo y activo, siendo, por propia confesión, devoto del ocio creador. Camina rápidamente, inquieto, habla y gesticula amplia y apasionadamente. Cuando sus

manos se aquietan, avanza con el cuerpo adelante, concentrado abstraído en una idea que lo empuja como una ráfaga, o como si dentro de sí un alma de esprinter se dispusiese a lanzarse a la busca indeclinable de la meta, victorioso.

Así resalta contra el viento la espaciosidad de su frente con dimensiones rectangulares parejas con la geometría de llanuras amplias y ríos anchurosos de América.

Cree en los nobles elementos originales de la tierra capaces de crear el país que se anhela por un proceso certero, y esos elementos ingénitos Scalabrini Ortiz los pone a la luz del poco vidente, por la tiniebla que lo rodea, con el apasionamiento de quien se adelanta al adversario con la seguridad de llevar bien empuñada la lanza de la verdad. Porque sabe lo que quiere y lo que piensa, puede llegar a la altitud de su exposición con la rectitud con que las aristas de la pirámide forman el vértice que corona la figura perfecta.

Y estas son palabras a Scalabrini que van también hacia los hombres de su generación que vivieron y se sublevaron con la voz de la tierra expoliada, para redimir al hombre empobrecido por el oro internacional.

"Tierra sin nada, tierra de profetas" nos sirve de medio para recordarlo, y para señalar a la consideración pública al hombre que estuvo solo en el desierto porque era el mesías de esa causa de liberación nacional. No hay ningún temor de equívoco si afirmamos que Raúl Scalabrini Ortiz fué el profeta de la política de recuperación nacional, de recuperación popular, se entiende.

Su auténtica soledad creadora y batalladora, tan distinta de la que adorna a algunos mediocres, conocedores de la sola soledad del aburrimiento de la concupiscencia del café, salvó a Scalabrini de los desfallecimientos propios de lo inmóvil, de lo cercano a no ser, de lo infaliblemente degenerativo, física e intelectualmente.

Si adoptó siempre una posición definida, inconmovible al encarar los problemas económico-políticos de la nación, fué solamente y totalmente por la simple y sencilla e irreductible razón de que una patria no se hace con ambigüedades, con términos medios. La patria es una creación social, se construye con todos los atributos que la definen y la determinan o no existe. Nadie puede decir que va a escribir y no escribir un libro. Una de dos o nada y ni las dos cosas a la vez. Raúl Scalabrini Ortiz aprendió esta verdad y labró su camino a través de las murallas aparentemente inconmovibles de un estado antiargentino, y ahora es prócer en nuestros co-

Todo cuanto aquí no ha sido escrito está sugerido y, si así no fuera, hasta esas sugerencias bien claras serán infaliblemente escritas en la hora exacta.

Vicente Tripoli.

"El mito gaucho", de C. Astrada

Unamuno ha diseñado la filosofía afilosófica de España en su "Vida de Don Quijote y Sancho". La universalidad del mito le resultó más útil que todas las generalizaciones. Esos elementos esenciales que daban fisonomía a los personajes eran los de su pueblo. Con Martín Fierro ha usado el mismo sistema don Carlos Astrada, en un estudio de gran valor. Desligado completamente del análisis literario, histórico, gramatical, que hace la preocupación erudita; enfrentado con el mito mismo concluído y actuante, intenta "una filosofía de la argentinidad, un ensayo de aproximación a la verdadera esencia argentina". Parte, pues, de lo ecuménico alcanzado por inspiración y fijado en el mito.

Con precisión, con rigor verbal, en párrafos densos, con gallardía de estilo, va desplegando Astrada los términos de su tesis: Los grandes pueblo están prefigurados en su contracción inicial; la generación fundadora impregna de su estilo a una colectividad y ese estilo la aísla y distingue como sujeto activo en la cultura; su quehacer inicial se va cargando de contenido significativo, hasta que cuaja un mito. El de los argentinos es el gaucho, promoción histórica que florece en Martín Fierro. Surge del paisaje, reflejando en su alma los caracteres telúricos: la lejanía multiplicada por su propio espejismo, el desamparo, el horizonte difuso e inasequible, esa anchura desmantelada de la pampa que dispersa la voluntad. En Martín Fierro se logra el perfil argentino. Su gesto es ontológico y definitivo. El destino de la nacionalidad está determinado por su impulso, que la origina. Sin embargo, las generaciones que suceden a aquella que provocó el alegato de Her nández "desertan" del mito gaucho. Van a alojarse en la estructura externa de la civilización europea; se desligan de sus raíces proceden por afán imitativo, desvían el rumbo intrínseco. El pueblo —cuerpo del mito— se retrajo en la pasividad, y de la infidelidad de las clases nació la oligarquía que hospedó acá al capitalismo internacional. Después de haber adoptado otra forma de cultura salieron a buscarse un alma por Europa; se contagiaron de la nostalgia sustancial de las formas importadas.

Por lo tanto nuestro deber consiste en desandar el camino malandado, llegarnos al manantial de

donde nuestra persona colectiva fluye; retornar hacia ese "módulo de vida nutrido e impulsado por las auténticas potencias de un gran símbolo viviente". Con elegante precisión lo indiça Astrada:

"Para que la etapa creadora "advenga, para que se cumpla en "él el pindárico "deviene el que "eres", es necesario que el hom-"bre argentino se entregue a su "propio centrándose ser, que "del todo en su sustancia ina-"lienable, pula y clarifique su "mito vital, espiritual e históri-"co; y todo esto en función de "su paisaje nativo, de las esen-" cias de su tierra. Ahondando en "nosotros mismos, siguiendo el "rumbo de nuestro interno deve-"nir, tenemos que abrazarnos con "entusiasmo y amor a nuestras "posibilidades inmanentes y a las "que nos ofrece nuestro sustrato "telúrico, ya trazadas por el des-"tino y certificadas por los as-"tros, puesto que nuestra pará-" bola cósmica (la que describimos "en el mundo físico y sobre la "que se inserta la que recorre-"mos como ciudadanos del mun-"do histórico) se recorta, con "dormidas resonancias de armo-"nía pitagórica, sobre la Cruz del "Sur."

* * *

La segunda parte del libro está destinada a analizar al personaje del poema en sus cualidades míticas. Astrada emplea ahora un método que aplicó de pasada en sus páginas anteriores: confiere a los hechos, a las situaciones, calidad de metáforas. Y las retrovierte. Así, después de recordar las prevenciones de Fierro para el que se interna en la pampa ("Marque su rumbo de día con toda fidelidá"...) las traslada al plano espiritual donde los accidentes externos adquieren un simbolismo especial y la advertencia se torna pauta de conducta. Por supuesto que el procedimiento es impugnable, pero el autor no lo

practica deductivamente en la mayoría de los casos.

El capítulo de la "cosmovisión política" acopia precisiones muy maduradas. Allí está aplicada la tesis del libro que a su vez se valora por la eficiencia conque en su aplicación sirve al objeto de clarificar los datos históricos y desentrañar su sentido. Y los parágrafos dedicados al Viejo Vizcacha, a quien hace símbolo de la oligarquía argentina, son excelentes. Flaquea la impresión de evidencia al escorzar una "cosmogonía gaucha" en parentesco con el budhismo y ajena a la idea cristiana. Sería lindo discutir este punto y precisar hacta dónde llega la autoctonía espiritual del hombre prototípico argentino y desde dónde es una impronta regional sobre una cultura preexistente. Pero la argumentación necesitaría ser extensa y no cabe en la economía de esta nota.

No obstante, es forzoso dejar indicadas algunas discrepancias, puesto que se hace el elogio del libro:

Astrada machaca constantemente con la pampa y el hombre de la pampa y el alma pempeana de ese hombre. Yo no protestaría por el empleo de la llanura para una ubicación alegórica del mito argentino. Sobre ese medio se mueven Martín Fierro, don Segundo Sombra, los personajes de Hudson y de Lynch. Lo que objeto es que el elemento pampa sea considerado esencial de nuestra esencia, y Astrada a cada rato insiste en el reflejo fiel del mito en ese determinado paisaje, en su pletitud, su horizontalidad uniforme. Y con eso no estoy de acuerdo. Eso proviene de la inveterada perversión con que se mira al país desde Buenos Aires y no mucho más allá de Buenos Aires (*). Se supone a la Mesopotamia guaraní y al Norte coya. Ello no sólo no es cierto ahora, sino que no lo fué hace un siglo. Los hombres de Ramírez, de Echagüe, de López, no fueron indios

sino gauchos. Como fueron gauchos y no coyas los hombres de Güemes. Los gauchos, gauchos de ley, hechos y derechos, aparecen en medios muy dispares, al lado de Artigas, de Quiroga, de Ibarra, Urquiza, El Chacho, etc. Y el mecanismo psíquico de todos ellos, como su expresión poética y proverbial acumulada en el folklore, tienen la misma contextura que los de Martín Fierro. Si cada región no produce su obra literaria de gran calidad, ello se debe a causas externas que atrofiaron el desarrollo de las comunidades mediterráneas. Recuérdese que el mismo Hernández abandona Paraná y se establece en Buenos Aires antes de escribir el poema, por motivos políticos y económicos. Asimismo, no es posible excluir de lo genuino neto la obra de Lugones o de Draghi Lucero, enmarcadas fuera de la pampa. Yo corregiría a Astrada con un elemento que señala Sarmiento, considerándolo un mal para la república: la extensión. Eso, esa presencia vacía e ilimitada, es lo que se infunde en el alma argentina. Y la extensión existe en los bosques y en las montañas como en la llanura pampeana. Es la tierra gue duerme mientras el hombre la puebla de imágenes, de fábulas, de leyendas, y se siente a sí mismo agudamente, con una sensibilidad que ejercita el desampero. Es la lejanía por todos los rumbos, el aislamiento humano. "Es la soledad", dice Alberdi. Es la "humilde soledad, verde y sonora", evocada en el lírico santo de Rosas. Por último, recordemos que el Martín Fierro histórico, el Martín Fierro de carne y hueso que sirvió de modelo a Hernández, era oriental.

También habría que ponerle reparos a Astrada cuando carga el

^(*) Un conocido escritor argentino, en una poesía, llama al Uruguay "nuestra hermana predilecta". Es evidente que lo es para los porteños. Como para los correntinos es el Paraguay, para los jujeños Bolivia y para los mendocinos Chile.

acento sobre el "porvenirismo" del hombre argentino, esa especie de esperanza perpetua. Si Scalabrini Ortiz acuña un carácter diciéndonos: es "el hombre que está solo y espera", muy bien. El hombre espera cualquier cosa, supone alguna irrupción imprevista en la sucesión de los hechos; no quiere proponerse ideales y aguarda pasivamente la ocasión en que las circunstancias lo obliguen a moverse. "El tiempo sólo es tardanza [de lo que está por venir" sentencia Fierro, sin que se advierta paciencia ni impaciencia en sus palabras. "Lo que está por venir" vendrá infinitamente. No es una cosa que arrastre la corriente hacia nosotros y que debamos aguardar. Son los accidentes de la vida cuya sinergia nos varía el cuadro cotidiano y entre los cuales nos desenvolvemos ordinariamente. Tampoco quiere decir que nosotros estemos subordinados a lo que está por venir. Esa actitud sólo se la encuentra en el pueblo judío. Es lo que vulgarmente se llama mesianismo. Y Martín Fierro no es mesianista. A su parecer, el tiempo pasado fué mejor.

Y una última objeción: se habla continuamente en el libro de la correspondencia del hombre y su entorno natural. Pero, sin aludirla, el autor desvirtúa la tesis

de Keyserling, que califica al argentino como hombre telúrico, determinado por la gana. Afirma que no es un primitivo, pero no dice por qué. Sería una lástima que haya eludido la demostración presionado por su posición filosófica. Porque era necesario decir -o contradecir- que el gaucho está tocado de la luz espiritual en cuanto proviene de una cultura altamente espiritualizada. Y es además religioso activo. En el inventario casi exhaustivo que se hace en el libro de los rasgos míticos del "Martín Fierro" no se habla nada de su religiosidad, a pesar de que se dedican varios párrafos a la pacatería de las tías del hijo de Cruz. Nos damos con un personaje que ha superado la vida instintiva, y sin embargo no se nos dice en qué se nota que la ha superado.

Por lo demás, me ratifico en mis alabanzas del comienzo. Creo que se trata de una obra de jerarquía que sirve de crisol para un programa constructivo a la vez que proporciona un punto de vista apropiado para mirar nuestra historia.

Todo lo dicho en el libro está expresado en un lenguaje filosófico que Astrada maneja con exactitud y desenvoltura.

Roque Raúl Aragón (h)

En torno a la novelística de Leopoldo Marechal

La generación "Martín Fierro" descubrió a Buenos Aires. En ella, la ciudad aparece ingenua y dramática. Sus reconditeces e intimidades, la lozanía de sus mañanitas, la obscuridad de las noches en las complicaciones de sus ma-

levos, la cadencia viril del tango, el orgullo del centro, la arrogancia del suburbio, tienen, desde entonces, auténtica categoría literaria. Florida y Boedo — en la perspectiva del tiempo — ya no se contraponen: se complementan. La

generación que trajo el ultraísmo (1) se alimenta más con los detalles mínimos de la vida cotidiana que con lo abstracto. Tal dualidad muestra su cosmopolitismo: universalidad en las fuentes, localismo en los temas. Y este descubrimiento quizá sea su mejor legado. Con él aparece un nuevo sistema de valores. Carriego y Almafuerte. La metafísica singularmente porteña de Macedonio Fernández. Las sutilezas de Banchs. Algunos matices de Lugones. Las canciones populares de las cam-Al bonaerenses. mismo tiempo se inicia la frecuentación de temas hasta entonces inéditos: la caracterización de los barrios urbanos, los tipos humanos que los pueblan, etc. Tal actitud tomó rápidamente un decidido impulso, y lo que fué al principio mero tema literario sería luego decidida inquisición de la realidad económica y social del país — como en Scalabrini Ortiz - Incipientes ensayos estéticos fueron después vigorosas tentativas de interpretación histórica y política — co-mo en Ernesto Palacio, Anzoátegui, el propio Marechal, etc. (2).

ADAN BUENOSAYRES (3) es la historia de ese descubrimiento de la ciudad. La crónica íntima de la generación "Martín Fierro" relatada por uno de los que la integraron: muchos de sus personajes lo son de esa promoción. Y su nombre quiere significar, precisamente, tal descubrimiento. El hombre virgen, adánico, que adquiere las experiencias del mundo de su contorno, el mundo de Buenos Aires. El libro de Marechal es, pues, la historia viva de su generación. Su propia biografía. Mucho se ha escrito sobre "Martín Fierro". Mucho hablaron

los propios martinfierristas. Pero esta valoración se dió siempre en dos actitudes fundamentales: se escribió con ánimo de exaltar o denigrar a determinadas figuras, o en tren de justificación personal. Marechal, por su parte, no intenta su defensa (ni la necesita). Tampoco se ensaña con nadie. ADAN BUENOSAYRES no es un balance de su tiempo, sino más bien un ensayo de ubicación.

Con su preocupación por las cosas de la ciudad, esta obra aparece como una continuación de la labor anterior de Marechal. La elevada meditación estética de Ascenso y Descenso del Alma por la Belleza, y la poesía que va desde Días como Flechas hasta El Viaje de la Primavera (4), encuentran aquí su complemento temático. En toda la novela, por su arquitectura misma, se echa de menos el complicado mecanismo espiritual de los últimos poemas, especialmente los posteriores a las Odas para el Hombre y la Mujer. Su virtuosismo formal la acerca a los primeros.

Es una característica de la poesía de Marechal la permanencia de las cosas argentinas en su recuerdo constante. A veces en forma directa. Otras, velado o de manera indirecta. Según Alonso Gamo, cinco son los elementos de que se vale: ambiente hombre, lenguaje, caballo y tierra (5). La misma pasión — que se da en formas casi universales en el poeta - aparece de modo mucho más restringido en el novelista. Y sus preferencias serán, por consiguiente, más limitadas. En uno abarca el país. En el otro se retrotrae a la ciudad.

En ADAN BUENOSAYRES, los elementos de valoración son: ambiente, hombre y lenguaje. Se

⁽¹⁾ Una de cuyas mejores expresiones son los Días como Flechas, de Marechal.

⁽²⁾ Cf. entre otros, Ascenso y Descenso del Alma por la Belleza, de Marechal, y la reciente Teoría del Estado, de Ernesto Palacio.

⁽³⁾ Leopoldo Marechal: Adan Buenosayres. Ed. Sudamericana, 1948, 742 págs.

⁽⁴⁾ Para citar sólo los dos extremos cronológicos.

⁽⁵⁾ José M. Alonso Gamo: Caballos de la Pampa en la Poesía de Marechal, en "Cuadernos Hispanoamericanos", Madrid, Julio-Agosto 1948, páginas 171-188.

perfila en la novela un ambiente y una época. La época de auge de la generación "Martín Fierro" - es decir, Buenos Aires entre 1920 y 1930 — y el medio en que se desarrolla la vida de sus integrantes. La forma responde fielmente a ese contenido. Los modos de expresión se dan en amplios contrastes y la palabra es, en todos los casos, la revelación psicológica de grupos sociales y culturales bien determinados. Marechal narra las andanzas de varios escritores - "cada uno de los cuales, dice en la dedicatoria, bien pudo ser un héroe de esta limpia y entusiasmada historia" — y, en consecuencia, sus personajes son: a) los escritores representantes de la generación más "intelectual" que haya tenido el país; y b) los tipos pintorescos — bien poco "intelectuales", por cierto — que sirven para caracterizar un aspecto de Buenos Aires, pero que no definen a Buenos Aires (6). En la narración, el equilibrio de ambos tipos se mantiene hasta el fin. Ninguno llega a predominar sobre el otro. El sentido de los matices y de los contrastes aparece bien manifiesto. Junto a la historia exterior se bosqueja un devenir interno de tanto o más valor, quizá, que aquélla. La primera se da en la descripción de ambientes y en los toques irónicos y humorísticos. La historia interna muestra las intimidades de los personajes, experiencia que se acentúa en el choque de las ideas. Marechal logra un realismo que proviene de la solidez de sus convicciones y de la aplicación de una técnica original: utiliza el parlamento largo - que puede ser soliloquio o descripción "desde afuera" — y el método del contraste. La descripción de un hecho físico, o de una situación, y luego el análisis de un acontecimiento que sólo vale para cada uno de los personajes.

(6) "Buenos Aires es el Norte y el Sur, y es el Centro, y es Palermo y Belgrano, y es la tentación de campo con que se aroma el Oeste". (Anzoátegui: Extremos del Mundo).

En ADAN BUENOSAYRES coexisten el metafísico, el humorista y el ironista. Y también el arte y el artificio. Lo que, con ánimo de crítica, se ha señalado en la novela como "caída" — o, si se quiere, como nota de "mal gusto" es consecuencia del juego dramatico y de situaciones dadas cuya definición así lo exigía (observemos, de paso, que un hecho análogo se ha señalado en Bloy). En su caracterización tipológica, Marechal opera con una experiencia personal de la realidad y con los mitos literarios forjados en torno a esos mismos tipos. Samuel Tessler, Schultze o Luis Pereda, están muy lejos del afecto que el compadrito siente por el tango. Su imagen de la ciudad es sólo eso: imagen y medida de sí mismos. De este modo, Marechal debía conciliar la actitud intelectual de su generación — en la que se incluía la suya propia - con la realidad.

Este desdoblamiento de lo popular y lo culto, por una parte, y la extraña simbiosis de ambos elementos (que se nota a veces) dan color y sentido a la obra. También Joyce, una de las fuentes de Marechal, suele utilizar este. procedimiento. No es extraño, pues, que metafísica, ironía y humorismo coexistan en tanta armonía. El propio autor lo ha dicho en el prólogo: "si algunos de los personajes visten el traje de lo ridículo, lo hacen graciosamente y sin deshonor, en virtud de aquel "humorismo angélico" (así lo llamó Adán Buenosayres) gracias al cual también la sátira puede ser una forma de la caridad, si e dirige a los humanos con la sonrisa que tal vez los ángeles esbozan ante la locura de los hombres". De agui que ADAN BUENOS AYRES sea, por sobre todo, un libro esencialmente cristiano.

J. A. García Martínez.

La Antártida, símbolo de una nueva personalidad nacional

Carlos Aramayo Alzérreca, escritor y periodista chiteno que reside hace tiempo en Buenos Aires, acaba de publicar una excetente "Historia de la Antártida". Su libro viene a sumarse a una ya considerable cantidad escrita sobre el tema en los últimos tres años, tanto por autores argentinos como por extranjeros, pero siempre encarando aquél desde el punto de vista de nuestros derechos de soberanía.

Hay, desde luego, una estrecha relación entre la cada vez mayor frecuentación del tema antártico por nuestros escritores y el grado de interés que él despierta en el gran público. Y se puede afirmar sin vacilaciones que no es que este interés haya nacido a raíz de los trabajos de dichos escritores sino que más bien éstos, como buenos catadores de las preferencias populares, ante todo se propusieron satisfacer el ansia de información sobre la Antártida que ya había comenzado a demostrar el público.

La Antártida, como las Malvinas, es hoy tema de actualidad permanente. Y además, de pasión popular. Pero no lo era antes, por cierto. Es forzoso admitir que hace algunos años el grueso de la opinión pública argentina no sólo carecía de información sobre este punto sino que ni siquiera demostraba un real interés por él. La Antártida, y un poco menos las Malvinas, eran "asuntos política exterior". Y ya se sabe: la política exterior —la nuestra no apasionaba suficientemente al pueblo argentino. Como, pese a lo que se diga, tampoco le apasionaba la política a secas, entendida

en su sentido grande, de barajar ideas, aquel que la sitúa entre las ciencias. Pudo nuestro pueblo demostrar, como todos los demás de esta parte del mundo, mucha pasión y combatividad en las pequeñas y grandes controversias de la politiquería, en los pleitos lugareños y aun de rango nacional en que estuvieran envueltos sus caudillos -porque aquí, como en toda Sudamérica, nos dividíamos por caudillos más que por ideales—, y padecer, en fin, de una lamentable y a menudo fomentada propensión a las discusiones y a la acción de la otra "política", la de campanario, mezquina, personalista y estéril. Pero las grandes consignas, los verdaderos ideales, los problemas fundamentales que tocan a la ciencia del gobierno por encima y hasta con prescindencia de los hombres, eso sólo fué asunto y pasión de pequeñas minorías, que el mismo ambiente en que les tocó moverse calificó más de una vez de "soñadoras".

Si los verdaderos problemas del Estado, si los grandes temas que se refieren a la cosa pública en realidad estaban tan lejos de la sensibilidad y el interés de las masas, ¿cómo no iba a suceder lo mismo, y aún peor, con todo lo atinente a la política exterior de nuestro país, aquella que define nuestra posición en el mundo y se encamina a afirmar o reivindicar derechos frente a las demás naciones? Digamos la verdad: 18 recuperación de las Malvinas, pro blema capital de nuestra política exterior, siempre fué un tema más o menos académico, analizado, sostenido y pregonado por unos pocos de aquellos "soñadores" y compartido sólo con cierto

escepticismo —sin mayores datos y apenas por razones de sentimentalismo patriótico, que no por verdadera convicción— por la inmensa mayoría. Y de la Antártida nada mejor podría afirmarse.

Hoy, sin embargo, es admirable cómo ha cambiado todo esto. Desde unos cuantos años a esta parte el panorama es completamente diferente: una nueva y solida conciencia nacional, surgida casi por milagro, apuntala la afirmación de nuestro derecho a las Malvinas y al gran sector antártico en que está clavado nuestro pabellón. El problema de la soberanía en las tierras del enorme continente helado y en las islas que nos arrebató la prepotencia inglesa hace poco más de un siglo es hoy uno de los temas favoritos de los debates de ateneo, de las conferencias magistrales y hasta de las discusiones de café. Ha aparecido — nótese bien: aparecido- como un punto principal en las plataformas electorales de todos los partidos, aun de aque-llos que lo olvidaron por com-pleto cuando les tocó gobernar. Manifiesta su vigencia popular en esta nutrida floración de literatura antártida y malvinera de los años más recientes. Y que se ha adentrado intima, total y definitivamente en el espíritu del pueblo, tan impaciente siempre por la inmediata concreción material de sus anhelos, lo demuestra esa seguridad rotunda que se nota en todas partes, esa fe que ya está fijando fechas con que los argentinos de hoy nos referimos a la próxima recuperación definitiva de las islas y a la favorable conclusión de todo debate con respecto a nuestra soberanía en el antártico.

La evolución es evidente y, desde luego, confortadora. Cuando un pueblo todavía joven como el nuestro se apasiona hasta tal punto por los problemas "exteriores" es porque ya, previamente, ha hecho suyos los problemas "interiores". La vivacidad con que el pueblo habla y discute de las Malvinas y la Antártida es un signo elocuentísimo de su nuevo y vitalísimo interés por la cosa pública, por la gran política. Y si antes no era así, y ahora lo es, no puede deberse sino a una razón elemental: porque antes no tenía el pueblo arte ni parte en el manejo ni la solución de los asuntos públicos, y ahora las tiene. Si no abundaran otras pruebas, ésta sería por sí sola concluyente.

Al mismo tiempo, y sin duda como una consecuencia necesaria, otra observación es posible hacer partiendo siempre de este renovado interés popular por los problemas de política exterior, malgrado que nos cueste seguir calificando de "problemas exteriores" los de las Malvinas y la Antártida. Y es que cuando un pueblo que antes efectivamente los consideraba así, los incorpora a su sensibilidad más profunda e íntima y ya no hace distingos entre problemas "exteriores" e "interiores", porque ha aprendido que todos atañen por igual a su personalidad nacional, es porque esta personalidad ya existe y hay que contar con ella como realidad consumada y actuante.

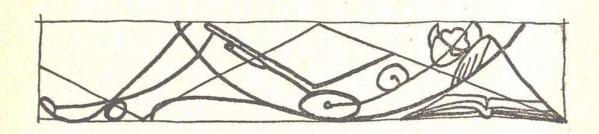
Nu est ra personalidad nacional: que es una manera de decir nuestra confianza en nosotros mismos, nuestra conciencia de ser ya un pueblo definitivamente adulto, la sensación, en suma, de que estamos llegando a nuestra plenitud. También por eso se explica esa renovada fe en la pronta recuperación de los territorios que poderosos países nos arrebataron o nos están disputando. Sólo cuando nos sentimos fuertes —sobre todo fuertes del espíritu, sin perjuicio de que lo seamos también física-

mente— deja de desalentarnos a priori la injusticia, desaparece la resignación y nace la confianza en el derecho. Nosotros sabemos, ya, que pronto las Malvinas y la Antártida volverán a nuestras manos.

* * *

Aun si no fuera, que lo es, una brillante descripción de esas tierras, en naturaleza y en historia; una documentada exposición de los derechos argentinos —y, por supuesto, también de los chilenos—, y una objetiva valoración de los factores que juegan en este pleito multilateral, habría que celebrar lo mismo este trabajo de Aramayo Alzérreca como otra magnífica contribución al panorama de madurez y empuje nacionales que la preocupación por la Antártida permite inferir.

Valentín Thiébaut.



Sumario

		Pág.			
	Armando Cascella: Conciencia continental latinoamericana Joaquín Díaz de Vivar: Crisis de la política del equilibrio en el mundo del poder Ernesto Palacio: Lugones vivo José María Rosa: Artigas, prócer de la argentinidad Julio César Avanza: Hacia el concepto de literatura nacional J. M. Castiñeira de Dios: De los campos del Sur Ramón Doll: La clase dirigente: su rol en la política Raúl Guillermo Carrizo: Fundamentos económicos de la revolución argentina Elsie Lessa (Brasil): Tarde no Salvador Josué de Castro (Brasil): A fome mundial e o neo-malthusianismo Manuel García Calderón (Perú): Acuerdos de índole cultural entre Argentina y Perú Dionicio R. Bernal (Perú): Lo español en los bienes folklóricos peruanos Alfredo Chavez (Ecuador): Geografía literaria del Ecuador G. Humberto Mata (Ecuador): Manuelita Sáenz, la Libertadora, es quiteña J. A. Osorio Lizarazo (Colombia): Nacionalidad única de los hispanoamericanos Julio C. Vignale (Uruguay): Destino y gravitación de América Julio Ellena de la Sota: Pero, Viernes sueña Aldo Fernando Bimbi: Cultura y personalidad, en el concepto de Ralph Linton Jorge Beristayn (Plástica): La realidad argentina en el arte	1 9 16 22 30 38 41 50 58 61 72 79 90 96 106 113 116			
	Lucas M. Rivara (Música): Nos llega poca música latinoamericana Bernard Bouts (Teatro): Por una reforma del teatro Elísa Galvé (Cine): Reflexiones de una actriz	132 135 139			
	CRITICA DE LIBROS:				
	Vicente Trípoli: "Tierra sin nada, tierra de profetas", de R. Scalabrini Ortiz Roque Raúl Aragón (h): "El mito gaucho", de C. Astrada J. A. García Martínez: En torno a la novelística de Lopoldo Marechal Valentín A. Thiébaut: La Antártida, símbolo de una nueva per-	142 145 148			
	sonalidad nacional	151			
1	Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar				

Una Poderosa Institución de Crédito

Banco de la Provincia de Buenos Aires

Fundador del Crédito y la Moneda Argentinos

El Banco de la Provincia de Buenos Aires ha dado a conocer su Memoria y Balance General, correspondiente al ejercicio vencido el 31 de Diciembre de 1948, que coincide con el segundo año de ru provincialización.

El documento que comentamos, hace una breve reseña de los acontecimientos más importantes producidos durante el año, entre los que destaca la suma de m\$n. 73.500.000.— transferida por la Provincia de Buenos Aires de su superávit financiero de 1947, para cancelar el saldo pendiente que aún representaba para el Banco el pago efectuado al capital accionario por la disolución de la sociedad mixta. Dicha suma ha pasado así a incrementar automáticamente el capital de la sección bancaria en \$ 62.500.000, o sea, hasta un total de m\$n. 112.500:000. y las reservas especiales en peros moneda nacional 11.000.000.—. También destaca el documento la sanción de la Ley Provincial número 5.349, modificando la Carta Orgánica del Banco, hecho que le permitirá elevar el capital hasta m\$n. 300.000.000, con futuras utilidades, mediante la simple resolución en cada caso, del Poder Ejcutivo Provincial. Dice el documento que la nueva Carta Orgánica "capac'ta legalmente al Banco para cumplir con amplitud y agilidad, sin de medro de las normas de eficacia, solidez y prestigio que lo han caracterizado siempre, las funciones que le están deparadas en la economía del país y en especial de la Provincia de Buenos Aires".

Se comenta luego la intensa actividad bancaria desarrollada con motivo de la continua demanda de dinero y en tal sentido se expresa que "la política del crédito adaptada a las normas vigentes ha de permitir, dentro de una justa redistribución de carteras, seguir atendiendo esa demanda cuando esté destinada a satisfacer necesidades reales del mercado. El Banco ha puesto así durante el año su apoyo y experiencia al servicio de toda actividad productiva.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La acción crediticia de la Institución con respecto a las actividades agropecuarias es analizada más adelante, informándose que se ha facilitade gradualmente su desarrollo, tendiendo a la vez a promover la mecanización, con miras a un aumento del rendimiento y al logro de una reducción en los costos. En tal sentido, se expresa que los productores han utilizado recursos del Banco por un total superior en un 51 % a los del año anterior.

En cuanto a la situación de las industrias, la Memoria sostiene que, además de haber continuado su ritmo de crecimiento, se ha obtenido una ostensible mejora en la calidad de muchos productos, a pesar de subsistir aún en gran parte la falta de competencia extranjera. Se indica que tal hecho auspicioso debe ser mantenido, ya que tarde o temprano tendrá que ser enfrentada aquélla, una vez salvadas las dificultades del comercio internacional. Insiste el documento en la necesidad de "intensificar por otra parte la producción, hacciendo llegar al mercado el mayor número de bienes de consumo, como contribución al bienestar general y para el afianzamiento de las propias industrias".

Con respecto a las actividades de la sección hipotecaria, destaca que desde la provincialización del Banco, aquélla ha contribuído a subdividir en pequeños predios más de 400.000 hectáreas del territorio de la Provincia y al otorgamiento de créditos en efectivo en operaciones de características productivas.

En la última parte se hace mención a las medidas tomadas en el orden administrativo, relativas a la creación de filiales, construcción de nuevos edificios y al mejoramiento de los sistemas de inspección de sucursales por medio de su división de zonas, iniciativas que significarán una más eficiente atención de las operaciones en general.

En cuanto al resultado del ejercicio, se ha obtenido un producido de m\$n. 41.511.997 87, que sumados al remanente del año anterior de m\$n. 3 040 508 57, da un total a distribuir de m\$n. 44.552.506.44. De dicha cifra se destinan m\$n. 20.000.000 como utilidades a favor del Gobierno de la Provincia y deducida esta suma, los capitales y reservas del Banco alcanzan ya a m\$n. 17.198 301.28.

Como puede apreciarse en estas cifras y en los numerosos cuadros estadísticos que figuran en la Memoria y que sintetizan las operaciones realizadas en el año, el Banco de la Provincia de Buenos Aires confirma en su desarrollo la visión de los hombres que decidieron incorporarlo totalmente al patrimonio de la primera provincia argentina.

El' Plan Trienal en la Provincia de Buenos Aires

Labor que desarrolla una división del gabinete de Obras Públicas

En el transcurso del año 1948, la División Primera, conforme a la nueva estructuración dada a las Divisiones del Gabinete en ese año, atendió todos los asuntos relacionados con la labor desarrollada por las siguientes Direcciones: Hidráulica, Obras Sanitarias, Electricidad y Mecánica, Ferrocarril Provincial de Buenos Aires, Aeronáutica y Geodesia.

Como consecuencia de la sanción de las Leyes números 5142 - Plan General de Trabajos Públicos (trienio 1947 - 1949); 5137 de Saneamiento Urbano; 5239 de Electrificación de la Provincia de Buenos Aires, las aludidas Direcciones aumentaron considerablemente su labor, dando ello lugar a que la División Primera, encargada de la confección de los respectivos decretos, aumentara sus tareas en forma considerable.

Un índice de la labor que dicha División realizara durante el año

1948, lo dan las siguientes cifras:

Decretos	 1500
Resoluciones	
Notas	

El número de expedientes entrados y salidos, alcanza a 10.000 aproximadamente.

Entre las obras de mayor importancia, cuyos decretos fueron con feccionados por la División, figuran las siguientes:

Plan de electrificación de la Provincia Desagües pluviales, 1 ^a etapa, en la ciudad de San	\$	300.000.000,—
Martín	"	13.403.031,18
Desagües pluviales de la ciudad de La Plata, 5ª		14.304.586,83
etapa Canalización de los arroyos Maldonado y Napostá		14.304.300,03
Grande, partido de Bahía Blanca	99	6.662.058,40
Obras de riego en la localiddad de Villalonga, par- tido de Patagones	,,	4.241.846,44

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Entubamiento y canalización de la Cañana de Chi-		The last of the la
vilcoy, partido del mismo nombre	\$	3.441.931,02
Canalización y rectificación del arroyo Morón, ju-		
risdicción de los partidos de General San Mar-		1 100 000 80
tín y Morón	22	1.192.928,79
cloacal en la ciudad de Luján	N.	1 199 919 15
Instalación servicios aguas corrientes y cloacas en	99	4.428.348,15
el Barrio Obrero de la localidad de Berisso,		
partido de La Plata	99	2.616.690,40
Instalación de los servicios de aguas corrientes y	,,,	10.000,000
cloacas en la localidad de Miramar, partido de		
General Alvarado	99	3.874.638,40
Entubamiento del arroyo Sarandí, partido de Ave-		
llaneda	99	1.118.159,25
instalación redes de aguas corrientes y trabajos		0 104 000 00
complementarios en la ciudad de Bolívar Construcción de dos pistas pavimentadas en el aeró-	99	3.164.338,90
dromo de la ciudad de La Plata. 1ª etapa		7.533.455,21
Nivelación, trazado y compactación de las pistas	99	1.000.300,81
del aeródromo de la localidad de Junín	22	427.667,25
Ampliación dársenas Nros. 1 y 3 del Mercado de	"	
Frutos de Tigre, partido de Las Conchas	99	3.950.575,41
Iluminación de la Av. Ribereña de la playa Saint		
James de Mar del Plata, Gral. Pueyrredón	99	231.199,—
Iluminación de la Av. Pavón, partido de Ave-		00 000 80
Ilaneda Iluminación de las Avenidas General Rodríguez	99	20.369,73
y Necochea, partido de Lomas de Zamora	22	550.145,77
Construcción ramal férreo de Azul a Tte. Cnel Mi-	99	000.110,00
ñana (adquisición materiales)	99	406.280,28
Construcción galpón general para locomotoras y co-	55	And the second s
ches diesel y ampliación de cocheras	99	294.348,83
Mejoramiento del servicio de trenes y pasajeros		
del F. C. Provincial, adquisición de 6 locomo-		W 904 COT 44
toras diesel eléctricas	99	7.321.685,44
Construcción 1ª etapa canal unificador Nº 3, para alimentación canales de riego en el partido de		
Villarino		2.993.299,30
Instalación servicio aguas corrientes en Bolívar	99	2.087.614,04
Instalación servicio público de aguas corrientes en	29	N. OOV. OXX,OX
la localidad de Pedro Luro, partido de Villarino	59	1.904.147,65
Mejoramiento de servicio del Ferrocarril Provin-	530	
cial: adquisición 64 equipos de calefacción de		
coches, con sus accesorios	99	416.396,52
Instalación red cloacal en la localidad de Punta Al-		9 ECC CAN 1A
ta, partido de Cnel. de marina Leonardo Rosales Obras en la zona del Delta del Paraná: adqui-	99	3.566.647,14
sición de 3 dragas a succión	99	1.306.000,-
The same of the sa	79	

En lo referente a los asuntos de la Dirección de Geodesia, la División aprobó numerosos pedidos de subdivisiones de tierras en distintos partidos de la provincia, algunas de ellas de gran importancia para el futuro de ciertas poblaciones. Igualmente fueron numerosos los decretos adjudicando concesiones de dependencias balnearias existentes en Mar del Plata, Miramar, Necochea, San Clemente del Tuyú, etc., previas las respectivas subastas públicas.

